EL PRONADOR DE LOS MARES

SANTIAGO DE OSSORNO

EL PRONADOR DE LOS MARES

CRÓNICA DE VIAJE A NINGUNA PARTE

Madrid / Denia

Se permite, se agradece y te animo a hacerlo, la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento —ya sea electrónico, mecánico, manual, boca a boca o informático—, sin disponer de una autorización previa del autor de la obra, pero en caso de hacerlo sería éticamente irreprochable citar la fuente.

© Santiago de Ossorno
http://ossorno.es/
18 de abril de 2023

Dedicado a Lola,
armadora de la flota,
capitana de mi velero
y rosa de los vientos,
con todo mi cariño,
agradecimiento
y sincera admiración.

ANTES DE EMBARCAR

Como tantas veces por aquél entonces, la noche del 31 de mayo de 2003 visité el foro de elatleta.com; entré con la misma intención de siempre: pasar el rato, relajarme y olvidar las muchas tensiones del día, pero salí con una idea absurda metida entre ceja y ceja.

Recuerdo que estaba repasando las distintas intervenciones de los foristas cuando me fijé en una de Maygualida, una novata que se incorporaba desde Venezuela y a la que no había leído hasta ese momento; su mensaje captó enseguida mi atención, como si llegase a la pantalla del ordenador en una botella digital desde la orilla opuesta del Atlántico.

«Hola amigos del foro:

Estoy muy bien y espero que ustedes también. Aquí en Venezuela he comprado en varias oportunidades la revista RUNNER WORLD y SPORT LIFE, pero en realidad es muy irregular su distribución, tengo entendido que la revista es de ESPAÑA y por aquí por el foro hay mucha gente de allá, discúlpenme si me equivoco.

Me gusta mucho leerla pues trae artículos muy interesantes. Me gustaría establecer contacto con alguno de ustedes y de alguna manera poder adquirirla regularmente si tengo que depositar y ustedes me la envían. Espero que alguien me ayude.

Los quiero mucho.

Desde Venezuela, Maygualida»

Sin pensarlo dos veces, como tengo por costumbre, le propuse enviarle los doce primeros ejemplares de Runners World; andaban rodando por casa y no tenía intención de coleccionarlos por falta de sitio, algo que ella aceptó entusiasmada. El 3 de junio preparé un primoroso paquete y me acerqué a la sucursal de Correos más cercana a mi ergástulo donde, a cambio de 25,90 euros, me indicaron que el envío tardaría bastante en llegar a su destino.

Fue al salir de la sucursal cuando se me ocurrió una idea loca: escribir un relato imaginario en clave de ironía y humor rayano en el absurdo y publicarlo por entregas en el foro para servir de asueto y lectura veraniega al resto de los usuarios, en un momento en que

tanto la temporada deportiva como el propio foro andaban de capa caída a causa de las vacaciones.

De tal forma inicié y culminé la historia de un paquete postal en su viaje iniciático desde Madrid, España, hasta Punto Fijo, Venezuela; al principio escribía a diario, pero enseguida pasé a publicar cada 2 o 3 días; la fórmula funcionó mejor de lo esperado, despertando el interés y seguimiento de buen número de lectores, posiblemente desconcertados con la ocurrencia.

Finalizando el mes de julio el viaje acabó tan rápido como había empezado; recibí un escueto correo desde Punto Fijo indicando que «el paquete ya llegó», a pesar de lo cual decidí alargar un poquito más el viaje como si nada hubiera pasado porque todavía no habíamos llegado a destino; no podía quedarme a mitad del camino que tenía previsto desde que deposité aquel paquete en una oficina postal madrileña.

Quisiera agradecer a los usuarios del foro sus lecturas, comentarios y apoyo diario, demostrando que seguían en vilo la errática ruta de «El Pronador de los Mares» —bautizado así en un improvisado concurso de ideas— y las mil desventuras de su tripulación; para mí resultó un proceso enriquecedor, una experiencia nueva que me encantó y sirvió de relax para vencer el estrés.

Durante el largo viaje me enfrenté multitud de veces a la tan temida hoja en blanco, fueron momentos difíciles de superar pero no imposible y mucho menos para un veterano corredor de fondo, como es el caso del autor de estas líneas.

«Yendo, pues, desta manera, se le ofreció a la vista un pequeño barco sin remos ni otras jarcias algunas, que estaba atado en la orilla a un tronco de un árbol que en la ribera estaba. Miró don Quijote a todas partes, y no vio persona alguna; y luego, sin más ni más, se apeó de Rocinante y mandó a Sancho que lo mesmo hiciese del rucio, y que a entrambas bestias las atase muy bien, juntas, al tronco de un álamo o sauce que allí estaba. Preguntóle Sancho la causa de aquel súbito apeamiento y de aquel ligamiento.

Respondió don Quijote:

Has de saber, Sancho, que este barco que aquí está, derechamente y sin poder ser otra cosa en contrario, me está llamando y convidando a que entre en él, y vaya en él a dar socorro a algún caballero, o a otra necesitada y principal persona, que debe de estar puesta en alguna grande cuita, porque éste es estilo de los libros de las historias caballerescas y de los encantadores que en ellas se entremeten y platican: cuando algún caballero está puesto en algún trabajo, que no puede ser librado dél sino por la mano de otro caballero, puesto que estén distantes el uno del otro dos o tres mil leguas, y aún más, o le arrebatan en una nube o le deparan un barco donde se entre, y en menos de un abrir y cerrar de ojos le llevan, o por los aires, o por la mar, donde quieren y adonde es menester su ayuda; así que, ¡oh Sancho!, este barco está puesto aquí para el mesmo efecto; y esto es tan verdad como es ahora de día; y antes que éste se pase, ata juntos al rucio y a Rocinante, y a la mano de Dios,

que nos guíe, que no dejaré de embarcarme si me lo pidiesen frailes descalzos».

Una vez metidos en harina es hora de ir levando anclas para zarpar sin más demora rumbo a nuestro destino en Punto Fijo, Venezuela, prestos al socorro; desplegado todo el velamen de la nave y con viento de popa favorable damos comienzo a la singladura.

Primer día

Dicen que algo se muere en el alma a la hora de partir; como bien expresa la canción, en las despedidas siempre se nos muere algo, aunque sea un poco; en este caso la conocida lírica no sirve para mucho porque ni se me ha muerto nadie recientemente ni falta que me hace, pero de alguna forma teníamos que empezar.

Llegué a la oficina postal minutos antes de su cierre y con el tiempo justo, estas prisas acabarán conmigo, para contratar los servicios postales de nuestra maravillosa empresa nacional de Correos.

—Hola buenas tardes, quisiera información sobre como enviar unas revistas a la costa occidental de Paraguaná.

—¿Para… qué?

—Señorita, si tuviera que decirle el «para qué» de todo lo que hago, me pondría usted en un aprieto.

Tras unas pertinentes explicaciones sobre el tipo de envío, mercancía a enviar y destacar la enorme distancia entre la capital del Reino y el Golfo de Venezuela —sin ironías políticas, solo geografía—, consigo la primera sonrisa de la amable señora o señorita que me atiende.

— Verá usted, es que yo estoy interesado en enviar este sobre a la península de la amistad para no perder las amistades con la destinataria.

— Tiene usted dos opciones, carta o paquete.

— Digamos que una carta siempre es más elegante.

— Si, pero no puede pesar más de 2 kilos y esta pesa 3.240 gramos.

— Entonces, ¿qué hago?

— Utilice el paquete *(Dios mío, llevo aquí menos de 5 minutos y ya me está tirando los tejos*).

— Me inclino por Paquete Express.

— Pues entonces ese sobre no vale, porque lleva grapas y no permite a los carteros una manipulación exenta de riesgos, lo exige la normativa laboral de seguridad en el trabajo; de momento, vaya rellenando este impreso y exponga cuantos más datos mejor.

Al tercer impreso entiendo que poner «cuantos más datos mejor» no implica que cuente mi vida en verso, por lo que decido ser práctico, limitándome a poner los datos básicos de la destinataria: Forista Maygualida, calle tal, número cual, de tal ciudad, en tal estado, de tal país.

— Pues, qué quiere que le diga, en el foro es más fácil, pincho en «Responder mensaje» y ya está.

— Vale, pero por favor aclare el contenido del paquete *(¡hay que j... qué manía le ha entrado a esta señorita con mi paquete!*).

— ¡Estooo..., verá!, el paquete solo contiene revistas; deportivas, no se vaya usted a creer que...

— Eso dicen todos, abóneme...

— Por favor, señora, que estoy felizmente casado.

— Son veinticinco con noventa euros.

— ¡Por San Martín Fiz Bendito, como se ha puesto el servicio!

— Si le parece caro le aconsejo cambiar a un paquete postal que es más económico.

— ¿Y llegará a destino?

— Depende.

— ¿Y cuándo llegará?

— Depende.

— ¿Y cuánto me costará?

— Pues... depende.

Al terminar los trámites dejé a mi pobre paquete, o sea el postal, apilado en un cesto metálico junto a otros paquetes postales; desde el fondo del cesto me miraba con carita compungida, aunque parecía entenderlo; debía empezar su viaje iniciático hacia los famosos médanos de tierras desérticas que en su ir y venir murmullan la historia de Falcón, final del viaje.

Para que viaje bien arropado he incluido una foto panorámica del Gran Grupo Garabitas en su territorio natural de la Casa de Campo madrileña; entre todos intentaremos hacer llegar el paquete postal a buen

puerto. Cuidadlo bien porque es un joven novato y va cargado de ilusiones hacia lejanas latitudes.

Ya ha pasado un día entero; supuestamente la Tierra habrá dado otra vuelta más sobre su eje y me gustaría saber dónde estará el paquete postal, ¿qué puedo hacer?

— Buenas tardes, Atención al Cliente de paquetes postales económicos, dígame.

— Hola, quisiera saber cómo está mi paquete.

— Estimado usuario, sepa usted que grabamos todas las conversaciones y como me proponga guarrerías... lo mismo las acepto, guapetón.

— Entonces, ¿podría usted decirme dónde se encuentra el paquete en este preciso momento?

— No puedo, es lo que tienen los servicios económicos, *resalao*; tendría usted que haber elegido un paquete exprés, los paquetes baratos no tienen *tracking*.

— Entonces, ¿cómo van a llevar mi paquete postal?

— Depende.

— ¿Y cuándo llegará?

— Pues... depende.

Pienso con tristeza en cómo estará el pobre paquetito tras pasar sus primeras veinticuatro horas a solas, a merced de nuestro eficiente y nunca suficientemente bien ponderado servicio postal y empiezo a imaginarme su viaje a ninguna parte, su insólita peripecia vital:

«A las 15:58 del 03-06-2003 ha sido admitido a trámite un paquete postal de 3 kilos y 240 gramos de peso en la sucursal nº 35 de Madrid con destino a Venezuela. Se le asigna el código clave: CP04976710ES».

Alguien ha escrito a mano sobre el impreso la palabra «Superficie», por un momento pensé que lo llevarían en autobús, metro o tren de cercanías, pero debe ser un transporte más sutil, mucho más sutil.

Segundo día

Al salir de la oficina postal me quedé pensando si habría escogido el servicio adecuado; a pesar de ser un tipo decidido —o quizá por eso mismo— a veces tengo mis propias dudas existenciales repentinas y en esos momentos de zozobra e incertidumbre tiendo a cometer errores de bulto.

Imaginando al pobre paquete pasando la noche, solo en aquella oficina, rodeado de miles de paquetes de distintas formas, pesos y contenidos, con miles de destinos a lo largo y ancho del planeta, me entró cierta congoja postal.

— Hola, ¿cómo te llamas?

— ¿Yo? Paquete Express, pero no sé si es porque me llevan en avión o porque me pagan con tarjeta de crédito.

— Qué suerte, a mí me han clasificado como paquete postal y vaya usted a saber en qué me van a llevar.

— Ya te digo, ¿adónde te diriges paquetillo?

— Voy hacia el estado Falcón, región histórica de Venezuela que es un museo abierto al visitante, un estado lleno de historia donde parece que el tiempo se detuvo a pesar de sus modernas vías y urbanizaciones. Tierra caliente, de arquitectura colonial y barroca que contrasta con la amabilidad de sus gentes, las viejas

casonas de extensos patios que dan paso a la brisa marina en su afán de refrescar los sudorosos rostros.

— Pues te noto mala cara.

— Es que me han dicho que iré por vía marítima y yo sufro de vértigos y mareos de forma congénita por vía paterna.

— No te preocupes, sería muchísimo peor si te llevasen en barco.

Parece mentira lo que dos paquetes desconocidos llegan a intimar en la soledad de la noche en una fría y oscura zona de almacenamiento postal; no todo es como lo pintan en las películas, los paquetes también tienen su corazoncito.

— Oye ¿y qué código secreto te han dado, si no es indiscreción?

— No te lo puedo decir, calamar, porque entonces sería un secreto a voces.

— A mí no me engañas paquetón, tú debes ser el paquete CP04976710ES; ayer oí hablar sobre ti a unos carteros y deberías saber que no te espera un viaje sencillo, será como un viaje a ninguna parte.

— ¡Glup!

A las 08:34 del día siguiente, una reluciente furgoneta amarilla aparca en doble fila frente a la oficina de Correos sin miedo a la grúa municipal, en otros casos tan hiperactiva; de inmediato, unos hombres vestidos de amarillo llenan el interior de la furgoneta de sacas amarillas, a su vez llenas de paquetes postales de todo

tipo, color y condición; por fin nuestro héroe —Paquete Postal— va a iniciar su viaje, por delante le queda todo un mundo hasta alcanzar la tierra prometida.

— Buenos días, Atención al Cliente de paquetes postales económicos, dígame.

— Hola, soy el mismo usuario de ayer, quisiera saber cómo está mi paquete.

— Ya empezamos otra vez ¡hay que jorobarse con el sátiro! Además ayer no me hiciste caso, bandido, y estoy muy dolida, para una vez que llama alguien interesante.

— Es que estaba preocupado por mi paquete, pero luego, si usted quiere, podríamos ir al cine, ¿le gustaría ir a ver Titanic?

Como todo el mundo sabe, en las furgonetas postales los baches se notan mucho más que en los coches de lujo, de modo que nuestro héroe va dando tumbos, pero así es la vida de los paquetes, ¡haber nacido carta certificada con acuse de recibo que es más chic! Mientras se alejan calle arriba camino de la estación, el conductor y su ayudante comentan entre ellos que mucho mejor estarían tostándose bajo el sol de una playa caribeña que aguantando atascos a estas horas de la mañana.

— La gente no tiene otra cosa que hacer que mandar paquetes postales de un lado para otro como si no tuvieran otra cosa que hacer.

— Si, debe ser un trastorno obsesivo compulsivo; como la programación televisiva está tan esaboría...

— Mira este, por ejemplo, a ver, a ver... ¡leches!, este paquete se va para Venezuela; que suerte tiene... estado Falcón... ¿dónde quedará eso?

— ¿No está por allí la península de Paraguaná?

— ¿Para... qué?

— ¡Paraguaná, hombre, Paraguaná!, la península de Paraguaná se encuentra ubicada en el extremo norte central del estado Falcón, al noreste de Venezuela. Si nos situamos en la costa occidental de la península encontramos la ciudad de Punto Fijo, ciudad pequeña y desarrollada, de unos 106.348 habitantes, rodeada por el complejo refinador de petróleo más grande del mundo que está integrado por las refinerías de Cardón y Amuay. Al norte de la ciudad de Punto Fijo está el pueblo pesquero de los Taques, lugar donde se encuentran las hermosas playas de Villa Marina y el Pico, sus costas fueron las primeras en sentir el pie de los españoles al llegar al continente americano en el año de 1499, donde se establecieron en el puerto de Los Taques.

— ¿Y que llevará dentro?

— Pone que revistas, lo de siempre, pero me jugaría el bocata a que son de cochinadas.

Una vez en Chamartín las sacas son trasladadas a los vagones de un tren de mercancías; lentamente el tren efectúa su salida de la estación por vía 2 con destino incierto; en uno de sus vagones nuestro pequeño paquete no consigue conciliar el sueño de lo nervioso que está.

— Mira chico, yo de ti me calmaría un poco porque el viaje dura más de ocho horas y no puedes estar tan nervioso porque te vas a acabar rompiendo y se te van a ver los contenidos.

— Es que estoy deseando llegar a mi destino; allí me esperan con los ojos abiertos; aunque esté mal que yo lo diga, tengo unos contenidos de muy buen leer.

— Eso decimos todos, venga ya, hombre, tranquilízate que mañana será otro día.

Clareaba el horizonte cuando nuestro paquete vio el ancho mar por vez primera, quedándose admirado ante aquella enorme extensión de agua salada; «al otro lado estará Paraguaná», pensó en voz alta desconociendo que estaba frente al Mediterráneo.

— En el punto más al norte de la península, está el cabo San Román, este es el lugar que se encuentra más al norte de Venezuela continental. Desde el cabo San Román hasta la isla de Aruba, hay una distancia de apenas 31 kms; por eso en las noches, cuando el cielo está despejado, se pueden ver claramente las luces de la isla. En el cabo también se pueden encontrar médanos, los cuales están junto al mar y hacen del paisaje una maravilla.

— ¡Caray, pues sí que estás empollado en geografía! —le dijo un Paquete Express desde dos sacas de correspondencia más allá, dónde intentaba charlar de algo coherente con un Envío Urgente.

— ¡Qué va! Pero oye ¿los Paquetes Express no viajáis siempre en avión?

— ¡Qué va! No siempre, no siempre; al final va a resultar cierto que todos los paquetes postales económicos sois igual de tontos.

A su lado unos verdes, brillantes y vigorosos tomates murcianos estaban montando una alegre fiesta regional por todo lo alto, aunque se les notaba la pena por alejarse de su tierra.

¿Qué culpa tendrá el tomate
que está tranquilo en su mata
*si viene un hijo de ****
y lo mete en una lata
y lo manda pa' Caracas?

Tercer día

Nos encontramos en el Grao de Valencia, esa misma tarde los estibadores descargaron el tren distribuyendo su contenido por contenedores según destino, tipo y color del paquete. No os creáis que se trata de cualquier puerto donde hemos enviado al paquetito: el 27 de mayo de 1247 el Rey de Aragón, Cataluña, Baleares y Valencia, Jaume I El Conquistador, dio carta puebla a la parte del llano del Turia comprendida entre el último meandro del río y su desembocadura.

A esta nueva población le otorgaba el nombre de Vila Nova Maris Valentiae porque para eso era el rey y le salió de la corona.

Al principio, el puerto apenas tenía calado; de hecho, hasta el siglo XVI consistía en un sencillo malecón de madera que entraba en la mar serena y una pequeña escalera. De ella se deriva el nombre actual de este núcleo, el Grao, que significa escalón.

Dada la importancia que fue adquiriendo el puerto, los núcleos cercanos se fueron uniendo debido a su crecimiento y tomaron el nombre de Villanueva del Grao, o simplemente, el Grao.

Retomando el viaje, a uno de aquellos contenedores fue a parar CP04976710ES, en cuyo interior almacena grandes secretos deportivos; en el exterior —del contenedor, no del paquete— una etiqueta verde fosforito

indica con grandes caracteres que su destino final es Venezuela, pero como nuestro paquete no sabe leer sino ser leído, la etiqueta se la trae al pairo.

— Buenos días, Atención al Cliente de paquetes postales económicos, dígame.

— Hola soy el paquetero enmascarado.

— ¡Ay, cómo me gustó la película de ayer! Un día tengo que presentarte a mi madre que es muy simpática y prepara como nadie la leche frita.

— Usted sí que me tiene frito, ¿sabemos por fin algo de mi paquete?

— Pues... depende, ¿qué hacemos esta tarde? A mí me gustaría ir al zoo.

— ¿Qué ocurre, vive allí... su madre?

Ante la falta de noticias fiables y la mencionada carencia de tracking, decido utilizar la telefonía móvil para intentar contactar con el paquete a distancia, pero no consigo localizarlo porque «el paquete está apagado o fuera de cobertura»; sabido es que la tecnología punta suele fallar cuando más la necesitas, convirtiéndose entonces en «la puta» tecnología.

Viendo que la denostada tecnología punta no colabora con la causa, consigo localizar telepáticamente al hijo pródigo y mantener con él una larga, sesuda, sentida y muy paternal conversación.

— Hola, bulto sin valor reconocido, ¿cómo estás?

— La verdad, estaría mejor en casa porque aquí hace mucho calor, hay una humedad de no te menees y tengo las tripas llenas de corredores sudorosos.

— Vale, deja de quejarte hijo mío y abrígate bien por las noches porque en los barcos la brisa marina refresca; no te olvides de llamar en cuanto llegues y estudia mucho para que algún día seas un paquete de provecho.

Espero que no sea aquel barco del fondo, me refiero al último de la larga fila de barcos atracados en el muelle, no al que descansa escorado y echado a pique al final del puerto, en el que vamos a viajar hasta Venezuela, pero ¡sí parece un carguero submarino!

El capitán del barco es griego de nacimiento y se llama Scopoulos, de momento no tenemos más datos personales del marino; dispone de grandes bigotes grises que mueve nerviosamente de un lado a otro, observando atónito aquella enorme montaña de paquetes.

— Pero, qué se habrán creído estos españoles ¿qué esto es un buque de carga?

— Al menos parece que flota.

— Menuda flota haría falta para llevar todo eso.

— Capitán Scopoulos, las quejas al Defensor del Pueblo, a mí no me venga con gaitas que soy un Don Nadie.

— Para gaitero ya tenemos a Escopetao, un simpático lisboeta que hace las veces de grumete mayor.

Entre todos los paquetes formados en cubierta, el helénico capitán tuvo que ir a fijarse precisamente en el de código secreto CP04976710ES, ¿acaso le habrá llamado la atención que se mueva solo por el suelo como si estuviera relleno de energías renovables?

— ¿Qué diantre contendrá este paquetoncio que pesa tanto?

— *Pagueisen guevistass, senhor capitao* —le dice Escopetao con su peculiar gracejo hispanoportugués.

— ¡Hum! Pues parece que su destino es Paraguaná —responde *o capitao*, emitiendo un sonoro gruñido tras sopesar el paquete un buen rato con sus grandes manazas de marino mercante.

— ¿Para… qué?

— Paraguaná, grumetillo, es la península de la amistad, plana casi en su totalidad a excepción de un solo lugar, el Cerro Santa Ana, uno de los principales atractivos del lugar. Es el punto más alto de toda la península, el cerro alcanza una altitud de 830 metros sobre el nivel del mar. Desde su cima se puede observar toda la península, la sierra de Coro y la isla de Aruba.

— ¿A qué hora tiene su excelencia pensado partir? Es por mandar formar a la tropa o ponerme ipso facto a baldear un poco la cubierta, ya que antes de acostarme tengo que hacer unos exigentes progresivos.

Sobre las ocho de la tarde aparece el auxiliar portuario, adjunto al inspector de aduanas, un español de origen y costumbres quién, luciendo un palillo de dien-

tes usado en la boca, ordena al conjunto naval que inicie cuanto antes la singladura.

Pero antes deberá consignar en detalle los datos administrativos del flete en una arrugada y manchada hoja de ruta, más por echar el rato que por seguir unas normas internacionales que le importan un pito.

PARTE DE EMBARQUE

Tipo de barco: Carguero postal.

Nombre: ¿El del barco o el mío?

Casco: Sin derecho a devolución.

Carga principal: Envíos postales.

Carga secundaria: Productos naturales de la huerta murciana.

Desplazamiento: No sé, pero pesa bastante, ¿no ves que lleva paquetes postales y cajas de productos naturales de la huerta?

Banderas: No ha podido venir, está rodando la nueva peli del Zorro.

Puerto de partida: Valencia.

Puerto de destino: Cádiz, vía Alicante - Orán - Almería.

Fecha prevista de salida: 5 de junio de 2003.

Fecha prevista de llegada: 8 de junio de 2003 (D.M.).

Firmado y sellado por la autoridad competente.

— ¿Puede ponerse el señor o señorito, por favor?

— Eso se lo dirá usted a todos, Doña Perfecta.

— Vamos a ver, so melón, que dice mi madre que lo del zoo no le ha hecho ni pizca de gracia; solo llamo para decirte que tu paquete está en Valencia y que me

he buscado otro novio porque ya no te quiero como antes.

— Al menos dígame si a su señora madre de usted le gustaron los cacahuetes que le llevé a la jaula.

Son cerca de las 11 de la noche, un pequeño retraso de última hora ha impedido que el barco cumpla con su proverbial, sajona y escrupulosa puntualidad la ineludible cita marinera; a pesar de todo, esperamos que pueda zarpar sin novedad durante las próximas horas.

Para amenizar en lo posible la espera, el capitán recuerda que hoy se celebra un nuevo aniversario del inmortal poeta granaíno, Federico García Lorca; aprovechemos la ocasión para leer con calma unos versos del Romance Sonámbulo que parecen dedicados a nuestro amigo «Pirracas»; quizá no sean buenos tiempos para la lírica, pero la poesía siempre logra abrirse camino.

Verde que te quiero verde.
Verde viento. Verdes ramas.
El barco sobre la mar
y el caballo en la montaña.

Con la sombra en la cintura
ella sueña en su baranda,
verde carne, pelo verde,
con ojos de fría plata.

Verde que te quiero verde.
Bajo la luna gitana,
las cosas la están mirando
y ella no puede mirarlas.

Cuarto día

Antes de dejar a popa la bocana del puerto, nuestro capitán ya se ha tomado dos biodraminas *on the rocks* que no parecen hacerle mucho efecto; el continuo vaivén del navío le produce mareo, pero se le acabará pasando, en cuanto se baje del barco… como nuevo.

— ¿Señor capitán, podría usted avisarme cuando pasemos por Denia?

— ¿Desde cuándo los paquetes hablan?

— Qué paquete ni que ocho cuartos, soy yo, Escopetao, es que un primo mío *traballa de garçom* en el restaurante Pegolí.

— Vale, está bien, anclaremos en Les Rotes pero solo si me invitas a un arroz a banda, una ración de gamba roja de Denia y chupito de mistelita.

— Abusón, capitalista, mercenario, negrero.

Desde mi domicilio fiscal vuelvo telefónicamente a la carga para intentar averiguar por dónde navegarán ahora el barco, el paquete y todos los demás.

— Bienvenido al Servicio Telefónico Vocal de ayuda al usuario, pulse o diga uno si quiere enviar un paquete, pulse o diga dos si quiere una cerveza; si no pulsa ni dice nada ¿para qué narices nos llama?

— ... Le atiende la posición 17, buenos días, mi nombre de pila es Mari Puri.

— Hola, Pilar, que si saben ya dónde está mi paquete.

— Es que Jacinta no está, se ha tomado unos días de permiso por boda; como tú no la querías lo suficiente se ha casado con Copito de Nieve que es más del gusto de su progenitora.

— Ya, pero ¿y mi paquete, qué?

— Olvídalo ya, malandrín; a propósito, a mí me encanta bailar, ahora que ya no tienes novia formal podríamos formar pareja estable.

Surcando lentamente los mares, el paquebote costea con calma de pueblo en pueblo caminito de Alicante; unos tras otros van desfilando puertos de mar ocultos a la vista de nuestro paquetín: Cullera, Gandía, Oliva, y al fin, Denia; acomodado en la bodega, nuestro paquete no puede ver nada porque no tienen ojos de buey para admirar el paisaje, pero se lo imagina porque es un paquete imaginativo y de infinitos recursos.

Justo ahora navegamos frente a La Marina, el nuevo puerto deportivo de Denia, dónde ahoga en alcohol sus veraniegas penas la juventud más jacarandosa todos los fines de semana y fiestas de guardar; a Poniente se perfila la inmensa mole pétrea del totémico Montgó que parece decirnos:

— ¡Vamos, subidme! En los días claros desde la cumbre puede verse la mayor de las Pitiusas.

— Si, hombre, en barco te vamos a subir.

Este verano, cuando por fin el paquete haya llegado a su destino y las doce *Runner´s World Spanish Edition* descansen en un revistero de Punto Fijo, apagando la sed de conocimientos atléticos de nuestra amiga Maygualida, un grupo de foristas de elatleta.com recorrerá velozmente, excepto uno que yo me sé que es un poco tocino, esas mismas tierras participando en la II Pujada al Castell.

— ¿Qué te parece la subidita?

— Solo ha sido el incremento del IPC, tampoco es para tanto.

— ¿Para… qué?

— Paraguaná, si ya casi sabemos dónde está.

El barco prosigue su ruta, al pasar por la megalópolis de Benidorm un grupo de 7.815 turistas alemanes que pasaban por allí a las órdenes de un «2x2» de Gdansk llamado Scopenhauer, intenta abordar por las bravas a nuestro barco desde un patinete acuático a punto de hundirse por el germano sobrepeso, a medio metro escaso de la isla.

— ¡Vamos, fuera todos! ¡Les digo que en esta nave no servimos paella!

— *Perro* herr capitán, que somos náufragos teutones y tiene que *darrnos de komerr*.

— Ni sangría tampoco, ¡cangrejo *colorao*!

— Esto *podrría crrearrnosss un trrauma* filosófico.

— Por mí como si te operas de la próstata, ¿será posible navegar tranquilamente por estas cristalinas

aguas sin que te confundan con un chiringuito flotante?

Desde los balcones de los pisos superiores, casi en la Luna, del hotel Bali, otro numeroso grupo, en esta ocasión se trata de pálidos hijos de la pérfida Albión, orina alegre y despreocupadamente de cara a la bahía mientras el viento de levante les devuelve con certera puntería los húmedos residuos de tanta Budweisser, todo lo cual parece hacerlos muy felices.

— *Look that old packeboute on the Sea*!

— A ti te voy a dar yo «*pa* que botes» como no dejes de mear por la *güindou*, guiri cochino, que menudo pedal llevas encima — contesta solícita la policía, una escultural y autóctona señorita reconvertida en agente municipal tras desvincularse anticipadamente de su puesto de feliz cajera en Mercadona en busca de nuevas emociones.

— *Ai can si guan postal packet in the* bodega.

— De bodegas ná de ná, que ya habéis bebido bastante... y ¡deja de mirarme las piernas, sátrapa! ¿Es que no ves que las llevo sin depilar?

Desde su puesto de mando en el puente, amarrado al timón de la nave para no caerse, el capitán Scopoulos observa con cierta preocupación como la ciudad de Alicante se hace cada vez más grande ante su vista y decide tomar cartas náuticas en el asunto.

— Grumetillo, portugués, pedazo de luso, deje de correr un momento por la cubierta que no son horas y

vaya preparando los aparejos porque estamos llegando a la primera meta volante.

— Espere un minuto *senhor capitao* que solo me falta estirar un poco los isquios y gastrocnemios.

— Vamos, venga, estire deprisa Escopetao, o nos vamos a comer el puerto.

En ese momento se recibe una llamada de la comandancia naval menorquina destacada en el foro; oigamos la conversación por si nos afectase:

— ¿Aló, Scopoulos, oui, monsieur le captain?

— ¡Sí, sí, dígame Sr. Truyol!

— Que no pueden irse para Alicante sin pasar antes por Mahón; tenemos un paquete urgente para entregar sin prisas en la bahía de Cádiz.

— No se preocupe Sr. Truyol, a la vuelta de Venezuela pasaremos a recogerlo; espérenos sentado en la cima del Monte Toro, desde arriba disfrutará usted de una excelente panorámica del mar para relajar la espera.

— ¿Y cuándo será eso?

— Pues… depende.

— *Adieu mon captain*!

— Nada de a Dieu, adiós, adiós; grumete, y por favor ¡ponga rumbo a Licante!

Quinto día

En el puerto de Alicante se procede a descargar una parte de la bodega y a subir otras cosas que allí los esperaban; se trata ahora de un montón de paquetes postales de la posta argelina que mandan los que están por aquí a los que se quedaron por allí.

Decepcionado por no haber puesto proa a la isla de Menorca, donde tan bien se lo pasó el verano pasado, el grumete Escopetao se enamora perdidamente de una palmera, quiero decir de una chica de Palma residente en Alicante, y decide quedarse a vivir con ella, está un poco harto de la dura vida de lobo de mar, llevando paquetes de una a otra orilla; en su lugar embarca —tras superar las rigurosas pruebas de admisión— un almeriense de sonrisa franca y llamativo tupé llamado Manolo Escobar; un tipo alegre que se pasa el día cantando, ya veremos hasta donde llegamos con éste.

Como era de temer, antes de hacernos nuevamente a la mar procelosa, da comienzo el festival de la canción.

— ¡Larguemos velas, grumete! —brama erizando su tupido bigote el griego.

— Almería, un inmenso coral es tu hermosa bahía.

— ¡Rumbo fijado, avanti media! —ordena el patrón.

— Almería, paraíso de sol, tus mujeres son flores.

— ¿Quiere dejar de cantar de una puñetera vez y ponerse a baldear la cubierta?

Es sábado, 7 de junio del año del señor de 2003, aprovechando que no tengo que ir a trabajar y puedo rascarme la barriga sin disimular, trato de averiguar algo más sobre el paquete trashumante.

— Buenos días, nuestro horario de atención comercial es de 8 a 20 de lunes a viernes; al oír la señal deje su nombre, NIF, dirección, motivo de la llamada, nombre del padre y del hijo y del espíritu santo, edad, sexo, estado civil y sus mejores marcas en 400, 800, 1.000, 1.500, 3.000, 10.000, medio maratón, maratón y los 101 de Ronda; de paso aproveche para dejarnos su número de teléfono para poder llamarlo, el resto solo es para revender los datos en el mercado negro, y le atenderemos a la mayor brevedad posible... Piiiiiii.

— ... Hola, soy yo...

— Anda mira ¡pero, si eres tú! Yo también libro hoy, sardinita mía, podríamos irnos a remar al lago de la Casa de Campo o al estanque del Retiro.

— Señorita, cómase una tortilla de piedras y después váyase usted a practicar natación sincronizada dónde le plazca, yo solo quiero saber si está bien mi paquete.

— Pues, según decía Jacinta, no está nada mal para la edad que tiene, claro que comparado con el de Copito...

Pronto dejamos atrás el puerto de Alicante y enfilamos hacia la Costa Cálida; al divisarla en lontananza

los tomates y los productos perecederos de la huerta murciana, no pueden contener unas sentidas lágrimas de emoción; hace casi 60 días que dejaron el campo para ir a servir en ensaladas mixtas de la capital y todavía nada, ni un mísero contrato temporal, ni un menú degustación, nada.

— Va a ser ese —dice el señor Pechicos desde la costa, elevando por encima de sus pobladas cejas la palma de la mano a modo de improvisada visera.

— Si, yo creo que va a ser ese —responde el señor Pablo Ballesta que se encuentra a su lado.

— Eso no te lo crees tú ni harto copas —aprovecha el señor Titolo para meterse un poco con don Pablo.

— Ese barco es más lento que una tortuga manca, deberían darle de comer miguelitos de La Roda y ya verías tú si corría —apostilla oportunamente Fran Bali.

— Hasta mi crío nada más deprisa que esa vieja chalupa —comenta Garbancito.

El entrañable elenco murciano del foro al completo se encuentra apostado en la orilla agitando sus pañuelicos al paso del barquito de papel por el horizonte; gruesos lagrimones resbalan por sus mejillas, viendo cómo se alejan los productos de su tierra querida, con lo que a ellos les gusta la verdura, sobre todo de guarnición para un buen plato de carne.

— Adiós capitán Haddock —dice Titolo intentando un ace (léase eis) monumental.

— Ese es el capitán de Tintín, capullo, éste es Scopoulos —devuelve un resto cruzado el Ballesta.

— ¿Qué te apuestas a que no? —dejada de pelota cortada sobre la red de Titolo.

— Pero ¿es que no ves a Bianca Castafiore cantando sobre la popa? —globo al fondo de la pista del Ballesta.

— Lo que canta son los pies del Pechicos —potente smash sobre la línea.

— Entró, entró, juego, set y partido.

El barco debe seguir avanzando, quedan muchas y largas jornadas de navegación y empiezan a notarse los rigores del viaje; despedimos a la armada murciana hasta que se celebre la prometida quedada de este otoño.

— Mi capitán, mi capitán.

— ¿Qué tripa se te ha roto, marinero de agua dulce?

— Ninguna, es que tengo algo en la garganta.

— Pues entonces canta algo, porque empieza a caer la noche y conviene arrullar a los paquetes para que duerman tranquilos y no den la brasa nocturna.

«El trigo entre toas las flores, ha elegido a la amapola, y yo escojo a mi Dolores, Dolores, Lolita, Lola; y yo, y yo escojo a mi Dolores, que es la, que es la flor más morenita, Dolo, Dolores, Lolita, Lola».

Al escuchar tan pegadiza canción, toda la tripulación coreó el unísono el estribillo: *porompompón, porompon, porompon pero, pero, pero porompero pero pero pero porompon pón* (no es literal).

«El cateto de tu hermano, que no me venga con leyes, es payo y yo gitano, que tengo sangre de reyes; es pa, es payo y yo gitano, que ten, que tengo sangre de reyes y en la, y en la palma de la manooooo».

Al divisar en el horizonte el *skyline* de plástico de su pueblo natal, El Ejido de Dalías, el marinero de primera Manolo Escobar se lanzó de cabeza por la borda para intentar alcanzar la costa nadando; detrás de él también se tiraron sus dos hermanos guitarristas.

Las luces de Almería brillan cual miríada de estrellas por la banda de estribor de su inmensa bahía; si es preciso —haremos todo lo posible porque así sea— repondremos fuerzas en el bar Los Espumosos de Puerta Purchena, probaremos unas tapicas en el Quinto Toro y volveremos —si logramos encontrarlo a nuestra vuelta— al barco porque todavía hay que llegar a Orán.

— Adiós Manolico, majete.

— Adiós Scopoulos.

Sexto día

Dejamos Almería en el mismo lugar donde la encontramos al llegar y partimos diligentes hacia el puerto de Orán, esperando que esté donde se supone debe estar y no se haya movido de su sitio; allí efectuaremos intercambios comerciales para balancear el *import export* de nuestros respectivos países; nos preocupa mucho la grave crisis política que, en estos difíciles momentos, atraviesa Argelia.

Mientras tanto, nuestro acuático cantante, seguido por sus dos hermanos, sigue intentando alcanzar la turística costa de Roquetas de Mar flotando sobre sendas guitarras de seis cuerdas, mientras increpa a voz en grito a un pulpo despistado que pasaba por allí no sé qué de un carro que le han robado.

— ¿Dónde estará mi carrooooo? ¿Dónde estará mi carroooo?

— ¿Y a este tipo qué le pasa?

— Donde quiera que esté, mi carro es mío, porque yo lo compré...

— ¡Le ha dado demasiado sol en el coco!

Para suplir al cantante nadador no hemos tenido mejor idea que contratar a un argelino auténtico, se trata de Ahmed Sidi Ben Escoped, si bien como mari-

nero es algo inexperto, prepara el cous-cous como nadie.

Sidi Ben es de una aldea del interior, emigró siendo pequeño a Orán debido a su temprana afición al tintorro, algo totalmente incompatible con la conocida escasez de tabernas en el desierto; a pesar de lo cual ha terminado siendo un gran conocedor de estas aguas, ya que se fija mucho y ha hecho el trayecto un par de veces; todavía no sabe hacer bien los nudos marineros, por lo demás es un tanto quisquilloso...

— Ahmed, ¡ven aquí!

— No mon capitain, je ne suis pas Ben Aquí, je suis Ben Escoped.

— ¡Que vengas leche, que quiero comentarte una cosita!

Los problemas de incomunicación por mor del idioma tienen importancia relativa en alta mar, a ver si no cómo hubiésemos podido hacerse entender al griego con nuestro oraní de adopción; en el mar hay que estar preocupados por las cosas importantes como, por ejemplo, el enorme portaaviones de la VI Flota de la US Navy que se ha interpuesto amenazadoramente entre el carguero y el continente africano.

— Hello, stop! Comandante William Scop's speaking.

— Sabía que tenía que haberme traído un esmoquin —tradujo del inglés, rápido como una centella, el capitán Scopoulos.

— Debemos inspeccionar su buque por si acaso llevasen armas de destrucción + IVA; al hilo de esto, les advierto que en mi buque no se puede fumar.

Preocupado por el cariz que está tomando el crucero por el Mediterráneo y ante la falta de apoyo aéreo del servicio de Correos, el capitán intenta salvar los muebles con hábiles maniobras de distracción aprendidas durante su corta etapa universitaria.

— A ver, míster William, ¡tres con las que saques!

En la bodega hace calor y los paquetes necesitan salir a cubierta para tomar un poco el aire; como Sidi no les hace caso y Scopoulos está haciéndose fotos con la gorrita de almirante de don William, deciden amotinarse.

— Llevamos varios días de aquí para allá.

— Queremos merendar y ver la televisión porque hoy sale David Bisbal.

El único paquete que mantiene una aparente calma es el nuestro; desde que zarpamos de Alicante viaja pegado a unas zapatillas usadas abandonadas en un sucio rincón y el pobrecito ya no puede más, o airean convenientemente su camarote o las arroja al mar y que lleguen flotando a puerto.

Eso es precisamente lo que ha ordenado hacer míster William con los paquetes más díscolos de la carga; preparan la pasarela, les atan un *reality show* de Tele 5 a los pies, emborronan la dirección de envío y al agua patos. Con un poco de suerte algunos quizá lleguen a su destino incluso antes que nuestro paquetín.

Justo en el momento de máxima tensión suena mi teléfono portátil, ese que solo llevo para las grandes ocasiones en las que tengo que estar localizable por si me llaman de Correos para informarme sobre el paquete.

— Buenas tardes, soy el llamador automático del servicio de Atención al Cliente de paquetes postales económicos.

— ¿Le ha pasado algo a mi niño?

— Al niño no, pero al padre le acabará pasando; soy Copito de Nieve y quiero que dejes de llamar chimpancé a mi querida madre política, mejor llámala foca que al menos tiene un cierto parecido por el bigote y la eslora de cintura.

Por fin los marines deciden dejar paso libre a nuestro buque, no sin antes confiscar varios paquetes sin remitente conocido y con sospechoso olor a chorizo picante, entre los cuales afortunadamente no se encuentra el nuestro; el capitán Scopoulos ha decidido enrolarse en la Navy, no pudiendo soportar un minuto más navegar en esta bañera oxidada, deja el mando en manos de Sidi Ben Escoped y nos dice adiós desde la pasarela sin poder reprimir unas lagrimitas de cocodrilo.

Lo que cualquier otro trabajador del sector naval interpretaría como una excelente oportunidad de ascenso en el escalafón profesional que debe ser aprovechada, provoca sin embargo una crisis de ansiedad en Sidi Ben quién decide bajar a la bodega para agenciarse un tetrabrik Don Simón Gran Reserva antes de volver al puente de mando dispuesto a olvidar sus penas.

Navega plácidamente nuestro barquito velero hacia el mar de Orán bajo la influencia etílica del alcohol ingerido por Sidi Ben, cuando una lancha rápida del servicio de guardacostas argelino le ordena el alto.

— A ver paisas: documentación, pasaporte, rolex, seikos, gafas de guchi, alfombras, deuvedeses...

— Morito bueno.

— ¿Qué son todos esos paquetes de ahí?

— Morito guapo.

— Haga el favor de soplar por este tubito.

— Morito piripi.

— Para hacer pipí vaya al fondo a la derecha.

Desde las playas de Ain el Turco, Les Andalouses y Kristel (digo yo que existirán estas playas porque nunca he estado en Argelia y ahora no es precisamente el mejor momento para descubrirlas) nos llegan tenues y titilantes unas lucecitas de colores que Sidi Ben no puede ver, absorto como está con otro tipo de estrellitas provocadas por el soberano mamporro policial que ha recibido por negarse a entregar el tetrabrik de vino como prueba flagrante de su delito.

— Pilotar un barco superando la tasa permitida de alcohol es una falta grave, queda usted detenido.

Pasada por agua esta noche toledana de sustos y sobresaltos, algunos paquetes no pueden soportarlo más y se derrumban rendidos de cansancio a los pies de unos guardias con turbante.

El fuerte olor a cabrales que desprenden sus puntiagudas babuchas contribuye a pacificar por completo el ambiente.

Por fin las aguas vuelven a su cauce y todos duermen.

Séptimo día

A primera hora de la mañana zarpaba de Orán con destino Cádiz nuestro barco postal bajo el mando de un nuevo capitán; trátase ahora de un recio holandés de fina ironía, agresiva verbalización, agudo sentido del humor, piernas peludas y de nombre Louis Van der Skop.

Gran aficionado a la ultra distancia, Van der Skop no teme a los viajes largos por muy complejos y marineros que sean; para él es un reto personal conseguir entregar el paquete a doña May en la fecha prevista, incluso lo llevaría corriendo si hiciera falta y fuera capaz de caminar sobre las aguas.

La naviera consignataria tampoco ha querido retrasar más de lo necesario la entrega de los paquetes que transporta, sobre todo porque los productos típicos de la huerta murciana están empezando a deshidratarse y a ponerse mohosos; han contratado a herr Louis por su valentía, rigor organizativo e innatas dotes para el mando, no por gusto.

Con él también ha embarcado un marinero francés que conoció una noche de juerga en los bajos fondos de Orán y le pidió ayuda para cambiar cuanto antes de aires a cambio de no airear lo suyo con Fátima Teresa.

René du Le Scopiere, que así se llama el gabacho, no puede decirse que sepa mucho de navegación orienta-

da a objetos ni que domine el arameo clásico, pero se sabe de memoria la selección francesa de fútbol; tan balompédica habilidad le ha sacado de más de un aprieto en ciertas ocasiones.

— Monsieur du Le Scopier, pongamos rumbo a Cádiz: Longitud: 6º 17' Oeste, Latitud: 36º 32' Norte.

— *Bagthez.*

— Levemos anclas.

— *Fegnández.*

— Larguemos el velamen.

— *Zidane.*

— ¡Avanti, a toda máquina!

— ¡*Cagamba!* Pues a ese italiano no lo conozco todavía, ¿en qué equipo juega, en el Olympique?

Con el peñón de Gibraltar a vista de gaviota, el capitán Van der Skop saca a relucir su vena poética componiendo el inicio de unos versos que, con el tiempo, se descubrirá que son plagiados (ya verás tú cuando se enteren los de la SGAE):

«Con doce Runners por banda,
Web en popa, a toda zapa,
No corta internet sino vuela
Un paquete baratín.

Paquete Postal que llaman
Por su baratura El perdido
En toda la red desconocido
Del uno al otro confín».

Al pasar por el peñón de Gibraltar pudimos ver nítidamente a la madre de Jacinta haciendo monerías y saltando a cuatro patas sobre la roca; conocedor de sus refinados gustos culinarios, herr Louis le lanza con fuerza una bolsa tamaño mediano de aperitivos salados de la granja San Francisco.

Al poco se recibe un cable de la Interpol de los Países Bajos, advirtiendo de que el mencionado Van der Skop no es realmente holandés, sino que es un tipo de Alcobendas que tras clavar su pica en Flandes huyó para no tener que reconocer a unos gemelos, doble consecuencia de un descuidado desembarco amoroso.

Desde entonces se le conoce como el holandés errante y navega a lo largo y ancho de este mundo en busca de una página web estable, a la par que bien remunerada, a ser posible en España, algo realmente difícil si se piensa un poco; siendo amante de la luz y el solar patrio ansía volver a degustar la auténtica tortilla de patatas.

Debido al intenso tráfico veraniego de pateras en el Estrecho, arrollamos una de ellas ocupada por un solo tripulante llamado Mustafá Escopelele; tras partir la patera en dos con la roma quilla de nuestro buque lo recogemos, le abrigamos, le damos de comer y nos lo llevamos con nosotros para Cádiz.

Mustafá Escopelele es alegre y nada cual anchoa de La Escala; de hecho, tuvimos que perseguirlo media hora por la bahía de Algeciras antes de conseguir izarlo a bordo cogido por las orejas; hasta ahora solo se conocía un caso similar de alguien que fuera capaz de andar sobre las aguas, pero eso fue hace dos mil y pico

de años; Van der Skop enseguida le echa su ojo clínico encima viéndole cierto futuro atlético.

— Pareces bueno, Escopelele, aunque un poco flaco, ¿eres partidario de fichar por un club o tal vez prefieres ir por libre y sin licencia federativa?

— A mí lo que realmente me gusta es el «flamenco», sire, y después el jamón serrano, a poder ser de pata negra, cinco estrellas, de bellota o de Jabugo.

— Coño, serás desconsiderado, no permito que nadie me lleve la contraria en mi barco, ¡al agua con él!

Sin tiempo para dar ni recibir explicaciones lo lanzan por la borda, con tan mala puntería que fue a caer justo encima de otra patera más grande; más grande, más aerodinámica, más rápida, con más luces azules, más antenas y más tripulación que la del pobre Mustafá antes del abordaje; al verse a salvo a bordo de aquella patera *king size* se puso muy contento hasta apercibirse de que no era una patera cualquiera, sino una lancha patrullera de la Guardia Civil.

Superado el benemérito incidente, en el horizonte se perfiló la Tacita de Plata brillando bajo la suave luz del sol al atardecer; nuestro barco va a quedarse fondeado en su bahía a la espera de recibir instrucciones de la patronal del ramo.

Merced a la obligada convivencia a bordo, René y don Louis establecieron cierta amistad sincera a pesar de la diferencia en el escalafón y los dispares temas de conversación; el ardiente sol y el aburrimiento acumulado por tan larga travesía provocaron que, en un mo-

mento de inusitada debilidad emocional, don Louis le contase a René su secreto mejor guardado:

— Se me ha ocurrido organizar el Trail de los castillos de Ávila.

— *Trezeguet*.

— Será en noviembre de 2004, espero que para entonces hayamos entregado el paquete a doña May en Punto Fijo.

— *Thiegui Hengui*.

— Discurrirá desde Villaviciosa hasta las mismas murallas de Ávila campo a través, cruzando altas montañas y vadeando caudalosos arroyos…

— ¿El Campo… de los Príncipes?

— Serán 46 kilómetros de ruta, seguramente seremos más de ciento y la madre.

— *Candelá, Platini…*

Ante tamaña falta de empatía y de colaboración coloquial, el holandés decide llamar de inmediato a su buen amigo Luis que todavía reside en Holanda y cuida primorosamente a sus muchachos.

Solo quiere saber si ya han empezado a correr o todavía debe esperar a que crezcan y se hagan mayores, porque ha oído hablar de una ultra que atraviesa los Pirineos de punta a punta que promete.

Cuando nuestro corajudo capitán entra en una de sus fases melancólicas, solo piensa en proporcionar un futuro deportivamente mejor a sus duplicados vástagos.

Octavo día

En el Diario de Cádiz anuncian a bombo y platillo esta soleada y marinera mañana la llegada de un viejo y destartalado buque carguero postal procedente de Valencia vía Almería y Orán.

Tránsito portuario del 10 de junio de 2003.

Entradas:

Buque carguero postal, ligeramente escorado de estribor, procedente de Orán y con destino final desconocido, al mando de un intrépido capitán holandés; se le asigna la dársena de Cádiz; entre otros fletes declara un Paquete Postal Económico a la península de Paraguaná y productos caducados de la huerta murciana.

— ¿Para... qué?

— ¿Para qué va a ser? Para que May pueda ponerse al día con las últimas tendencias deportivas del mercado; venga hombre, que estamos un poco cansados y llevamos una semana entera sin parar de navegar.

— Buenas —interrumpe René— ¿este es el puerto de Cádiz?

— ¿Por quién pregunta?

— Aquí *monsieur* de Le Scopier que pide asilo futbolístico.

— Pues al fondo del puerto hay sitio, atraquen donde vean un hueco libre, bien pegaditos al muelle, me dejan las llaves puestas por si tengo que moverlo y me cierran bien todas las escotillas; no nos hacemos cargo de los objetos de valor no depositados en consigna.

El puerto de la bahía de Cádiz es, por su privilegiada situación geográfica, la puerta de entrada y salida del tráfico de mercancías de la Unión Europea con los países del Magreb y conexión con las Islas Canarias; puerto de trasbordo del cabotaje del Norte de Europa y del Mediterráneo para la costa Este de los Estados Unidos.

Es de los más antiguos del mundo, se puede afirmar que la bahía natural de Cádiz siempre albergó en sus orillas un puerto o centro de actividad portuaria importante, incluso quizá varios con relativo esplendor en algunos momentos; desde la fecha de fundación de la actual ciudad de Cádiz (que se remonta al año 1104 antes de Cristo, en los tiempos del rey fenicio Habis) hasta las dominaciones púnica y romana, en la que Gades llegó a ser la ciudad más importante de la Hispania y la tercera del Imperio en Europa.

Dado lo tardío de la hora nos disponemos a pernoctar en el hoy por hoy moderno puerto gaditano, y mañana será otro día.

Abatido desde que desembarcó el *footballeur* francés, nuestro ultra capitán decide tomarse un breve y merecido descanso; enchufa la tele y se prepara un buen vaso de güisqui escocés con hielo que le regalaron tiempo atrás, cuando todavía estudiaba navegación

general básica por correspondencia en la escuela naval de Alcobendas.

— Joer, solo ponen anuncios y esta noche no tengo el cuerpo para ir de compras.

Decide apagarla y darse un garbeo nocturno por el coqueto puerto gaditano para estirar las piernas; al fondo se oye música, son dos hermanos catalanes —José y David, oriundos de Cornellá de Llobregat— que están empezando en esto de la música y se acerca a escucharlos, más por matar el tiempo que por afición.

— ...Y al pasar por tu calle allí estabas tú, esperando en la parada del autobús, comiéndote con gracia aquel chupachups, que vicio, que viciooooo...

— Qué bien suenan estos *xiquets*.

— No sé qué me dio por la espalda, cuando vi la raja de tu falda, que un Seat Panda se me cruzó, y se comió el parachoques de mi Ford Scort.

— A ver como sigue la cosa...

— Por la raja de tu falda, yo tuve un piñazo con un Seat Panda, Por la raja de tu falda, yo rompí tres cuerdas de esta guitarra.

— ¡Anda... pero si son los de Estopa!

Louis retorna cabizbajo y meditabundo al barco y se bebe de un trago otro vaso repleto de güisqui *five years*; en cuanto por la vista le entra la morriña, por la boca le salen unos ronquidos infernales; finalmente, agotado por las emociones, la larga duración del viaje y

las duras condiciones de navegación, Van der Skop cae en un profundo sopor.

La suave brisa marinera lo arrulla con bellas palabras de Alberti; al tratarse el receptor de la poesía de un rudo marino mercante de los siete mares, se ha corregido levemente la parte más guerrera del poema para no generar tensión interpretativa:

«Si mi voz muriera en tierra
llevadla al nivel del mar
y dejadla en la ribera.
Llevadla al nivel del mar
y nombradla capitana
de un blanco bajel postal.
¡Oh mi voz condecorada
con la insignia marinera,
sobre el corazón un ancla
y sobre el ancla una estrella
y sobre la estrella el viento
y sobre el viento la vela!»

Durante la noche tuvo un sueño que, al despertarse, a duras penas conseguirá recordar, menos mal que andaba presto yo por aquí para tomar buena nota de todo.

De momento no entiende bien el significado de esta estrofa, pero ya lo entenderá.

La Marina tiene un barco,
la Aviación tiene un avión,
los cadetes tienen sables
y la guardia su cañón.

Noveno día

Sin que siente precedente en el cuaderno de bitácora, levamos anclas de madrugada, muy temprano, porque no queremos aguantar la larguísima cola que se forma por las mañanas en la gasolinera del puerto; a ver cuándo hace algo para resolverlo el excelentísimo ayuntamiento gaditano, que ya va siendo hora.

— Buenos días, ¿qué le ponemos?

— Llénemelo de diésel plus hasta la bandera.

— ¿Le añadimos un botecito de Winns?

— No hace falta, gracias, pero limpie a conciencia el parabrisas porque está plagado de mosquitos aplastados, revise la presión de todos los salvavidas y nivele el aceite de los motores.

— Vamos a echarle Carbonell de acidez leve al 0,4º que es mano de santo.

Antes de zarpar se presenta taquicárdico el práctico del puerto pidiendo permiso para embarcar a una periodista rusa que desea cubrir parte del trayecto.

Se trata de Carmencita Scopovna, Carmencita porque a su madre le pareció un nombre perfecto para ella y Scopovna por exigencias del autor, que en esto de los nombres se nos está volviendo pesadamente recurrente y maniático como es normal en él.

— Mi capitán, aquí le traigo a la rusa.

— ¿Cómo que la rusa? Yo no he pedido ensaladilla, pero está bien, súbela... y de bebida me traes una caña de cerveza.

Desde el muelle nos despide una silenciosa multitud de gaditanos que a estas alturas del año ya no estaban para muchas chirigotas.

Aprovechando la pleamar enfilamos la proa rumbo a Huelva que parece ser la próxima escala de este azaroso viaje; hay lugares que complementan su privilegiada situación geográfica con un brillante y denso devenir a través de los siglos. Esta historia, en parte escrita y en parte repleta de oscuras referencias cercanas a la leyenda, confieren a estos lugares una atrayente personalidad, tal es el caso de Huelva, la provincia más occidental de Andalucía.

Reiniciado el viaje se recibe un escueto fax mientras navegábamos a la altura del Puerto Santa María:

«DE: Comandancia Naval de Correos (Madrid)

A: Barco postal (nombre en proceso de votación)

TEXTO: Diríjanse a Sevilla. STOP. Repetimos, diríjanse a Sevilla. STOP. Hay que recoger un nuevo cargamento de paquetes. STOP.

FIRMADO: Jacinta. END OF MESSAGE.

Sended on june 11th 2003 from tfno 900 50 60 70 / 900 50 60 70, visite nuestra web»

A la recepción del fax todos nos sentimos embargados por una gran alegría y regocijo; ¿todos? ¡No! Cerca

de la sentina, una pequeña bodega poblada por irreductibles paquetes postales resiste todavía y por siempre al invasor... perdón, ¿eso no es lo que ocurría en un famoso comic de galos y romanos?

Los cambios de última hora suelen crear cierta confusión en las tripulaciones, por muy experimentadas y abnegadas que sean, y la nuestra no iba a ser una excepción; a pesar de su experiencia, el capitán nunca ha remontado un río, aunque se lo imagina; lo ha visto en un programa de naturaleza de La 2 en el que unos salmones saltarines hacían lo propio a contracorriente en los ríos asturianos y se echa las manos a la cabeza.

— ¡Esperemos que no haya osos pescadores en el río Guadalquivir!

— No se preocupe usted Van der Skop, de niña trabajé un tiempo en el Gran Circo Ruso —comenta Carmencita— y soy experta en tratar con animales.

— O sea, que hay.

Se cruzan con otra regata de pateras, por lo menos van 50 o 60; quiero decir que por lo menos van 50 o 60 personas apretujadas en cada una; de cerca las controla un yate artillado color verdoso de la organización, «me vayan saliendo de a uno y con el pasaporte o identificación homologada en la boca».

— En vez de ponerse a regatear con turistas indefensos ya podrían controlar con mayor esmero el tráfico ilegal de pateras; no sé dónde vamos a llegar —les grita indignada la rusa en perfecto carmencito; no entender su fina ironía eslava fue una de las razones tenidas en

cuenta por la benemérita institución para no llevársela detenida al cuartelillo por revoltosa.

Avanzando por el río dejamos a estribor Sanlúcar de Barrameda; qué pena que no estemos en agosto porque podríamos asistir a sus famosas carreras de caballos, centenario espectáculo de *turf* playero y apuestas que merece la pena conocer; a babor queda el Parque Doñana con sus solitarias playas, dunas de arena blanca y trillones de rabiosos mosquitos.

A la altura de los muelles de Bajo de Guía deciden atracar un rato para degustar una buena ración de los incomparables langostinos de Sanlúcar; por poco no los atracan a ellos, ¡santa madre del amor hermoso, qué precios!

Caso arruinados por el dispendio continúan viaje río arriba mientras la tarde declina, entre el claroscuro y las nubes de mosquitos no se dan cuenta de que hay una multitud de gente cruzando el río y acaban provocando una estampida en toda regla en el seno de una caravana rociera que vuelve de su peregrinación anual; carros por aquí, caballos por allá, gente al agua, aquello parecía una película del salvaje Oeste, pero sin vaqueros ni indios y en Andalucía.

— ¡Dominguero, a ver si miramos!

— ¡Hombre al agua!

— ¡Pirata, cafre, bantú!

Ajenos al desastre rociero causado prosiguen la travesía hacia la patria chica del autor de estas historias;

es entonces cuando desde Holanda se recibe una llamada a cobro revertido para el capitán.

— Louis, Louis (es que son gemelos).

— ¿Quién eres Van der Martín o Van der Nicolás?

— Te queremos recordar que hoy (suponiendo que hoy sea 10 de junio) cumplimos 9 meses, ya llevamos el mismo tiempo fuera que dentro.

— Para celebrarlo os voy a contar un cuento… esto era Caperucita Roja que iba tan contenta por el bosque a casa de su Abuela Veloz para llevarla un paquetito de chuches, cuando de repente apareció el Lobo Feroz…

— ¡Mamá, mamá, papá Louis ha vuelto a darle sin tregua al agua de fuego!

Dejemos en suspenso la tierna estampa familiar porque al fondo de la escena por fin se perfila la dorada silueta de la capital andaluza, estamos llegando a Sevilla.

¿Qué decir de la ciudad de Sevilla que no se haya dicho antes?, bueno, pues como estoy de acuerdo me permitiréis que no añada nada más.

Solo recordaré una cosa, allí juega como en casa el Real Betis Balompié; qué pena que el franchute futbolero se haya marchado de la historia porque aquí tendría material de primera (o de segunda, depende del año, somos el equipo ascensor) para aprender de memoria una verderona, renovada e hispalense pasión futbolera.

Décimo día

Situado a tan solo 80 kilómetros de la desembocadura del Guadalquivir, el de Sevilla es el único puerto fluvial comercial que existe en España. Su proyección es, a la vez, mediterránea y atlántica, siendo varios los factores que lo erigen como punto logístico y comercial de primer orden.

— Rumbo Longitud 6º 0' O, Latitud 37º 22' N - Carta BA85 —ordena el capitán.

— ¡Marchando! —responde renqueante y obediente el barquito de papel.

Atracamos en el muelle Este, lo cierto es que nos daba igual este o cualquier otro, pero el caso es que atracamos en este porque nos pillaba más a mano que otro; la estrechez de la plaza de atraque nos obliga a maniobrar más de la cuenta y por poco nos cargamos la Torre del Oro; algo parecido nos ocurrió hace años en Pisa con un camión y casi la liamos.

— En Pisa no hay puerto de mar —le espeta, ofendido por la innecesaria referencia a su negligencia, el barco sin nombre.

— Por eso me he inventado lo del camión, calamar gigante —le responde en voz alta el capitán de muchos nombres.

Admirando el río recordaremos las palabras de Jerónimo Münzer en 1494, *«El Betis, río caudaloso y navegable, que a la hora de la pleamar crece tres o cuatro codos, llevando entonces el agua ligeramente salada, tornándose dulcísima al bajar la marea...»*.

Mientras la corriente se prepara para su cíclico cambio de sabor, un «gorrilla» sevillano nos pide permiso para subir a bordo; una vez concedido el permiso, muy amablemente nos pide —navaja en mano— la «voluntá» por vigilarnos el buque, dejándolo a salvo de posibles actos de piratería fluvial.

— Buenas tardes, ¿el capitán?

— No, la rusa.

— Que se ponga.

— ¿La rusa?

— No, el capitán.

Los días soleados y los rojos atardeceres de primavera son momentos idóneos para pasear por las orillas del Guadalquivir a su paso por la ciudad sevillana. Su caudal irregular de violentas crecidas, sensible a las mareas, y los bajos arenosos de su complejo cauce, siempre han marcado significativamente la historia de toda la ciudad.

El capitán aprovecha la confusión para darse uno de esos largos y solitarios paseos que tanto le gustan para poder pensar en sus cosas sin tener que ver a nadie. Apenas veinte minutos después de haber salido regresa a bordo acompañado de una buena curda; para no dar

pie a fabulaciones, adviértase la etílica diferencia existente con una buena kurda.

— *¿Be ha llabado alguienz bor teréfono?*

— Sí, la naviera; nos pide que hagamos una colecta.

— *No buedo cortabme la coleta, no zoy torero*.

— Pues a ver de dónde sacamos entonces la pasta que necesitamos para proseguir viaje.

Ante los problemas Van der Skop es muy resolutivo y en un pispas, en cuanto se le pase un poco la cogorza, a buen seguro encontrará la fórmula mágica que les permitirá seguir viaje... qué menos que llegar hasta Huelva.

Dicho y hecho, alquila el navío por horas a un grupo de guiris que bajaban de un autocar; los bombardea con diferentes consignas turísticas: «usted también puede tener una cena romántica con su pareja bajo el embrujo sevillano del río y por cuatro gordas», «cena y viaje todo en uno, precios de ganga a tocateja», «indigestión garantizada, vistas panorámicas desde la sentina».

— Vamos a ver, *leidís an yentelmens*, vayan pasando que al fondo hay sitio.

— Pero ¡oh, excelso vende motos! ¿Podemos saber dónde vamos a sentar a toda esta gente? —se pregunta pasmada la tripulación.

— Que utilicen los paquetes postales económicos cuando se acaben las sillas.

— ¡Vamos, vamos, que se acaban las plazas!

Los ingleses meones de Benidorm están ahora de paseo por Sevilla contribuyendo a que suba la marea sin necesidad de esperar a las 19:15 que es cuando toca oficialmente, ellos siempre dando la nota con su horita de diferencia; el fondo arenoso del río se encargará de filtrar las impurezas alcohólicas, pero no sé yo si este vertido incontrolado provocará un nuevo Aznalcóllar… porque son muchos los hijos de la Gran Bretaña orinando a la vez en el mismo sitio.

— Oiga míster, ¿pero es que no le da a usted vergüenza orinar en público?

— Qué quiere que le diga, si lo hacen todos…

— Ya, pero usted es el único que lo hace desde la cofa del palo mayor y nos está salpicando.

Dado que en este tipo de barcos postales no hay azafatas, les toca a nuestros amigos Louis y la soviética hacer la demostración práctica de los salvavidas antes de que partamos de excursión.

— Los salvavidas son esas cosas redondas con un agujero central que pone *live vest* —indica una diligente Carmencita.

— Mire ese guiri de atrás… ¡se está comiendo uno! —le advierte el capitán—, se habrá creído que es un donut gigante.

— Pues viendo esto, explíqueles ahora cómo se debe pelar una gamba… —insiste el marino.

— ¡Olé, a ti te *pariou una mother* —les interrumpe a gritos un británico totalmente beodo, que es como debe decirse en el extranjero ¡viva la madre que te parió!

Como a bordo no hay poca ni mucha comida, se opta por servirles los productos naturales de la huerta murciana que, a estas alturas de la singladura, están más secos que la mojama. Los tomates más maduros y hostiles intentan un levantamiento huertano porque, aparte de las infra vegetales condiciones de vida soportadas, sufren el acoso de guiris hambrientos que se los quieren zampar a *bocaos,* a palo seco y en crudo.

— Parece que les está gustando la ensalada mixta de guita y cartón.

— Pues aquellos de atrás se están comiendo a manos llenas unas cartas certificadas con sello y todo.

— Claro, es que llevan sellos de FENAVIN (feria nacional del vino celebrada en mayo en Ciudad Real, aclaración pertinente y enológica del autor) y tendrán sabor a tintorro.

— ¿Capitán, los ingleses son verdes?

— Que yo sepa no, pero demos tiempo al tiempo.

— Se van a poner todos malos.

— No lo permitan *Her Majestic The Queen* Elizabeth II y toda su parentela.

Undécimo día

Hoy hace un día de esos de calor espantoso y el río está atascado como casi todos los fines de semana en cuanto llega el buen tiempo; media ciudad se larga a las playas cercanas a navegar en sus barquitos utilitarios y también hay que dejar sitio a los turistas que llegan.

— Menudo tráfico portuario tenemos hoy.

— A este paso cuando lleguemos habrán cerrado la panadería y nos quedaremos sin la oferta de baguettes, tendríamos que haber salido más temprano.

— ¡Mira ese, qué jeta! Pues no va navegando por el arcén el tío, ¡animal, merluzo, melón!

— ¡Señor, señor! No aprenderemos.

Tras la tensión sufrida durante el tour flamenco fluvial de ayer, tanto el capitán como la rusa Carmencita dormitan en el puente de mando, dejando que la nave siga el curso de la corriente a su libre albedrío; puede que por eso no hayan visto la caravana de romeros que, acabadas de recomponer sus maltrechas filas tras el desafortunado abordaje del día anterior se dispone prudente y temerosa a vadear nuevamente el río.

Viendo llegar a todo vapor el barco asesino, los rocieros huyen despavoridos en todas direcciones, algunos se lanzan directamente al agua para ganar tiempo;

son víctimas inocentes que sufren en carne propia las consecuencias de la navegación temeraria de irresponsables con carné, ¿para cuándo un carné náutico por puntos?

— Son los mismos locos de la otra vez.

— ¡Domingueros, desgraciados, seguro que os han dado el carné en una tómbola!

— Oye, ¿por qué volvéis a cruzar, es que se repite el Rocío cada dos por tres?

— No, es que nos gusta mucho este juego, no te digo.

Al pasar de nuevo por Sanlúcar de Barrameda y al engañoso grito de «allí dan sangría gratis» conseguimos que se tiren de cabeza por la borda los últimos guiris que todavía quedaban en cubierta durmiendo la mona; por fin podremos poner rumbo a nuestro siguiente destino sin tener que preocuparnos del paisanaje.

Navegamos a todo trapo por delante de Matalascañas; una avioneta —para mí que se ha perdido— arrastra por los aires un enorme cartel de «Visite Marina D`Or»; pasamos por Torre de la Higuera, Mazagón, Punta Umbría y, por fin, avistamos Huelva.

Abrazada junto al Atlántico por las desembocaduras de los ríos Odiel y Tinto, Huelva parece tener su origen en el legendario reino de Tartessos.

Asiduamente visitada desde antiguo por los navegantes fenicios, que arribaban a sus costas en busca de metales preciosos y erigieron un templo dedicado a

Hércules en la cercana isla de Saltés, la ciudad recibió el nombre de «Onoba» hacia el año 1000 a. C.

Así, situada en el rincón más suroccidental de España, lindando con Portugal, Badajoz, Sevilla y Cádiz, y bañada por las aguas del océano Atlántico, se encuentra la ciudad de Huelva, un bello lugar donde aún es posible vivir tranquilos y en paz.

Sin duda es una ciudad que merece la pena visitar, pero démonos prisa antes de que este barco lo ponga todo patas arriba.

Dicen que a Huelva se llega llorando y se marcha uno de la misma manera, eso es precisamente lo que ha debido pasarle a nuestro Louis.

— Lo siento, pero debo abandonaros.

— Vamos capitán, que solo han sido cuatro carrozas de nada, seguro que eso lo cubre la póliza del seguro obligatorio.

— No, si no es por eso, es que por fin me han ofrecido un trabajo en España.

— ¡Ahora entiendo el porqué de su llorera!

Un entristecido Louis Van der Skop abandona el barco en el puerto de Huelva y parte en tren camino de Valladolid con ojos acuosos; también nos deja la rusa porque debe participar en un triatlón olímpico en el quinto pino, o cerca de allí, el próximo fin de semana.

— Oye, ¿y está muy lejos Valladolid?

— Bueno, a 648 Km. de nada desde aquí, al cambio son unas 350 millas náuticas de nada.

Antes de abandonar el puerto, la naviera tiene el inesperado detalle de presentarnos a los sustitutos de los anteriores al mando del barco.

— Aquí el inefable Paquete Postal Económico conocido como CP04976710ES en ruta hacia Paraguaná.

— ¿Para… qué?

— Paraguaná, al otro lado del charco, el lugar donde habita la amistad.

— Aquí el almirante Dislálicus y su ayudante Cinco Estrellas.

El almirante Arvidas Dislálicus es un gigantesco lituano, antiguo jugador de baloncesto, que lo dice todo al revés por una alteración del habla no tratada a tiempo por el logopeda infantil en su pueblo; se hace acompañar por Cinco Estrellas para orientarse.

El grumete Cinco Estrellas, poseedor de grandes dotes en el arte de la conversación periférica y la escritura jeroglífica, aunque poco habituado a la jerga marinera, enseguida pone los puntos sobre las íes a todos los productos postales presentes.

— Uno no llega a uno. Dos son dos y medio.

— ¿Es una adivinanza?

— No voy a picarme ni a hacer marcas.

— ¡Para mí que éste es de secano!

— Fomento la carrera nocturna, ya sea al anochecer o en las primeras horas del alba, por lo que soy usuario habitual del frontal.

Una vez puestos todos los puntos en su sitio, nuestros paquetes deciden subir a cubierta a tomar un refrigerio aprovechando que está entrando agua a borbotones en la bodega; uno de los carros rocieros ha abierto una vía descomunal y entra tanta agua por ella que sería la envidia del controvertido trasvase Tajo-Segura.

— Este nombre no tiene barco —aprecia de inmediato Dislálicus.

— Hombre de ninguna parte, por favor, escucha, no sabes lo que te pierdes; hombre de ninguna parte, el mundo está a tus pies —le responde el grumete.

— ¿Y por qué este sello no tiene paquetes? —insiste el almirante.

— No tiene criterio, una meta, no sabe a dónde va.

Llevamos tiempo sin tener noticias frescas de nuestra amiga la telefonista de Correos; parece que ya ha vuelto de su viaje de novios, os advierto que no está de muy buen humor, pero ella sabrá por qué.

— Atención al Cliente, ¿qué mosca te ha picado?

— En este momento estaba pensando en mi paquete.

— Pero bueno, esto ya es acoso en toda regla, te voy a denunciar como no pases a los hechos, amorcito.

— Entonces del paquete ni hablamos.

— Olvídate del paquete y retorna de nuevo a mis cariñosos brazos; además ya no me gusta Copito, porque me tiene tal que así (*at two candels*).

Duodécimo día

Amanece sobre Huelva y un intenso azul oscuro casi negro lo inunda todo, más o menos lo mismo que ocurrirá en pocos días cuando el viejo Recreativo se juegue en Elche la Copa del Rey a partido único contra el balear Mallorca (al final palmaron, pero dejo por escrito su hazaña, la rebelión de los pobres).

Si todo pueblo que se precie de serlo debe sentirse orgulloso de su pequeña historia, localidades como Palos, Moguer y en general toda Huelva lo están de una gesta que protagonizaron gentes de la tierra, el descubrimiento de América.

CP04976710ES se encuentra hoy algo inquieto, siente como si le estuviesen pateando los contenidos; es algo extraño ya que no probó la ensalada mixta de los ingleses que en paz descansen; ¿entonces qué le ocurre? Lo que sea se le pasará y si no que se fastidie que para eso es un paquete postal sin derecho a *tracking*.

El barco lo tiene todo dispuesto para zarpar, el próximo destino queda a 740 millas náuticas y es una de las islas más bonitas del mundo, la isla corazón: ¡San Miguel de La Palma! Desde la más septentrional de las islas canarias partiremos hacia Punto Fijo, en la orilla opuesta del ancho océano Atlántico.

Acatando las precisas y marineras órdenes del almirante Dislálicus, nuestro querido barco sin nombre por fin arranca motores; damos comienzo a la parte más complicada de la aventura.

— Echen anclas.

— Aten amarras.

— Arríen el velamen.

— Paren máquinas.

En el puerto, un grupo de corredores que rodaba por allí para activar el metabolismo detiene su acompasada marcha durante unos minutos para gozar con la visión de nuestro barco a punto de colisionar contra el muelle armando un estropicio del copón de la vela.

De inmediato se reciben noticias desde la central telefónica:

— Conferencia a cobro revertido de... «Aló capitán, aquí la central, ¿acepta usted la llamada?».

— ¿Por qué tengo que llamar a un pervertido?

— Sepa usted que está navegando al mando de un buque sin nombre.

— ¿Quién es ese Armando Luque? ¿Qué le pasa a su vieja?

Pasando esta vez por alto su dislalia, parece que el almirante también está un poco teniente (sordo como una tapia) y no termina de enterarse; menos mal que Cinco Estrellas, atento a la jugada, retoma la conversa-

ción y se encarga personalmente de que todo se desarrolle según lo previsto.

— A ver, ¿señorita Jacinta? —declama *Five Stars* con la mejor voz posible.

— ¿Usted que se ha pensado caballero? ¡Yo no estoy encinta!

— No, si decía que me ayudase a buscar un nombre.

— ¿Y para que quiero yo un hombre si ya tengo a Copito?

— No, un hombre no, ¡que me ayude a buscar un NOMBRE!

— Ni nombre ni nada, cuando me quede encinta ya pensaré en eso, pero si fuese chica me gustaría llamarla Chita y si fuese chico Como -su-padre.

— ¿Copito?

— No, Como-su-padre, ¿es que no le gusta Como-su-padre? A mí me parece original.

Mientras el barco se aleja lenta y majestuosamente de la costa, el almirante y su estoico grumete deciden reposar un poco de tanto ajetreo retirándose del puente de mando para preparar concienzudamente un infalible plan de navegación; como todo no va a ser trabajar, deciden poner un rato la tele para ver si les entra el sueño, cosa fácil ya que coincide con el telediario de las tres...

— Conectamos en riguroso directo por vía satélite con el barco postal en alguna parte del Atlántico, donde al parecer se están produciendo noticias.

— Hola, les habla Miguel Pi, reportero itinerante de elatleta.com, el único que se pone verde, nos encontramos a bordo del barco sin nombre.

— ¿Y cómo dice que se llama?

— Me llamo Miguel, Miguel Pi.

— No hombre, que como se llama… el barco.

— Se llama, estooo, ¿cómo se llamará este barco sin nombre? Preguntemos a unos paquetes que andan por aquí…

— Pues mire usted, me alegro de que me haga esa pregunta porque llevamos embarcados desde el 4 de junio y todavía no sabemos ni como se llama.

— A ver este otro paquetito, ¿cómo te llamas, majete?

— Me llamo Paquete Postal Económico, pero mi sobrenombre es CP04976710ES, sí, sí, con ce de Cuenca y pe de Palencia, con destino Paraguaná.

— ¿Para… qué?

— Paraguaná, que viajamos a Paraguaná.

— Ya sé dónde está Paraguaná, ¿quién no conoce las famosas cataratas de Paraguaná? Te pregunto que cómo se llama el barco.

— ¡Ah! Pero ¿los barcos tienen nombre?

— Normalmente sí, pero este no, ¿qué te parecería si lo llamásemos, déjame que lo piense un poco… «El Pronador de los Mares»?

— Hombre, así de primeras, yo es que supino de un pie y prono del otro, cosas de la genética.

— Pues no se hable más, desde «El Pronador de los Mares» y para elatleta.com les habla, Miguel Pi, Pi para los amigos, el único reportero que se pone verde.

— Una última y vital pregunta Don Miguel… ¿qué hora es ahora mismo en Paraguay?

— Pi, pi, pi, pi, vaya, parece que hemos perdido la conexión.

Adentrándose lentamente en la negra espesura de la noche, nuestro barco navega decidido bajo la atenta mirada de miles de estrellas y luceros, esperemos que las leyes náuticas lo acompañen y que no lo dejen al pairo en mitad del Atlántico.

Décimo tercer día

Dadas sus especiales circunstancias «El Pronador de los Mares» surca lo mejor que puede las gélidas aguas atlánticas con mucho cuidado para no adentrarse en aguas territoriales de nuestro querido vecino del sur, no sea que una de sus patrulleras se interponga cariñosa.

Hasta alcanzar la isla de San Miguel de La Palma todavía nos queda un buen trecho. Para hacerse una idea de su situación geográfica, de la isla no del barco que es cambiante debido a la navegación, las islas Canarias son esas siete manchas pequeñitas que se ven abajo a la izquierda según miras cualquier mapa.

Geográficamente se ven abajo a la izquierda, a su derecha quedaría el antiguo Sahara español, pero a veces también pueden verse abajo a la derecha, justo debajo de sus primas las islas Baleares, metidas en un recuadrito en medio del mar, de repente vecinas de Ceuta y Melilla; no sé si las islas Canarias también son barcos que cambian de lugar según les entren los alisios, pero yo digo lo que he visto, incluso en libros de geografía.

El subconsciente colectivo mantiene frescas en la mente aquellas estampas africanas color sepia que perdimos de golpe hace un siglo ante las belicosas tribus bereberes de Mohamed ben Abdel-Karim, el famo-

so Abd-a-Karim al-Khattab o Abdel Krim como le llamaban en su casa a la hora de comer.

— ¡Abdelkrimito, hijo, lávate bien las manos que la comida está sobre la alfombra!

— Gracias mami, pero espera solo un momentito a que termine de independizar el Rif.

— Vale, pero no tardes Abdelito que ya sabes cómo se las gasta tu padre cuando se enfada.

— ¡Anda la osa! ¿Entonces tengo padre?

— ¡Qué apagues la *Play Station* de una vez y te vengas ya a comer!

¿Tendrá tan atávico trauma la culpa de que los geógrafos españoles equivoquen la situación de las islas Canarias, colocándolas encima de Marruecos para que no veamos la realidad? Es tiempo de actualizarse, soplan vientos guerreros y lo mismo ahora empezaremos a ponerlas también sobre Iraq y Afganistán.

Todavía hoy, aunque vaya a menos, nombrar a Abdel-Krim en nuestra tierra es sinónimo de mal gusto; provoca un gran resquemor histórico porque nos dieron para el pelo en tierra mora; es como en los Países Bajos, donde el duque de Alba representa al coco; aquí solo conocemos a su sucesora la duquesa, doña Cayetana, aunque en este momento no sé yo quién daría más miedo a los tiernos infantes.

También se dice que las Canarias son siete islas cuando en realidad son ocho, en lo que parece otra grave incorrección geográfica de nuestros científicos; bien es verdad que la octava isla solo puede verse con

el corazón y se llama San Borondón, pero habría que tenerla en cuenta a la hora de contarlas no sea que nos la quiten nuestros vecinos cualquier día.

En las noches de San Juan, si se cierran bien los ojos y se abre mucho el corazón, podemos llegar a percibir con nitidez su etérea presencia en el horizonte.

«Resuenen tambores guanches
que la isla misteriosa
se divisa entre las olas;
dibujándose en la bruma
como si fuera una reina
con su cortejo de espuma...»

Siendo como soy un ciudadano de a pie con derecho a voto, me sorprende que seamos capaces de enviar a nuestras tropas de élite a recuperar la estratégica isla de Perejil —quizá forzados por las necesidades culinarias de Carlos Arguiñano—, y sin embargo no seamos capaces de confirmar científicamente la existencia de la isla de San Borondón.

Por si sonase la flauta seguiré haciendo lo que vienen practicando desde hace siglos los habitantes de las Islas Afortunadas: otearé sin descanso el horizonte esperando verla entre la bruma como si fuera una reina con su cortejo de espuma.

La próxima noche de San Juan asómate a la ventana y pon en práctica la teoría, quizás puedas verla sin salir de casa; hombre, claro, si vives en Toledo o en Arkansas lo tendrás crudo.

Sobre la cubierta del bajel un almirante, un grumete y un periodista teñido de verde juegan tranquilamente una partida de petanca usando paquetes postales a falta de bolas, quiero decir a falta de bolas de petanca porque los protagonistas tienen sus propios paquetes; me parece que me estoy liando, mejor volvamos a cubierta.

— He ganado a volver —sonríe el dislálico capitán.

— A veces me pasa al servir agua en un vaso que yerro el tino —responde el representante de Cervezas Mahou en Alcalá de Henares.

— ¿También te ocurre eso con el vino?

— A veces, se debe a que carezco de visión tridimensional.

Llegados a este punto de la travesía creo que deberíamos realizar una ligera descripción, a modo de presentación, del grumete *Cinq Etoiles*, por lo que vamos a ocuparnos someramente de él en las próximas líneas.

Dicho en pocas pero contundentes palabras, el grumete en cuestión se encuentra en una fase de endurecimiento personal porque no quiere ser vulnerable.

Quizá por eso se ha embarcado en esta loca aventura, porque la brisa de alta mar te da ese punto canalla de yodo y sal necesario para seguir creciendo psicológicamente de forma equilibrada.

Si tuviésemos que hacer su prosopografía lo tendríamos difícil, pero podría intentarse: viene a ser el cruce perfecto entre un noble español del siglo XVI y un gallardo legionario de principios del XX, uno de

esos que son novios de la muerte y se unen en lazo fuerte con tal leal compañera; sobre sus recias piernas de guerrero late con fuerza el corazón de un poeta, tal como demuestran algunas de sus frases favoritas:

— Uno no llega a uno. Dos son dos y medio (también podría ser mi favorita).

— Veo que los acentos se te duplican fuera de palabra. Eso me pasó a mí hace pocos meses. Se trataba de un virus informático.

— Mido algo más de 1'80 y, dado que era tan malo en otras actividades deportivas, me metí en esto del correr, por libre y sin planes estrictos.

— En el fondo soy buena gente. O lo era hasta hace poco. Ahora me replanteo casi todo.

Tan profundo nivel de pensamiento tiene como base las lecturas ejemplares que devora con fruición, como las Memorias Completas de Idi Amín Dadá comentadas por Mao Tsé Tung; sin duda un claro ejemplo de la increíble capacidad de sufrimiento y heroica abnegación que adornan a este singular atleta soldado.

— ¡Tierra, tierraaaa en la vista! —grita emocionado el noble legionario.

— ¿Guerra, donde hay una guerra? —le pregunta el almirante.

— No, que me ha entrado tierra en los ojos.

— Te habrá cagado un desierto o las nubes llevarán arena de gaviota.

Nuestro coqueto y apergaminado barquito sigue navegando camino de San Miguel de la Palma mientras el periodista de verde careto, el llamado Miguel Pi, se sorprende a sí mismo recitando por lo bajini a Blas Infante.

«Ay soleá, soleá,
Si un fiel sufre callando,
a nadie digas tus penas,
aunque te estés ahogando».

Dijo a su lengua el suspiro:
Métete a buscar palabras
que digan lo que yo digo.

Naíta hay aquí que vé,
porque un barquito que había,
tendió su vela y se fue».

Décimo cuarto día

Hoy es domingo y los domingos son favorables para la navegación costera, aunque a los mandos, al menos a los mandos de esta historia, les da igual el día de la semana que sea con tal de que se cumplan sus órdenes sin rechistar.

— ¡Señor Inmediatamente, acuda grumete al puente! —brama el almirante.

— ¡Sus órdenes, mi coronel!

— Quiero celebrar una fiesta alta por toda la borda.

— ¡Sus órdenes, mi comandante!

— Que haya vino y rosquillas para todos.

— ¡Sus órdenes, mi capitán!

— Y que asistan todos los paquetes presentes.

— ¡Sus órdenes, mi sargento!

— ¡Retírese, Cinco Estrellas!

— Lo siento, pero un grumete cinco estrellas no recibe órdenes de un peluso (en la Armada, un marinero raso).

Al principio la fiesta era una fiesta como son casi todas las fiestas al principio de sí mismas; sencillos paquetes intentando bailar pegados con unas sacas postales de buen ver, mientras los siempre presumidos gi-

ros certificados exhibían altaneros sus boyantes economías a falta de otro interés postal reseñable.

Todo transcurría como debía transcurrir en una fiesta de postín, hasta que llamaron desde la central de Correos.

— Que se ponga el teniente coronel al mando.

— No puede ponerse, se siente indispuesto debido a una ingesta excesiva de cazalla.

— Pues que se ponga el grumete —ordena la voz.

— En este momento decir eso quizá sea meter el dedo en la llaga.

— Don Grumete, estamos buscando un paquete postal económico con destino Venezuela que se supone viaja a bordo de «El Pronador de los Mares»; a propósito, ¿quién le ha puesto ese nombre?

— ¿A quién dice, al paquete?

— No hombre, no, al barco.

— Y yo qué sé. ¡Paquete! Que te pongas al teléfono que te llaman de casa —corta la conversación de golpe y sin contemplaciones Cinco Estrellas.

Embargado por la emoción, algo escorado por la deriva del navío y también algo borracho por el alcohol ingerido, nuestro paquete se acerca con paso tambaleante hasta tomar con recelo el auricular.

— Hola papi.

— Qué papi ni que ocho cuartos, ¿es usted el paquete con destino a Paraguaná?

— ¿Para… qué?

— Para qué va a ser hombre, le pongo con el remitente.

Mientras el buque mercante prosigue inmutable su marcha nocturna, las estrellas iluminan tenuemente la destartalada y húmeda cubierta; el fondo musical de la escena corresponde a Joan Manuel Serrat…

«Barquito de papel, sin nombre, sin patrón y sin bandera, navegando sin timón donde la corriente quiera. Aventurero audaz, jinete de papel cuadriculado, que mi mano sin pasado sentó a lomos de un canal.

Cuando el canal era un río, cuando el estanque era el mar y navegar era jugar con el viento, era una sonrisa a tiempo, fugándose feliz de país en país, entre la escuela y mi casa, después el tiempo pasa y te olvidas de aquel barquito de papel.

Barquito de papel, en qué extraño arenal han varado, tu sonrisa y mi pasado vestidos de colegial…».

Aplacado su espíritu inquieto por la música, no esperaba encontrarme en semejante estado catatónico a Paquetín, ahora que por fin podíamos hablar a solas unos minutos:

— Soy muy infeliz, ninguna carta certificada quiere bailar agarrada conmigo.

— Eso no puede ser viajero impenitente; tú eres un paquetito simpático a la par que elegante, si bien puede lastrarte algo de atractivo tu precaria economía.

— Bues nadie be quiere, babuchi, no che que le pacha a la gente conbigo.

— Pero hijo ¿acaso has bebido más de la cuenta y estás borracho? ¿Qué van a pensar de ti los demás?

— No me importa nada lo que piensen, prefiero ser borracho conocido a alcohólico anónimo.

Dejemos a los pasajeros y a la tripulación del crucero disfrutando de su bonita fiesta marinera y esperemos que ningún iceberg haya decidido darse una vuelta por estas latitudes y se crucen sus trayectorias, echándonos a pique la historia antes de tiempo.

Con las últimas luces del anochecer llegamos al puerto de Santa Cruz de la Palma; a su confortable abrigo por fin conseguimos atracar y descansar a destajo porque estamos hechos polvo y todavía queda mucho viaje que contar.

Décimo quinto día

Llevamos algunos días anclados en la isla preciosa, esperando que la empresa nos envíe urgentemente un nuevo capitán, a ser posible urgente y por avión; el almirante Dislálicus ha tomado la firme decisión de adquirir un semental de toro frisón y quedarse a vivir aquí de mamporrero; al ver de lejos la Caldera de Taburiente ha debido pensar que estaba en Suiza, sin saber que esto es mucho más bonito y menos frío.

— *¡Ay! Ese torito güeeeeno, ese torito guaaaapo.*

— Para mí que el lituano le ha vuelto a dar al vodka...

— *Tieeeene botiiiines y no va descaaaaalzo.*

— ... o se ha golpeado en la cabeza con una de las bolas de petanca.

— *Ese toro bonito que ha nacio pa'semental.*

— Parece todavía más grave de lo que pensaba.

— *Las vaquitas no le dejan descansar y además de bravura tiene pinta de don Juan.*

— No somos nadie, ¡adiós mi almirante!

— Yo no soy ningún farsante, pero reconozco que me gusta bastante como canta el Fari.

Si la llegada del verano cambia ciertas costumbres, el paso de los años consolida otras como, por ejemplo, las hogueras de San Juan que se vienen celebrando en Alicante desde 1928; como ocurre en infinidad de otros lugares, la noche del 23 al 24 de junio, vecina del solsticio de verano, arden miles de hogueras por doquier.

Desde muy antiguo se extendió la popular costumbre de acumular enseres viejos en los barrios y prenderlos fuego, pero de todo esto hablaremos más adelante, no precipitemos acontecimientos. A pesar del lento pasar de los días, la resaca festera mantiene a carga y pasaje en estado letárgico, aunque muy pronto la tranquilidad se verá alterada por una llamada telefónica.

— Buenos días, me lo he pensado mejor.

— Pues no sabe usted lo que me alegro.

— Era una falsa alarma, no estoy embarazada, así que podremos rehacer juntos nuestras vidas a poco que me lo propongas.

— Pues por mí ya puede usted esperar sentada, doña Jacinta.

— Y dale con la copla, que no me quiero sentar, ya le he dicho más de mil veces que ¡no E-S-T-O-Y embarazada!

Un nuevo y misterioso personaje avanza por la oscilante pasarela de cuerda y madera que nos mantiene en físico contacto con la bella tierra palmera; tiene un aspecto extraño, anda con mucho garbo a pesar de una leve cojera y posee una voz poderosa.

Por si fuera poco, también tiene:

— Un parche ocular en lugar de ojo izquierdo.

— Un gancho a lo capitán Hook en lugar de mano izquierda.

— Una pata de palo en lugar de pierna izquierda.

— Un tornillo rosca-chapa a cada lado del cuello.

— Un loro parlanchín en el hombro derecho para compensar peso y hablar con alguien en sus escasos momentos de aburrimiento.

Porque sé perfectamente como son los piratas del Caribe, si no diría que se trata de la mismísima Pata de Palo, de los Palillo de toda la vida; ella misma se presenta a Cinco Estrellas ante sus insistentes requerimientos:

— Alto, ¿quién va?

— Michelle de La Fontaine solicita *autoguización paga subig a Bogdo* —dice la visitante tuerta, mientras un perdido rayo de sol le arranca un destello maligno a sus dientes de nácar.

— ¿Usuario y contraseña?

— ¡Lorito, chato! —responde tan a tiempo el loro con su voz de radiocasete.

— Michelle, *ma belle*, creía que no llegarías nunca; anda, pasa y sube a bordo…

— *Vamos Bogdo, sube al bagco ahoga que te deja «senquetuals»* (en francés, literal).

A tan mínima proposición de su dueña, «le chien» subió a cuatro patas a bordo y, como era su obligación, siendo un hijo de perra, procedió a mear en el palo mayor como no podía ser de otra forma.

Bordo nunca llegará a ser el mejor amigo de Cinco Estrellas ya que, tras la torrencial meada inicial, el maleducado perrito continuó en sus trece mientras entre temibles gruñidos enseñaba sus caninos y afilados dientes al personal.

—Esto puede cobrar especial importancia habida cuenta de que, al menos para mí, la amistad limpia es uno de los valores fundamentales del ser humano —masculla, también entre dientes, un cabreado Cinco Estrellas.

— Guau, guau, ¿qué dices, huesitos?

— Nada, Bordo, que al terminar lo dejes todo tan limpio y seco como estaba antes de subir tú.

— ¡Vamos, anda! Grrrrr.

Madame de La Fontaine, que por las trazas tiene toda la pinta de ser francesa, declara que está buscando a un primo hermano suyo español, el periodista Miguel Pi, el único reportero que se pone verde.

— *¿Y dices que lleváis a bogdo muchos tesogos?*

— Uno no llega a uno. Dos son dos y medio.

— *Eso pagece un galimatías*.

— Un caballero de capa y espada jamás revela los secretos que protege.

— Así me gusta magi... nego mío.

Nuestro paquete de código secreto CP04976710ES no está en buena disposición para contestar a demasiadas preguntas debido a los efluvios de la pasada fiesta.

Desde su atalaya en la cofa (meseta colocada horizontalmente en el cuello de un palo para fijar los obenques de gavia, facilitar la maniobra de las velas altas y antiguamente, también para hacer fuego desde allí en los combates) más alta del palo mayor observa, entre embelesado y sorprendido, la tierna escena de *amour fou* que se ha desarrollado en este capítulo entre el grumete Cinco Estrellas y la pirata Michelle, alias Pata de Palo.

Décimo sexto día

Bordo, «le chien», continua a pata levantada su canina cruzada contra la arboladura del barco; si nada más embarcar puso su líquida firma sobre el palo mayor, ahora repite su meona acción sobre los palos trinquete y de mesana.

El depravado y cistítico chucho parece tener combustible suficiente como para regar toda la flota postal; perseguido en todo momento por la atónita mirada de Cinco Estrellas, Bordo llega por fin hasta un pequeño palo acabado en taco de goma y lo chorrea a conciencia, pero esta vez ha pinchado en hueso duro de roer: está meando sobre la mismísima extremidad artificial inferior izquierda de su dueña la pirata Pata de Palo quién, enfurecida, intenta asestarle una coz en el morro.

— *¡Magdito pego!*

— Grrrrr.

— *Miga que meagme la pata, ahoga que la había encegado a conciencia*.

La tuerta bucanera le lanza una patada con tan mala pata que, al hacerlo con la pata buena, queda en difícil equilibrio sobre la postiza de madera, yendo a caer violentamente de bruces contra la cubierta.

— Tranquila filibustera mía que aquí estoy yo para salvarte —acude solícito el marinero complutense, recogiéndola hercúleamente en el aire.

— *Si, pego no te aproveches de la cigcunstancia, eso que estás tocando es mi culotte*.

La corsaria, en su descontrolada caída sobre los fuertes brazos de Cinco Estrellas, quizá debido al azar, a una entendible falta de equilibrio y a no tener la más mínima sensibilidad por el dolor ajeno, clava profundamente en su desplome el bruñido gancho de su muñón zocato en la galante mano diestra del asceta.

— No hay dolor —dice él como quitándole importancia a la cosa y odiando al perro con toda su alma.

— *Pues tiene que dolegte un guevo* —insiste indiferente al dolor la *madame*.

— Mujer, un huevo, lo que se dice un huevo, no es lo que me duele en este mal momento, sino la mano.

— *Pides entonces mi mano, ¿segás por fin mi amog vegdadego?* —replica ella.

— Creo que será mejor que sigamos dándole a la zapatilla, compartiendo vivencias y apoyándonos sinceramente —zanja, con brusquedad no exenta de cariño, la conversación el asustado poeta con piernas de acero.

Durante la dolorosa escena anterior la *femme fatale*, además del garfio en la mano y un dardo en el corazón, clavó de paso su mirada superviviente sobre Cinco Estrellas, fulminándolo de amor de inmediato; ante aquella impar mirada, nuestro intrépido marinero de agua dulce cayó perdidamente enamorado, no tanto de

ella en su condición de bella contrabandista al uso, como de su colorido y forrado de teflón calcetín de correr mucho que, durante la caída, le ha quedado parcial, coqueta y atrevidamente al descubierto dejando ver su tobillo.

— Es que si fueran de correr poco casi me iba a dar igual —balbucea el cinco veces estrellado.

— *Cuando ya me da veggüenza mostraglos en público es cuando soy consciente de que ha llegado su hoga* —replica el dulce objeto de sus suspiros amorosos.

— Yo, cómo es lógico pensar, tengo varios pares que voy alternando —intenta fardar de limpio y elegante el futuro caballero de la mano en el pecho.

— *A mi cada pag me duga el doble de lo nogmal, ya que los uso de uno en uno por mi mala pata.*

— Es que tú eres muy apañada, corsaria mía.

Tras superar esta nueva prueba que el amor ha querido interponer en sus caminos, ambos tortolitos terminan por aceptar el verdadero y auténtico significado de sus vidas, decidiendo huir juntos para formar una sociedad anónima con ánimo de lucro dedicada a la venta de material deportivo pirateado con sede central en Puerto Naos y sucursal en Tazacorte, recogido puerto que es más del agrado de la señorita La Fontaine, futura señora de Cinco Estrellas.

Posado sobre el bauprés, mientras metros abajo en el barco se desarrollaba tan idílica, bonita y tierna escena, el viejo lorito se siente despechado y ha dejado

de sonreír; su disipada vida de pipas Facundo de media sal y hombro fácil, probablemente haya llegado a su final.

A estas alturas, el perrito con complejo de bombero marino continúa enloquecido haciendo de las suyas sobre la totalidad de la arboladura, orinando la botavara cuando no el trinquete, el bauprés o el palo de mesana, momento en el cual resbala cayendo entre lastimeros aullidos al agua; allí aprovecha para rellenar a tope el depósito de combustible, a la vez que intenta subir nuevamente a bordo para proseguir con su destructiva y asquerosa acción mingitoria.

Al mismo tiempo, en cualquier otra parte del mundo conocido, el capitán Scopoulos recuerda los viejos tiempos en los que estuvo embarcado en «El Pronador de los Mares»; desconocía su nombre, pero se encarga de hacérselo saber una llamada de la oficina central de Correos:

— ¿Capitán Scopoulos?

— ¡Qué alegría, señorita Jacinta!

— Si empezamos con las bromas me va a escuchar usted, yo no tengo ninguna alergia.

— Dígame que se le ofrece, un capitán de barco que se precie no puede negarse a los caprichosos deseos de una dama embarazada, no le vaya a salir un antojo.

— Un ojo le voy a poner yo a la funerala como no espabile, debe usted presentarse de forma inmediata en el primer apartado de correos que vea.

En alguna parte del embarcadero del lago de la Casa de Campo de Madrid, dormitaba plácidamente Louis Van der Skop sobre el timón de una barcaza de recreo movida por energía eólica incluso los días sin viento; disfruta de un contrato temporal sin derecho a beneficios sociales ni prima anual por objetivos que se ha visto obligado a aceptar recientemente por ver de atesorar algunos euros con los que terminar de llegar a Valladolid.

La Marina tiene un barco,
la Aviación tiene un avión,
los cadetes tienen sables
y la guardia su cañón.

El metálico sonido de la megafonía municipal del lago lo despierta justo cuando estaba volviendo a tener el mismo sueño premonitorio que tuvo días atrás atracado en la bahía de Cádiz.

— ¡Señor Van der Skop, señor Van der Skop!, le paso una llamada urgente...

— ¿Pero, por megafonía?

— No, si le parece se la llevamos a nado a domicilio en bandeja de plata.

— ¿Oiga, herr Louis?, prepárese para recibir instrucciones.

— Oiga, dígame con quién hablo, ¿quién es usted?

— Déjese de preguntas tontas y preséntese de inmediato, corto y cierro.

Quizá por lo misterioso del mensaje, por la necesidad que siempre aprieta o vaya usted a saber por qué, ambos marinos deciden dejar todo lo que se traían entre manos, que era más bien poco y sin interés, poniendo rumbo por separado hacia sendos apartados de Correos en los que recibir instrucciones.

Décimo séptimo día

En la sede de Correos en Madrid, dos ilustres navegantes en paro, uno griego y el otro holandés, reciben órdenes tajantes para hacerse cargo de «El Pronador de los Mares».

— Deben alcanzar el barco para llevarlo de una vez y sin más demoras hasta Punto Fijo.

— El barco lleva tacómetro y por eso tiene que llevar dos capitanes, ya saben cómo se han puesto de duras las reglas internacionales de tráfico marítimo.

— Scopoulos, usted pilotará el barco L–X –V

— Y usted Van der Skop M–J–S

— ¿Y los domingos que hacemos?

— Los domingos que se encargue el piloto automático, como es preceptivo y ha sido establecido en nuestro convenio colectivo.

En el barco, a falta de capitanes dislálicos, piratas de mirada atravesada, grumetes enamoradizos, loros despechados, fieros perros meones y tripulantes de fiar, algunos de los paquetes supervivientes se han aficionado en demasía al ron Arucas, el afamado «ron amarillo» isleño, y cuando se entonan les sale la vena cantora de la ópera «Marina» de Arrieta y Campodrón.

Nuestro paquete de código CP04976710ES parece ser el principal cabecilla de la alcohólica rebelión, asumiendo motu proprio el papel que en la ópera corresponde al capitán de barco, Jorge:

— Hasta el borde las copas llenemos, a gozar, a beber, a beber, su espumoso licor apuremos que en su fondo se encuentra el placer —corean los borrachines paquetes.

— Llenad la copa, sí, llenadla ya otra vez, a ver si logro al fin calmar mi ardiente sed —indica el cabezón.

— A beber, a beber, a ahogar el grito del dolor, que el vino hará olvidar las penas del amor —continua Don Jorge.

— ¿Adónde van huyendo las ilusiones, que nos dejan sin vida los corazones? Y en pago del tormento de tanto amar, se va el suspiro al viento y el llanto al mar. Pero no importa, bebamos más, que la vida más ligera con el vino pasará.

Nuestro pequeño paquete postal azuza a sus compañeros para celebrar como es debido las hogueras de San Juan, aunque sea con cierto retraso, porque todos los santos tienen octava; está muy contento porque ha oído por la radio costera que los capitanes Scopoulos y Van der Skop, con quienes le une una no por reciente menos sincera y flotante amistad, vienen de vuelta al barco para asumir las funciones intrínsecas a los cargos de responsabilidad en el puente de mando.

— Coged todo lo viejo que tengáis a mano porque lo vamos a quemar.

— ¿No será un poco doloroso?

— Vamos, que no estamos hablando de quemar a tu suegra, tío listo.

— Nos la vamos a cargar; la cubierta, digo.

— Saltaremos animosos sobre la hoguera para demostrar nuestro valor.

— Pues como no sea nuestro valor postal.

— Lo que sea menester, marinero de vitrina.

En semejantes y pirómanas prácticas andaba embarcada, valga la redundancia, la paquetería en pleno, a punto de quemar y hundir un poco más el bajel, cuando al fin llegaron enaltecidos los dos capitanes.

— Atención al Cliente de paquetes postales económicos, dígame.

— Hola señorita, soy yo de nuevo.

— De nuevo nada que hace casi un mes que no paras de acosarme.

— Pero si yo solo quiero saber dónde y cómo está el paquete.

— El paquete sigues teniéndolo en el mismo sitio, bribón, bien que lo sabes que vienes aquí a provocarme.

— Que no señora, mas, dígame ¿se sabe algo?

— Todavía es pronto, pero estoy de dos faltas.

— ¿Y cuánto le falta?

— ¿Al paquete?

— No, al engendro.

De inmediato la pareja de capitanes ordena baldear la cubierta para eliminar los restos calcinados de mesas, sillas, literas, mantas, salvavidas, sextantes y algún que otro aparejo del navío que han sido pasto de las llamas y se disponen a dar las órdenes precisas para partir cuanto antes rumbo a Venezuela.

— Pasajeros al tren.

— Oiga, que es usted un ilustre capitán de barco, no un jefe de estación de la Renfe.

— Ya, pero no sé cómo se dice esto en los puertos.

— Pues que embarquen los pasajeros.

— Venga señores, ¡suban a bordo!

Por fin, tras varios días anclados frente a la costa palmera, llenos de zozobra e incertidumbre sobre la viabilidad del viaje, las máquinas se ponen nuevamente en marcha y «El Pronador de los Mares» se aleja lenta y majestuosamente de la isla corazón para iniciar el definitivo asalto de la enorme extensión de agua salada que los separa de América.

— Papá, papá, ¿queda mucho para llegar?

— ¡Callad, niños! ¿No veis que acabamos de salir?

— Papá, papá, que aquí no se puede fumar porque lo pone en ese cartel.

— Pero chicos, ¿quién os ha dicho que yo soy vuestro padre?

— No, si no estamos hablando con usted, señor conductor, sino a nuestro padre que está sentado aquí a nuestro lado y fumando —responden las almas gemelas.

— Oiga señor capitán —aclara el chófer, trabajador por cuenta ajena—, mire que su barco se está alejando por lontananza y esto es la guagua que va de Santa Cruz a Los Llanos de Aridane.

— ¡Sapristi!, ya decía yo que el timón era un poco raro y... ¿desde cuándo se pintan líneas discontinuas sobre la mar?

Lamentablemente, el capitán Van der Skop ha perdido el barco debido a un pequeño despiste involuntario, a ver como regresa ahora a Valladolid; me refiero al capitán porque el barco navega plácidamente hacia la península de la amistad, nuevamente bajo el mando único de Scopoulos.

Al amanecer algunos creen haber divisado entre un mar de nubes blancas, formadas como consecuencia de los vientos alisios, la isla de San Borondón, pero como el capitán no quiere ordenar una investigación a fondo de la santa aparición, nosotros no vamos a insistir; que cada palo aguante su vela.

Por fin nos hacemos a la mar océana.

Esperadnos en Paraguaná.

¿Para... qué?

¡Qué Dios reparta suerte!

Décimo octavo día

A popa del bajel la isla bonita va perdiendo megapixeles a marchas forzadas hasta convertirse en un pequeño, redondo y algo borroso punto lejano en el horizonte, poco después dejamos de verla.

— Pi, pi, pi, pi, piiiiii.

— ¿Qué ha sido ese pitido?

— Tranquilo mi capitán, que soy Miguel Pi, el único reportero que se pone verde; recuerde que estoy aquí cubriendo el viaje para elatleta.com.

— ¿Conoce ya el objeto de este?

— Por supuesto, y estoy escribiendo algo insustancial sobre su biografía.

— Los viajes no tienen biografía, señor periodista.

— Sobre su biografía, señor Van der Skop.

— ¿Van der Skop, yo?, amigo mío, yo soy Scopoulos, *monsieur* Louis quedó en tierra compuesto y sin novia cuando salimos ayer de La Palma.

— Es verdad, a última hora confundió el barco con un autobús de línea, será por eso por lo que lo llaman el holandés «errante».

— Ya que estamos, a usted ¿no le molestan esos retorcidos tornillos laterales que le salen del cuello?

La calma chicha reinante nos concede un viaje sin preocupaciones, los paquetes han obtenido una autorización firmada por Scopoulos para salir a tomar el fresco en cubierta mientras no fondeemos en ningún puerto o se desate la tormenta perfecta.

A cambio, el capitán les ha hecho prometer bajo juramento que no celebrarán a bordo las Fallas valencianas en caso de que el viaje se alargue más de lo previsto.

— En mi barco mando yo.

— Vale.

— Y no se declaran ni incendios ni leches sin mi permiso.

— Que sí.

— Ni siquiera fuegos fatuos; quizás unas fiestas de San Isidro Labrador serían más apropiadas.

— Pues bueno.

— Como mucho podríamos prepararnos una queimada gallega para celebrar que todo discurre según lo previsto.

Sin pensarlo dos veces se conectan a internet para intentar saber cómo se hace una queimada; el capitán cede teclado y ratón a CP04976710ES, más conocedor que él de las nuevas tecnologías.

Para su elaboración, o sea de la queimada, se elige por unanimidad a Paquiño Paqueteiro, curtido paquete postal que si bien no domina el arte culinario al menos

es gallego de nacimiento y tiene el acento apropiado; mientras la prepara, va declamando el conjuro:

«Mouchos, coruxas, sapos e bruxas. Demos, trasnos e dianhos, espritos das nevoadas veigas. Corvos, pintigas e meigas, feitizos das mencinheiras. Pobres canhotas furadas, fogar dos vermes e alimanhas. Lume das Santas Companhas, mal de ollo, negros meigallos, cheiro dos mortos, tronos e raios. Oubeo do can, pregon da morte, foucinho do satiro e pe do coello. Pecadora lingua da mala muller casada cun home vello».

Aún sin entender ni gota de gallego, los presentes se relamen de gusto pensando en el rico brebaje que dentro de muy poquito van a poder echarse al coleto; aunque no entiendan bien la letra porque —en su gran mayoría— no son paquetes políglotas, la marcha les va cantidad.

«Averno de Satan e Belcebu, lume dos cadavres ardentes, corpos mutilados dos indecentes, peidos dos infernales cus, muxido da mar embravescida. Barriga inutil da muller solteira, falar dos gatos que andan a xaneira, guedella porra da cabra mal parida. Con este fol levantarei as chamas deste lume que asemella ao do inferno, e fuxiran as bruxas acabalo das sas escobas, indose bañar na praia das areas gordas. ¡Oide, oide! os ruxidos que dan as que non poden deixar de queimarse no agoardente, quedando asi purificadas».

Ya queda poco, la noche tenebrosa se nos echa encima y es el mejor momento para beber el resultado final de la queimada; lo que pasa es que sin haber cena-

do antes, no sé yo... ya veremos qué consecuencias trae todo esto para el viaje.

«E cando este brebaxe baixe polas nosas gorxas, quedaremos libres dos males da nosa ialma e de todo embruxamento. Forzas do ar, terra, mar e lume, a vos fago esta chamada: si e verdade que tendes mais poder que a humana xente, eiqui e agora, facede cos espritos dos amigos que estan fora, participen con nos desta queimada».

Coincidiendo con la última y evocadora palabra del conjuro, el capitán inaugura *a capella* la primera taza y con ensayado gesto invita al resto de los presentes a participar de los placeres de la mesa, en este caso —a falta de mesa— un oxidado panel metálico apoyado sobre dos caballetes de madera para sujetar la perola.

— Bebamos, dijo Nerón.

— Y bebió solo el muy c*****.

Al tercer envite los paquetes menos acostumbrados a las brusquedades del mar empezaron a sentir que todo les daba vueltas y más vueltas...

— Capitán, esto se hunde.

— Aquí no se hunde nada ni nadie sin mi permiso expreso.

— Ya, pero es que veo doble.

— Quítese los prismáticos de la nariz y vuelva a ponerse sus gafas para la presbicia.

— Para mí que me está sentando mal la brisa marina.

— Oiga, señor Certificado Urgente, ¿y usted por qué está tan delgado?

— Porque nunca discuto.

— Venga ya, ¿cómo va a ser por eso?

— Vale, pues no será por eso.

Algunos paquetes sucumben pronto a los efectos de la mar bravía a pesar de estar hoy en completa calma, por lo que el capitán manda silencio y ordena a la tripulación que se proceda a acostarlos.

— Atención la marinería.

— Será un sarcasmo de lobo marino, porque aquí no hay marinería, y la única persona que quedaba en su sano juicio se está poniendo verde.

— No se está poniendo verde, venía así de fábrica.

— Pues empiezo a ver a otros igual que él.

— Entonces, merced al poder que me confiere el cargo que tan dignamente ostento, ordeno que cada paquete se dirija voluntariamente a su camarote antes de que vayan a más los mareantes efectos de la bebida.

— *¡Hafta bañana Scobouños!*

— Venga, yo los arroparé personalmente y los ayudaré con sus oraciones: «cuatro esquinitas tiene mi cama, cuatro angelitos que me las guardan…».

— ¿Cuatro angelitos dice? ¡Para mí que por lo menos son ocho!

En este punto debemos dejar descansando a los pobres paquetes si queremos que estén en buenas condi-

ciones al amanecer; las emociones del trayecto están siendo demasiado fuertes para ellos y necesitan paz, sosiego y relax, porque el viaje promete ser muy largo y azaroso hasta alcanzar Punto Fijo.

Décimo noveno día

Son horas de navegación silenciosa, hasta los camarotes llega amortiguado el suave golpeteo de las olas contra el casco del barco y su rumor es apenas audible; no hace ni frío ni calor, sino todo lo contrario; aparentemente el viaje se desarrolla según el guion previsto, salvo que sea obra del guionista de «Viernes 13», en cuyo caso podría volverse peligroso en cuestión de un par de renglones; menos mal que lo he escrito yo y no me gusta el *gore*.

A bordo de «El Pronador de los Mares» todos los paquetes, cartas y resto de productos postales expresamente diseñados para el intercambio epistolar y/o comercial entre las gentes, que de todo hay en la viña del Señor, reposan desgarbadamente en sus camastros acatando sumisos las órdenes de descanso dictadas por Scopoulos; mientras tanto, en cubierta, se oyen fuertes pisadas y cánticos guerreros.

— ¡Vaya mañanita! —grita el que va primero, a la vez que hace sonar repetidamente una bocina con forma de pescado.

— Al pasar bajo el puente de mando hacemos una ola a la de tres —propone la chica de los rizos negros.

— Pacojó, ¡no tires! —frenan vocalmente desde la retaguardia al marchoso cocinero que siempre va en cabeza.

A simple vista parece un numeroso grupo de corredores que, si bien en desordenada formación, entrenan dando vueltas al perímetro útil de la cubierta, sobre sus coloridas camisetas unas iniciales indican que son del GGG.

— ¡Anda la leche, a ver si va a ser la sección hispana del KKK! —avisa uno de los paquetes, asomando atemorizado su cabeza por una escotilla de la amura de babor.

— ¡O del WWW! —apostilla la señorita Postal Digital, las más coqueta, moderna y cibernética del catálogo postal.

— No os preocupéis que yo mismo se lo pregunto a ese señor de la bata blanca que corre sonriendo a la par que va haciendo fotos y videos sin parar —se ofrece solícito CP0497671oES.

Aunque la eslora del barco no es demasiado grande, a nuestro paquete le cuesta un cuarto de hora alcanzar al pediatra corredor; un alegre señor llamado Paco, aficionado a pronunciar doctas palabras en perfecto galénico.

— Hola, ¿el Gran Grupo Garabitas, supongo?

— Pues supone usted bien, pero, puestos a suponer, supóngase por favor en otra parte o esta horda dominguera le pasará por encima de los gastrocnemios.

— ¿Pero ,de dónde han salido ustedes?

— Pues estábamos haciendo una tapia en la Casa de Campo cuando de repente nos hemos visto metidos en este barco; estamos un poquito mosqueados, para que

nos vamos a engañar, porque este hecho nos va a fastidiar el obligado desayuno.

Mientras se desarrollaba esta atlética conversación se les acerca el corredor de la bocina, un ser incombustible que atiende por Lucas, haciendo extrañas preguntas al representante de Correos mientras le zarandea con vigor extraordinario la palma de la mano.

— Hola chaval ¿tú tienes hijos?

—Todavía no, primero tendría que encontrar novia.

— ¿Y comen mucho pescado?

— Quién, ¿mis hijos?

— No, tus novias.

En estas que una Carta Urgente que perdió su avión en Barajas por una huelga encubierta y por eso está aquí embarcada, sacude fuertemente —agarrándolo por sus etiquetas autoadhesivas— a nuestro pobre, pero honrado, paquetito.

— ¡Despierta mi pequeño CP04976710ES, vamos, despierta CP04976710ES!

— ¿Qué ha pasado, donde estoy?

— Soñabas y dabas patadas, te hemos tenido que atar con un cabo porque podrías haberte caído por la borda.

— ¡Uf! Es que he tenido un sueño muy raro con unos tipos del GGG.

— A saber lo que te habrás bebido anoche.

Nuestro paquete decide bajar a continuación a la enfermería para que don Francisco le haga un chequeo completo.

— Hola, vengo a que me reconozca.

— Pues, por más que te miro no te reconozco.

— Doctor, doctor, es que a veces veo cosas.

— Cierre los órganos que detectan la luz o póngase gafas negras cuando eso le ocurra y problema solucionado.

Al no conseguir su objetivo de obtener la baja médica reglamentaria para poder tumbarse al sol durante el resto del viaje, decide subir al puente para platicar reposadamente con el capitán.

— ¡Capitán, capitán Scopoulos!

— ¿Puedo saber qué se le ofrece a estas horas al señor CP04976710ES?

— Soy portador de una petición expresa de la paquetería; don Paquiño Paqueteiro y doña Carta Con Acuse de Recibo declaran estar eternamente enamorados y desean contraer segundas nupcias.

— ¿Segundas nupcias, es que ya están casados?

— No, pero desean evitarse el primer divorcio para ir ganando tiempo y así ahorrar para comprarse un buzón con vistas en el que vivir el resto de sus vidas.

A la espera de recibir la autorización formal de Capitanía Central para proceder a su enlace matrimonial, doña Carta y Paquiño otean embelesados el horizonte

apostados en la proa y amarrados por la cintura; con los sellos postales expuestos al viento sienten sobre sus envoltorios de papel los benéficos efectos de la mar océana mientras se declaran ardientemente su amor eterno.

«Yo no le temo a las olas
Ni a los grandes temporales
Yo le temo a tus ojillos
Cuando dejan de mirarme».

Sobre este inesperado fondo poético, inicialmente atribuido a León Felipe a falta de confirmación oficial, los dos enamorados se miran poéticamente los resguardos mientras hacen planes de futuro.

— Viviremos en un céntrico buzón amarillo exento de grafitis.

— Y tendremos muchos paquetitos y cartitas.

— Si, pero por lo natural, o sea a papel y pluma, nada de modernidades cibernéticas.

— Lo que tú digas, Carta mía.

— Y si engordamos mucho, haremos la dieta del cucurucho.

— Te quiero mucho, como la trucha al trucho.

Dejemos pues soñando a nuestros Romeo y Julieta particulares sobre la desierta cubierta; la fría noche empieza a caer sobre la mar salada y los rayos de la Luna sobre la mar rielan (con permiso de don Gustavo Adolfo Bécquer); entrelazando sus cordajes plásticos,

cierran embelesados sus ojos mientras exhalan candorosos suspiros de amor.

Vigésimo día

Tras varias jornadas de navegación insulsa, por fin algo llama la atención del inexperto vigía; Scopoulos —a falta de marinería entendida— ha colocado a un Burofax de Valor Fehaciente en lo más alto del palo mayor para que le presente novedades.

— ¡Capitán, capitán, una patera!

— Rápido, mi escopeta.

— ¿Para qué quiere ahora una escopeta?

— Para matar a la pantera.

— El señor de la patera dice ser argelino y llamarse Ahmed Sidi Ben Escoped.

Scopulos ordena a un grupo ocioso de telegramas y télex que, cansados de la travesía, mataban el tiempo jugando en el castillo de popa a la prestación de servicios avanzados de telecomunicaciones, recoger al náufrago y hundir para siempre la patera.

— Sidi Ben, pero ¿qué hace usted aquí?

— Me escapé de la palmera, no me dejaba ver el bosque.

— Pero Ahmed, ¡ven aquí a mis brazos!

— *No, no, mon capitain*, ya se lo dije, *je ne suis pas Ben Aquí, je suis Ben Escoped*, se lo dejé bien clarito

hace varios capítulos cuando me contrató para sustituir a Don Manolo Gorgoritos, aunque parece ser que usted no quiere enterarse.

Debido a la imperiosa necesidad de contratar personal subalterno y a la alegría del momento, el capitán propone nombrar a Sidi Ben grumete mayor, al menos hasta la próxima escala; pero debido a las elevadas pretensiones económicas del candidato, muy por encima de la media del mercado, y a su demostrable inexperiencia marinera, decide devolverlo de una patada en el trasero a la patera, con tan mala suerte que, como ya la habían hundido hace varios renglones, se lo traga una felina pantera que, no puedo explicarme cómo diablos habrá llegado hasta aquí, esperaba aferrada a la escala su turno de rancho.

— A ver ese burofax de la cofa, ¿ve usted algo o no?

— Nada, mi capitán, no consigo ver nada.

— Pues si no ve nada haga el favor de bajarse de ahí y dejar su puesto a otro que vea algo.

— Espere, espere un segundo de meridiano… ¿no es aquello la costa?

Al oír la esperada palabra mágica, todos los ocupantes de «El Pronador de los Mares» se amontonan en la banda de babor provocando al pronto una fuerte inclinación de la nave por ese costado que a punto está de escorarse y dar vuelta al barco.

— Pero ¿qué hacen todos ustedes ahí?

— Es que queremos ver la tierra.

— Pues es por la banda de estribor, ¡por la contraria!, que no se enteran.

De inmediato, todos en «El Pronador de los Mares» se precipitan a la banda de estribor provocando un peligroso balanceo del barco; algunos deben asirse a los candeleros para no caer al mar, todos lo consiguen menos dos que se zambullen en el agua tras una doble voltereta mortal con tirabuzón.

— ¡Hombre al agua!

— ¿Qué ha pasado?

— Que dos paquetes que estaban haciéndose carantoñas en la proa han caído al mar por efecto del brusco movimiento, mi capitán.

— ¡Vaya por Dios! Ahora que había enviado al tinte el traje de gala para oficiar la boda.

Lo que de lejos parecía ser la costa se confirma un poco más tarde, se trata de una costa, aunque no parece ser la costa que esperábamos ver. Al poco, una lancha aduanera de bandera argentina abarloa junto al Pronador.

— Capitán, nos ha abordado una motora de la Policía Naval.

— Pues que suban.

— No, si ya han subido, le presento a Alberto Ricardo Bote Flotante.

— Esteeee, buen día cabashero, ¿sos vos el capitán?

— El mismo que viste y calza.

— ¿Tenés algo que declarar?

— Bueno, hace tiempo que no me declaro a nadie, por falta de candidatas, no se crea, pero hace un rato había dos enamorados en la proa diciéndose cosas tiernas y el verlos me ha traído gratos recuerdos.

— ¿Qué hacen ustedes acá tan lejos de la madre patria?

— Nada de particular, tenemos que entregar un paquete en Paraguaná.

— ¿Para… qué?

Tras despachar los obligatorios trámites aduaneros, nuestro capitán mira extrañado las cartas náuticas desplegadas sobre sus rodillas intentando descifrar por qué han llegado a Buenos Aires en lugar de a Caracas, como tan detalladamente había programado.

— Mi capitán, quiere verlo Miguel Pi, el único periodista que se pone verde.

— Dígame, señor marciano.

— Me pregunto que dónde aprendería usted a manejar el sextante.

— Hay que ver que pregunta más impertinente, es usted más raro que un perro verde.

— No, si yo lo decía sin *animus molestandi*.

Profundamente disgustado consigo mismo debido a tener un carácter perfeccionista, Scopoulos sigue dándole vueltas durante horas al origen de su error sin encontrar causa o justificación; él, ilustre marino de la

Grecia clásica, heredero de la épica homérica (quizá desconozca que Homero significa «el que no ve»), que ha navegado por todos los mares, lagos, ríos y piscinas navegables del planeta, ha equivocado la ruta, ¡cuánta deshonra, por los Dioses del Olimpo!

— Capitán —le susurra al oído CP04976710ES.

— Si, dime chaval, pero no me entretengas mucho porque estoy en pleno proceso introspectivo dado que necesito recobrar mi perdida paz espiritual para restablecer mi necesario equilibrio psicológico.

— Que digo yo que no le dé más vueltas al asunto, lo que ha pasado es que ayer se puso usted hasta las trancas de queimada y eso no facilita el cálculo de derivas.

— Podría ser eso o una confabulación del maléfico autor de este viaje; a veces me obliga a hacer y decir cosas que yo nunca haría ni diría en mi estado natural; aquí el que no sabe navegar es él, pero ahora pagaré yo las consecuencias; ¿quién queda mal ante el lector? Yo, el otrora gran capitán mercante Scopoulos.

— Con permiso mi capitán, usted en vez de un lector necesitaría al malvado «Lecter»; el insigne forista de Gandía sí que tiene consideración con sus personajes y sabe tratarlos con respeto, esmero y educación antes de asesinarlos cruelmente.

En ese momento se produce una fuerte interferencia mental que me impide entender con claridad la conversación entre capitán y paquete, por lo que procedo a calmarlo dándole un poco de coba no sea que se despiste otra vez y acabemos en Singapur.

— Bueno, bueno, tranquilo Scopoulos que lo estás haciendo bien —una voz como de Pepito Grillo llama su atención como si surgiese desde su interior, o sea de sus mismos adentros.

— Hemos navegado hasta aquí porque el forista Emiliano propuso un paseíto por el océano Pacífico y he decidido darle ese gusto, ya que nos vemos obligados a hacer algo de tiempo antes de llegar a Paraguaná —insiste la voz.

— ¿Para… qué?

— Para que este paquete se entregue el 7 de agosto a Maygualida, fecha en que celebrará su cumpleaños esta Leo internacional.

—Aprovechemos para hacer algo de turismo activo, siempre quise conocer el Nuevo Mundo —interviene Paquetín sin venir a cuento.

— Ya hablaremos más tarde Paquetito, de momento te vas a la cama sin cenar.

— Lo de siempre, se confunde el capitán, pero yo me quedo sin cena.

Bruscamente se corta la interconexión extrasensorial de la misma manera en que apareció; desde luego no sé adónde vamos a llegar y me parece que nuestro capitán tampoco.

— Querido paquetito CP04976710ES, tengo que dejar de escuchar a mi conciencia, a veces tengo como alucinaciones.

— Tranquilo, capitán trueno, para mí que han sido las dos latas de fabada Litoral que se ha zampado en la comida que le tienen como ido, lo que oye no son alucinaciones de su otro yo, sino sus propias atronadoras y pestilentes flatulencias.

— Que no paquetito, flatulencias aparte, que también, no voy a negarlo, esto ha sido una revelación psicológica suprema y, a pesar de mi valentía innata, estoy algo acongojado.

¿Cómo, he dicho psicológica? Pues en esta situación de shock mental dejamos momentáneamente al capitán, capitaneando libremente su barco; tengo que documentarme sobre psicología marinera antes de ponerme a escribir el próximo capítulo del viaje.

Vigésimo primer día

Tras nuestra llegada al hemisferio sur pasamos la fría e invernal noche austral fondeados en el activo puerto bonaerense; para entrar en ambiente, nada mejor que los ecos de un tango desgarrador que nos llega, tamizado por la distancia, desde el malecón.

No enturbies tus ojos color de aguaverde,
no busques recuerdos, no mires el mar.
El barco, María, quizá ya no vuelva,
no sueñes el rostro de su capitán.

Grabó en su navío tu nombre de estrella,
te amaba y no tuvo palabras de adiós.
Los mares lejanos marcaron su huella,
quién sabe en qué puerto sus anclas hundió.

Escuchando tan emotivas estrofas, el capitán Scopoulos siente como un escalofrío le recorre la espina dorsal, recordando que él también mantiene deudas de amor en algunos puertos de mar a lo largo y ancho del globo terráqueo y, por más que empine el codo en los momentos de debilidad y baja autoestima, no puede olvidarlas.

El barco, María, zarpó una noche serena
y se llenaron de pena, los ojos del capitán.
Te dijo muy triste: «Inolvidable María,
he de volver algún día», y parecía llorar.

El barco, María, se fue buscando las olas
y te ha dejado tan sola como perdida en el mar.

Observando de reojo al abatido oficial mercante, el único periodista que se pone verde afina su entrenado oído profesional como si se oliese una exclusiva.

— Tras esa cara de pena hay una historia de amor encendido —piensa para sí el miguelete.

— Apague ese pitillo señor marciano que en el barco no se fuma —ejerce su autoridad el griego tristón.

— No estoy fumando, castigador, esta luz cegadora solo es de mis ojitos el brillo.

Olvida que un día te dijo sonriente
que amaba tus ojos color verdemar.
Olvida esas noches soñando en el puente,
del barco María, que no volverá.

No mires las aguas, plateadas de luna,
no escuches de noche su triste canción,
no busques recuerdos que llenan de brumas
el muelle desierto de tu corazón.

Embargado por la emoción de la amarga historia de desamor cantada en el tango, Miguel Pi, en uno de sus habituales prontos, decide quedarse una temporada en Argentina para realizar un estudio en profundidad del lunfardo.

— Servicio de Atención Internacional a Clientes, dígame.

— Hola señorita, quería preguntarle por mi paquete.

— Lo primero advertirle que no soy una señorita.

— ¡Ah!, es que con esa vocecita de pitiminí..., usted perdone caballero.

— ¡Cómo que caballero! No soy una señorita porque estoy felizmente casada y aunque tenga algo de vello en el bigote no es como para llamarme caballero; aparte quiero decirle que me parecen de muy mal gusto sus deshonestas proposiciones.

— Pero si lo único que me interesa saber es si mi paquete ha llegado ya y en qué lamentables condiciones se encuentra.

— Espere un momento que le paso, sepa que además de cliente pesado es usted un ser desaprensivo.

Los paquetes no están hoy con muchas ganas de juerga, las consecuencias de la resaca por la reciente queimada todavía persisten y se notan en sus hoy sucios y arrugados envoltorios de papel de estraza.

— No vuelvo a beber en mi vida, lo juro.

— Pero si tú eres abstemio Paquiño mío.

— Si, pero caí al agua y tragué una tonelada.

— Más cornadas da el hambre.

Los tristes recuerdos del tango tienen a don Miguel sumido en un inmenso mar de dudas; ha decidido permanecer en la Argentina hasta que la señora María encuentre a su capitán y no hay quién se lo quite de la cabeza; se ha atornillado esa idea a ambos lados del cuello y no hay manera de convencerlo para que prosiga viaje junto al resto de la tripulación.

Sin tiempo ni ganas para pensar en alternativas que le aparten de su objetivo, comienza a canturrear con voz queda una estrofa del tango ¡Al mundo le falta un tornillo!

Todo el mundo está en la estufa,
Triste, amargao y sin garufa,
neurasténico y cortao...
Se acabaron los robustos,
si hasta yo, que daba gusto,
¡cuatro kilos he bajao!
Al mundo le falta un tornillo,
que venga un mecánico,
pa' ver si lo puede arreglar.

Pobre Pi, no se da cuenta que a él le sobra lo que al mundo le falta; esto está mal repartido, amigo Miguel, deberías tenerlo en cuenta antes de abandonarnos en este punto clave de la historia.

De puro triste que se encuentra no ha querido participar en su fiesta de despedida; cuando el barco parte hacia una nueva escala, el verde periodista ripense se auto descubre en su nueva faceta de estudioso amante del cante.

Adiós, muchachos, compañeros de mi vida,
barra querida de aquellos tiempos.
Me toca a mí hoy emprender la retirada,
debo alejarme de mi buena muchachada.

Mercantilmente formados sobre cubierta, el capitán ha apostado a todos los paquetes presentes para despedir al intrépido y verdoso enviado especial de elatle-

ta.com con sus mismas armas; el coro sinfónico de ex empleados de Correos en el exilio le brinda esta canción.

Mi Buenos Aires querido,
cuando yo te vuelva a ver
no habrá más penas ni olvidos.

El farolito de la calle en que nací
fue centinela de mis promesas de amor;
bajo su quieta lucecita yo la vi
a mi pebeta luminosa como un sol.

Hoy, que la suerte quiere que te vuelva a ver, ciudad porteña de mi único querer,
y oigo la queja de un bandoneón,
dentro del pecho pide rienda el corazón.

Bajo el fondo musical de un bandoneón, el barco se aleja definitivamente de la costa; para mí que navega en derrota incorrecta, pero se ve que a este relator se le ha metido entre ceja y ceja llegar hasta el Pacífico y parece que lo va a conseguir.

Cualquiera se lo dice ahora al capitán, mejor que se entere más adelante cuando no tenga remedio.

Atrás dejamos Buenos Aires, la Reina del Plata, el río más ancho del mundo debido a la confluencia de los ríos Paraná y Uruguay, navegables desde su curso medio.

En ella se queda enganchado don Miguel Pi, el único periodista que se pone verde, irremisiblemente seduci-

do por el compás de cuatro cuartos de los tangos; ya lo dijo Enrique Santos Discépolo...

«el tango es un
pensamiento
triste que se baila»

Vigésimo segundo día

Apagada tras la maciza puerta de algún enorme despacho del último piso del Palacio de Telecomunicaciones de la plaza de Cibeles en Madrid, sede[1] de la Sociedad Estatal de Correos y Telégrafos, S.A., nos llega enérgica la modulada voz de su Directora General, Doña Lola Filatelia.

— ¿Cómo es que no he sido informada antes de esta lamentable e intolerable situación?

— No pensábamos que fuera a tener tanta repercusión mediática.

— ¿Qué tienen que ver aquí los médicos, acaso están en cuarentena a bordo?

La señora Filatelia practica taichi en sus contados ratos libres, de ahí su aplomo y serenidad; hace poco oyó hablar de unos foros de atletismo en internet, en concreto del foro de elatleta.com, y decidió conectarse un día para comprobar por sí misma las bondades que tenía oídas del cibernético lugar de encuentro de corredores de largo aliento.

— Pues es un lugar virtual donde se reúnen corredores de todas las latitudes para conversar sobre su afi-

[1] Actualmente es la nueva sede del Ayuntamiento

ción y compartir experiencias y ritmos de carrera; excepto en los *Off Topics* dónde impera la ley de la selva.

— Se dice que son nobles de corazón, muy animados y que se ayudan entre ellos siempre que se necesitan.

— Incluso se dice que en ocasiones traspasan la barrera digital y se juntan en quedadas reales, como hacían antiguamente las brujas en sus aquelarres, que incluso pueden durar todo un fin de semana.

— Me gustaría ir a la próxima —exclamó la Directora General.

— ¿Irá la señora directora en su propia escoba voladora?

Doña Filatelia leyó ayer de pe a pa el post del «Viaje a ninguna parte» abierto hace unos días por un tipejo apodado «scop», vaya *nick* para empezar, a pesar de lo cual no ha perdido el oremus y sigue en sus cabales; su fino instinto profesional y el afán por resolver el problema hicieron el resto.

— Es intolerable.

— Si, señora directora, habría que denunciarlo por levantar falsos testimonios y reclamarle el lucro cesante.

— No se puede consentir esta situación ni un solo minuto más.

— Si ,señora directora, ha dicho cosas muy graves de Correos.

— Esto no puede quedar así.

— ¡Esa es nuestra Directora General! Duro y a la cabeza de ese juntaletras conocido por «scop».

— El paquete tiene que llegar mañana mismo a Punto Fijo, en la península venezolana de la amistad; la fama, imagen y buen hacer de Correos durante años están en juego.

— ¡Olé las directoras con personalidad!

Adiós, muchachos, compañeros de mi vida
barra querida de aquellos tiempos.
Me toca a mí hoy emprender la retirada
debo alejarme de mi buena muchachada…

Sobre la resbaladiza cubierta de «El Pronador de los Mares» todavía resuenan los ecos de la despedida tanguera, cuando un sonido marinero por excelencia comienza a escucharse a bordo; es el tañido de una pequeña campana de cobre que cuelga del puente de mando, con ella se anuncian a la marinería desde las altas instancias los grandes acontecimientos.

— Tan, tan, tan.

A su llamada acude toda la paquetería presente; incluso sube a presenciar el acto el Gran Grupo Garabitas en bloque, aunque estos lo hacen en formato virtual merced a una licencia poética del autor, dada la importancia del momento.

— Señoras y señores, anuncia el capitán, todos saben, desde que se inició esta singladura, que el único objetivo consistía en llevar a nuestro querido amigo Paquetito Postal Económico, de complejo código secre-

to CP04976710ES, ante la presencia de la forista Maygualida, allá en Paraguaná.

— ¿Para… qué? —responden todos al unísono.

— Para demostrarle el sentido de la amistad y el espíritu de colaboración que impera por siempre en el foro.

— ¡Aaaaahhhh!

— Pues ha llegado la hora de que el objetivo se cumpla.

El capitán Scopoulos, sobre el que ha recaído el honor de tripular el barco en la etapa final del viaje, enciende los altavoces del barco porque hoy, en lugar de una señal de alarma o la música de un tango, va a escucharse en abierto la última conversación con el Centro de Atención al Cliente.

— Oiga, ¿el señor «scop», por favor?

— Sí, sí, dígame, Jacinta.

— Tengo que comunicarle una buena noticia, mi emperador.

— ¿Por qué me llama mi emperador, si puede saberse?

— ¿No me ha llamado usted Sisí? No haber empezado, no te digo.

— A ver ¿de qué noticia se trata?

— Espere que le paso con la señora Filatelia, doña Lola, nuestra excelsa Directora General quiere hablar con usted.

Se produce un silencio sepulcral ya que estoy solo en casa y durante unos segundos he dejado de aporrear a dos dedos el teclado del ordenador para repeinarme y acicalarme antes de comparecer ante tan ilustre dama.

— ¿Señor «scop»?

— A sus supinadores pies, doña Columnatelia.

— Dejémonos de cumplidos, le sugiero que mire hacia arriba sin que se le caiga la baba por la comisura de la boca como tiene por norma hacer en estos casos.

En ese momento, un helicóptero amarillo de Correos sobrevuela con estrépito «El Pronador de los Mares» levantando una cortina de agua y poniéndolo todo perdido; desde allí nos está hablando la mismísima *number one* del ente estatal.

— Coja el dichoso paquete CP04976710ES y sitúelo sobre la cesta amarilla.

— ¿A dónde se lo van a llevar, si puede saberse?

— A Punto Fijo, donde será entregado mañana a primera hora a su legítima destinataria, doña Maygualida Torres, en la península de Paraguaná.

— ¿Para… qué?

— Esta vez lo hemos cazado, Paraguaná amigo mío.

Un asombrado «scop» deposita, literariamente hablando, el paquete en la cesta y pulsa el botón de subida; la cesta asciende lentamente hasta el helicóptero estatal y de ella lo recoge en persona la Directora Filatélica entre los aplausos y vítores de la concurrencia.

— Hip, hip! —alecciona «scop» a la tropa presente.

— ¡Hurra! —responde enfervorizada la masa.

— ¡Hip, hip! —hipa el capitán que ha estado bebiendo sin parar de una botella de ron desde que vio ese enorme pajarraco girando sobre sus dominios náuticos.

— ¡Hurra! —le contesta la tripulación en recuerdo de viejas queimadas.

El helicóptero se aleja entre el estruendo que originan sus veloces aspas, levantando de nuevo una columna de espuma y agua salada, salpicando el rostro de quienes en el barco permanecen.

Es hora de dar por terminado este viaje a ninguna parte, todos los protagonistas y figurantes en la obra esperamos que CP04976710ES sea entregado a su destinataria final y que de su lectura y de su continuidad en el foro saque provechosos consejos que le permitan disfrutar de esta gran afición que es correr durante el resto de sus días.

Como decía el grumete Cinco Estrellas:

— Uno no llega a uno. Dos son dos y medio.

CAE EL TELÓN POR PRIMERA VEZ

¿Y ahora, qué hacemos?

Un día de principios de julio, aunque ahora no consigo recordar con exactitud, también podría ser a mediados, como he dicho en la bitácora, recibí un escueto correo electrónico desde Punto Fijo, Venezuela.

Era de Maygualida que me anunciaba escueta y alborozadamente: «¡El paquete llegó!».

Debido a la temprana y sorpresiva entrega, no esperada en los planes iniciales del viaje que vaticinaba una entrega tardía, me vi forzado a redactar un final feliz deprisa y corriendo, justo cuando mi cabeza estaba plenamente ocupada en imaginar nuevas aventuras y mi cuerpo por fin se había adaptado a la, en ocasiones, turbulenta navegación en alta mar.

Dispuesto a seguir adelante a toda costa con el entretenido divertimento, tomé la decisión de no dar tan pronto por terminada la historia y continuar viajando.

Total, no me costaba nada ampliar la ruta y estábamos en plena época estival, con tiempo de sobra para disfrutar de las vacaciones y pasarlo bien.

Hice como si no hubiera pasado nada y seguí escribiendo nuevos capítulos hasta que —por fin— el paquete llegó por segunda vez a su ansiado destino, pero mejor no adelantemos acontecimientos y vayamos paso a paso descubriendo las peripecias del paquete.

El verano solo estaba mediado y una ración extra de millas náuticas y aventuras, cuyo desenlace podréis conocer en los próximos capítulos si todavía no habéis sido hundidos por el aburrimiento y seguís adelante con la lectura, no podría venirle mal a nadie porque la lectura del viaje era un acto voluntario.

Vigésimo segundo día - Parte I

El Pacífico y el Atlántico, hasta ahora los dos océanos más grandes y conocidos del planeta, chocan violentamente —como si fueran los pistoleros de un western— en un lugar solitario que se esconde en el extremo sur del continente americano llamado el Cabo de Hornos.

En este apartado, depende para quien, y desolador paisaje las tormentas son el pan nuestro de cada día. Las olas, debido a su gran tamaño, pueden llegar a oscurecer por completo el sol. Enormes masas móviles de duro hielo, también llamadas iceberg, capaces de destrozar el casco de cualquier barco que choque con ellas, flotan amenazadoras a la deriva.

En cuanto abandone mi Buenos Aires querido, nuestro barquito, «El Pronador de los Mares», se dispone a navegar hacia la zona de los malos aires en el Cabo de Hornos; allí los vientos, que soplan desbocados en todas las direcciones, son capaces de arrancar de cuajo el mástil de un velero. Menos mal que nuestro barco va equipado con los más modernos sistemas de navegación y no está dotado de velamen, salvo para la épica literaria, aunque mucho me temo que los mareos vayan a estar a la orden del día.

El Cabo de Hornos lleva muchos años ganándose merecida fama de sargento, habiéndose convertido en la peor pesadilla de los más avezados marinos.

Se habla de él con voz queda en todos los puertos del mundo. Se dice que quienes no han navegado por sus aguas no son auténticos marinos y que los que han conocido la fuerza de su oleaje no podrán olvidarlo jamás.

Hacia ese negro espolón ha puesto proa el capitán Scopoulos, deseoso de superar su asignatura pendiente: quiere doblar el Cabo de Hornos antes de retirarse a escribir sus memorias y a vivir plácidamente de su renta de desvinculación anticipada y después de su bien ganada jubilación en la alicantina Hemeroscopeion, bello puerto de la Marina Alta bajo la protección del Montgó, en la Costa Blanca.

— Buenas tardes—saluda el capitán a un patrón de pesca que faenaba por allí.

— Buenas tardes —le responde educadamente el lobo de mar.

— ¿Podría indicarme qué debo hacer para llegar al Cabo de Hornos?

— Siga todo derecho para abajo y luego gire a la derecha, no tiene pérdida; por favor, cuando lo vea, dele recuerdos de mi parte.

— Parece sencillo, amable colega.

— Gracias, será porque me ha pillado en un momento de debilidad, ya que estoy faenando y el ejercicio intenso al aire libre me fatiga, pero en otras circunstan-

cias, sin dejar de ser correcto, puedo llegar a ser muy complejo en el trato.

Para alcanzar las lejanas costas de Venezuela, la razón y el sentido común, que suele ser el menos común de los sentidos, le piden virar hacia el norte, pero su cuerpo insiste en que navegue hacia el sur; ¡ay, capitán! ¿No habíamos quedado en que no siempre hay que escuchar al cuerpo?

— La verdad es que sí, pero te aseguro que esta vez no lo puedo resistir.

—¿Por qué navegas hacia un posible naufragio, poniendo en peligro el objetivo principal de la misión?

— Compréndelo, es mi asignatura pendiente.

— ¿Y no podrías haber escogido mejor Física, Química o Matemáticas como hace todo el mundo?

— Es que esas también las tengo pendientes.

Puede que no haya otro lugar en el mar que haya roto tantas quillas, segado tantas vidas ni generado tantas leyendas como el Cabo de Hornos.

Descubridores, balleneros, misioneros, cazadores de focas, comerciantes, científicos, traficantes, militares, piratas... todos ellos han sentido como el corazón les temblaba y el estómago se les encogía. Esa roca negra, moldeada, agrietada y corroída por las tormentas, ha visto como veleros, goletas y bergantines eran simples juguetes en manos de las olas.

Durante siglos, la llamada «doblada del cabo duro» a vela fue considerada el máximo laurel de cualquier

marino y hacia ella se dirige, firme el timón, alta la frente y a toda vela, nuestra marinera embarcación.

Preludio de los muchos peligros que les acecharán en su intento podrían considerarse las palabras del poema de Sara Vial que puede leerse en el monumento a los marinos desaparecidos:

«Soy el albatros que te espera en el final del mundo. Soy el alma olvidada de los marinos muertos que cruzaron el Cabo de Hornos desde todos los mares de la Tierra. Pero ellos no murieron en las furiosas olas. Hoy vuelan en mis alas, hacia la eternidad, en la última grieta de los vientos antárticos».

— Grumete ¿dónde te metes? —vocifera el capitán, preso de la tensión y estrés del momento.

— No tenemos grumete, capitán —le responde nuestro paquete.

— Pues entonces serás tú el elegido, pongamos rumbo 55º 59' de latitud S y 67º 12' de longitud W.

— Pero señor, como quién dice, eso está justo en mitad de la nada.

— Efectivamente y allí el viento sopla a una velocidad de 54 nudos (27 metros por segundo); para que te hagas una idea de lo que digo, acabarías una maratón de perfil llano en poco más de 26 minutos.

— ¡Ay mi capitán! Eso son palabras mayores, que yo soy de los que tardan cuatro horas o más. si antes no me pilla el tío del Mazo.

— No te dejes vencer por el miedo grumetillo y si, una vez allí, es necesario que te arrodilles para desplazarte, hazlo sin mostrar vergüenza.

— Si tuviera rodillas le iba a dar con una en salva sea la parte…

— No te aflijas marinero, entrarás en la doblada como simple grumete y cuando salgas tendrás los mismos galones y derechos que los ilustres marinos que nos precedieron en tal hazaña.

A pesar de la escasa fuerza de su par motor, nuestro audaz barquito se aproxima a la temida zona de naufragios; el paquete decide investigar por su cuenta en qué consisten esos privilegios a los que, supuestamente, tendrá derecho si consigue sobrevivir a tan dura prueba náutica.

— Hola buenas noches, ¿Jacinta?

— ¿Quién me llama por mi nombre a estas horas del alba?

— Soy yo, el sufrido paquete con destino a ninguna parte; quisiera saber los derechos que voy a adquirir con este viaje.

— ¿Derechos?, los paquetes postales económicos no tenéis derechos ni tampoco *tracking*, pero espera que recuerde… ¡Ah, sí, ya lo tengo!

A pesar de su carácter díscolo, la teleoperadora Jacinta reconoce tener cierta predilección por el paquete, a quién considera como ese hijo que no termina de concebir; mientras habla con él, procede a consultar en

internet los derechos básicos de todo marino que haya doblado el cabo del miedo.

— El primero, orinar al viento.

— Pero señorita, cuando pasamos por Benidorm, una tropa de ingleses orinaba al viento en el hotel Bali y casi los detiene la policía.

— Ese no es mi problema, chatín, lo mismo eran marineros que habían cruzado el cabo y de premio ganaron un viaje a la Nueva York alicantina; en segundo lugar, no se tienen que descubrir ante un rey.

— Pues vaya un derecho, los reyes son una especie en vías de extinción y la gente ya no acostumbra a llevar sombrero.

— Paquetito, las quejas al maestro armero, yo solo te digo los derechos que se adquieren por doblar el cabo sin entrar a analizar el fondo de la cuestión. El tercero, colgarse un aro de la oreja.

— Jacinta, entonces todos los chavales de mi barrio deben haber doblado el Cabo; incluso algo mucho peor, lo han debido romper, porque mean junto a los portales, no se quitan las gorras ni para dormir y llevan aros en todas partes, incluso en el ombligo.

Vigésimo segundo día - Parte II

Ante el peligroso cariz que están tomando los acontecimientos y dado que las supuestas ventajas asociadas a la heroicidad de cruzar indemne el Cabo de Hornos, han dejado de tener valor real en la sociedad moderna, Scopoulos decide llamar al mismísimo Cabo para enterarse de primera mano de lo que nos espera.

— Hola buenas tardes, ¿está el Cabo Hornos? ¡Dígale que se ponga!

— Pues lo siento mucho, pero no se puede poner en este momento porque está tratando de hacer inolvidable la travesía a un barco postal español que está intentando doblarlo.

— Usted dígale que se ponga, por favor, que lo llama un capitán.

— Por mí como si es usted general, ya le digo que no se puede poner, porque resulta que se trata de un accidente geográfico.

— ¿Un accidente? Pobrecillo cabo Hornos, ¿y ha sido muy grave?

Ante la inutilidad de sus gestiones y la proximidad de la doblada, decide advertir a la carga postal para que se mantengan en guardia ante el peligroso trance que se avecina.

— Señores, vamos a tener que doblar el Cabo de Hornos por un capricho del capitán —advierte Scopoulos, como si su bocaza estuviera hablando de otro.

—¡Ya estamos como siempre, avasallando al personal! A ver qué pasaría si el cabo fuera comandante — protesta un certificado raso.

— Si el cabo fuera comandante entonces el capitán sería vicealmirante —echa por tierra la protesta inicial un burofax pelotillero.

— Debajo de los camastros tienen los chalecos salvavidas —insiste el patrón—, hagan el favor de ponérselos; ayúdense entre ustedes mismos, ya saben, ¡póntelo, pónselo!

— También encontrarán unas bolsas especiales para el mareo; en caso de uso posterior, se ruega no arrojar los desperdicios a la mar océana porque la tenemos hecha un basurero.

En esas. el barco alcanza la zona huracanada sumergiéndose de lleno en las aguas más salvajes del mundo. Al fondo, el Cabo de Hornos asiste como mudo testigo a la situación, mientras se dispone a hacer de las suyas en cuanto pasemos por delante de sus dominios.

— Atención marineros, todos a orinar por la borda.

— Pero mi capitán, ¿no sería mejor esperar que amainase la tormenta?

— Ni hablar, una tradición es una tradición.

— Vale, pero luego no diga que no estaba avisado.

A pesar del mareo generado por el temporal y el continuo subibaja de la nave, los miembros de la paquetería se dirigen obedientes y sumisos como corderitos lechales a la banda de estribor —vaya dominio náutico estoy cogiendo—, dispuestos a hacer de turistas ingleses o *postal packages* que diría un castizo de una pedanía de Manchester.

— Mi capitán, que si se lo quiere usted pensar más despacio todavía está a tiempo.

— ¡A orinar, todos! ¡Ya!

— No diga luego que no se lo hemos advertido.

La fuerza y dirección del viento se aliaron con la actividad meona de la paquetería para dejar al capitán hecho un verdadero asco; la primera doblada del Cabo de Hornos del mandamás no será todo lo limpia que él hubiera deseado para incluir en su *ridiculum vítae*, pero más tarde lo solucionará poniendo una lavadora y dándose una ducha caliente, sin duda un bajo precio el que debe pagar para alcanzar tan alto honor.

Con el mar en semejante estado de crispación es fácil imaginarse lo que sufrirían los viejos barcos, cómo sus velas se hinchaban hasta reventar y cómo los gavieros se destripaban contra la cubierta o desaparecían para siempre entre las nubes espumosas de las olas.

Nuestro moderno barco no sufre tanto como sus antepasados navales, consiguiendo finalmente doblar el Cabo de Hornos sin mayores contratiempos; pero no nos engañemos, porque ni siquiera en un día soleado

como el de hoy es fácil avistar indemnes la isla Hornos, la más austral de las Hermite.

El suelo de sus playas está sembrado de grandes y redondeadas piedras, cubiertas de musgo y algas que el viento golpea de norte a oeste. Las olas parecen esperar agazapadas algún descuido del viajero para robarle el alma.

Al salir del Cabo de Hornos hacia Puerto Williams, Chile, el tiempo enloquece. En las siguientes 100 millas se pueden recibir tres partes meteorológicos diferentes: al principio, el viento supera los 40 nudos, las olas se levantan por encima de los tres metros y llueve aguanieve.

A la altura de la bahía de Nassau la velocidad del viento ha descendido a 30 nudos, y las olas tienen un metro de altura. En el canal de Beagle el viento sopla a 15 nudos y la mar está casi llana. Por fin, la enrevesada red de canales de la Tierra del Fuego logra domar el mar.

Una vez sometido el líquido elemento, con la carga postal todavía recuperándose del mal trago y jurando no volver a navegar por allí en la vida, nuestro paquete se dirige por conducto reglamentario al capitán en su condición de grumete becario para hacerle conocer la opinión mayoritaria.

— Mi capitán, menuda faena nos ha hecho.

— ¿Qué le ocurre a mi grumete preferido?

— Que nos la ha metido usted... doblada (he aquí un posible origen de la famosa expresión).

— Vamos hombre, no será para tanto, además a partir de ahora serán ustedes auténticos lobos de mar.

— Pues lleve usted mucho cuidado no le vayamos a dar un mordisco.

Puede que los tiempos hayan cambiado una barbaridad, no así la madre naturaleza que sigue tan salvaje e indómita como siempre.

Vigésimo tercer día - Parte I

No, el título no quiere decir que tengamos que hacer 4.000 series de 200 metros, algo así no sería razonable ni siquiera en el intimista bosque de la intrincada Casa de Campo; a no ser que hablásemos de los tapieros que lo frecuentan las tardes de los jueves, porque esos son capaces de cualquier cosa.

Unos 4.300 kilómetros de largo por 200 de anchura media es lo que tiene el país que vamos a recorrer de abajo a arriba según se mira el mapa en el vigésimo tercer día de navegación; eso sin contar los 1.250.000 km² que tiene el país en la Antártida; se trata de Chile, la tierra natal de don Pablo Neruda, el «sitio donde se acaba la tierra» traducción indígena de Chile.

En honor del insigne poeta propongo, a través del teclado que es la única forma que tengo a mano para comunicarme con la tripulación, que el barco se llame, aunque solo sea mientras permanezcamos en sus aguas jurisdiccionales «Veinte poemas de amor y una canción desesperada»; propuesta rechazada por mayoría absoluta porque la paquetería se ha levantado hoy chulesca y con ganas de tocarme los cataplines.

— Un poco largo el nombre, no cabe en el espacio dedicado al destinatario.

— La longitud es una constante en este viaje, señores.

— El nombre no se ajusta a las normas internacionales de correos; para eso le ponemos «Veinte mil leguas de viaje submarino» y acabamos antes.

— ¿Y ese nombre no te parece enorme?

— Si, pero tiene mayor calado.

«Al golpe de la ola contra la piedra indócil, la claridad estalla y establece su rosa y el círculo del mar se reduce a un racimo, a una sola gota de sal azul que cae»

Desestimada la poética oportunidad de lucir el nombre de los veinte poemas y una canción en sus costados, nuestro barco avanza airoso a pesar de los desaires; mucho más ahora que ha superado el mal trago del Cabo de Hornos, enfilando el primero de los miles de kilómetros de la larguirucha costa chilena.

A renglón seguido se recibe una llamada a bordo, algo que se está convirtiendo en una rutina tan marinera como cualquier otra.

— Base llamando a Scopoulos, base llamando a Scopoulos, ¿me recibe? Cambio.

— Si señorita, alto y claro, y la recibo cuando usted quiera, pero de paso traiga algo de comer y bebida fría porque la nevera está medio vacía, cambio.

— Déjese de inoportunas invitaciones ahora capitán y dígame su posición, otra cosa será cuando salga de trabajar, sobre las seis y cuarto, corazón, corto y cierro.

El galante capitán ojea nerviosamente los mapas y cartas náuticas sin conseguir situar la nave en el punto exacto del planeta; como la trigonometría esférica no es lo suyo, decide observar una pequeña isla frente al barco por ver de obtener a simple vista una pista fiable que le permita salir triunfador del trance.

— Señorita, no sé muy bien donde estamos, pero, aparte de estar en el quinto pino, esto parece el ombligo del mundo, cambio.

— ¡Qué me dice! ¿El ombligo del mundo? A ver si va a ser la isla de Pascua, cambio.

— Bueno, no sé quién será su propietario, pero hay unos cuantos señores con enormes cabezas pétreas mirándome fijamente desde la costa; menos mal que siempre llevo a mano el diccionario básico de bolsillo rapanui–español; espere un momento que inicie contacto verbal con los nativos, cambio:

— *Iorana* (Hola)

— *Pehe koe* (¿Cómo estás)

— *Ko ai tou ingoa* (¿Cómo te llamas?)

— *Ana hanga koe* (Por favor)

— *Mururu* (Gracias)

— *Iorana* (Adiós)

Ante la indignante falta de respuesta vocal de los nativos cabezones, nuestro capitán decide abortar de forma prematura cualquier atisbo de intercambio cultural, concentrándose de lleno en identificar correctamente el camino a seguir.

Ubicada en el océano Pacífico a unas 2.300 millas de la costa continental chilena, la isla de Pascua o Rapa Nui pasa por ser uno de los lugares más remotos y de mayor dificultad ambiental que hay en el planeta; a pesar de lo cual se desarrolló allí una extraordinaria cultura, cuyos primeros colonizadores de origen polinesio habrían llegado hacia el siglo IV de la era cristiana.

Su escritura jeroglífica, única y aún no descifrada por completo, es solo comparable con mi letra manuscrita, ilegible por mor de tantos años de uso intensivo de teclados y una incipiente artrosis que la dificulta; si además me pillan con el día tonto, bien por ser mi estado natural o por el motivo que sea, mi letra no la entendería ni el médico de cabecera de Tutankamón.

— Capitán, deje de hablar con esos insensibles moais y vuelva de inmediato a la costa continental, cambio.

— Si le preguntase por donde quedan el Continente o el Carrefour… estaría mal visto, ¿verdad? Cambio,

— No me cambie de conversación, cambio,

— *Mururu* Jacinta, *Iorana*, corto y cierro.

En el viaje de retorno hacia la costa continental, nuestro intrépido paquete de código CP04976710ES no consigue conciliar el sueño; por fin va a tener la oportunidad de ver de cerca el volcán Osorno que es uno de los sueños de su corta vida postal; como no consigue dormirse, encuentra fugaz consuelo en los versos insomnes de Neruda.

«De tanto amar esta nave delgada,
estas piedras, estos terrones,
la persistente rosa
del litoral que vive con la espuma,
llegué a ser uno solo con mi tierra,
conocí a cada uno de mis hijos
y en mí las estaciones caminaban
sucesivas, llorando o floreciendo»

Por fin aparece a lo lejos el enorme cono del nevado volcán de 2.661 metros de altitud y eso consigue distraer la atención de Paquetito hasta el punto de caer rendido de sueño, perdiéndose la visión directa del coloso en llamas como era su ilusión infantil, pero ya se sabe cómo son los niños.

Como él está dormido no le importará que lo cuente yo; lo primero es reconocer que nunca estuve por aquí, lo segundo que solo conozco la zona por referencias de librería; algo tendré que investigar sobre la marcha y para eso tengo un ratón escondido bajo la diestra; si otros ocultan ases en la manga ¿por qué no podría yo esconder un ratón bajo la palma de mi mano?

Empezando por su zona residencial, la ciudad de Osorno está ubicada al sur de Chile en el centro de la región de Los Lagos en la provincia del mismo nombre, a 913 Km. de Santiago, siendo fundada por don García Hurtado de Mendoza en el mes de marzo de 1558, que ya ha llovido desde entonces me parece a mí.

A la montaña su nombre le viene por la ciudad, pero quizá si recordamos lo que del volcán dijo míster Char-

les Darwin, en su viaje por el país durante el XIX, nos haremos una idea cabal:

«La madrugada es admirable. El volcán de Osorno vomita torrentes de humo. Esta magnífica montaña, que forma un cono perfecto recubierto por completo de nieve, se eleva ante la Cordillera.

El 15 de enero de 1835 salimos del puerto de Low, y tres días más tarde echamos el ancla por segunda vez en la bahía de San Carlos, en la isla de Chiloé.

Durante la noche del 19 el volcán Osorno se pone en erupción. A medianoche el centinela observa algo que se parece a una gran estrella; ésta aumenta a cada instante, y a las tres de la madrugada asistimos al más magnífico de los espectáculos.

Con ayuda del telescopio, vemos en medio de espléndidas llamas rojas, negros objetos proyectados incesantemente al aire, que después caen.

El fulgor es suficiente para iluminar el mar… Durante la mañana, el volcán recobra su tranquilidad».

Al volcán debe pasarle lo mismo que a mí, que ambos hemos recobrado la perdida tranquilidad —a cambio de ganar unos cuantos kilos— al dejar de fumar y es que en algo teníamos que parecernos, aparte de compartir el apellido paterno.

Cosas de la genética.

Vigésimo tercer día - Parte II

Por segunda vez ruego tranquilidad al lector de estas páginas, no tendrá que moverse del sillón para seguir leyendo sobre el viaje; las series las dejaremos para más tarde, cuando estemos en el parque y nos vengan las ganas de correr.

Seguimos ascendiendo por la costa pacífica; si no he consultado mal los mapas habremos pasado de largo por algunos de los principales puertos de la travesía como Puerto Montt y Valdivia porque no podemos entretenernos más tiempo, y menos después del pequeño despiste del capitán en el día de ayer que nos hizo navegar 5.000 millas fuera de presupuesto.

— Capitán, qué forma de meter la pata —le reprende paquetín.

— Ha debido ser «él» de nuevo —deduce pensativo—, agazapado tras la pantalla de su nuevo portátil está empeñado en que me quiten el carné de navegante.

— La ha cogido usted fuerte con las apariciones.

— Te aseguro que no son figuraciones, «él» existe y quiere hundirme a toda costa, pero pienso resistirme para no hacer en su trampa.

Al pasar frente a las playas de Valparaíso vemos a lo lejos a una deportiva familia que se ha acercado este fin de semana desde Santiago para practicar el sano deporte de correr en familia.

— Mírelos, gran capitán, creo que sé quiénes son — le advierte CP04976710ES.

— ¿Cómo lo puedes saber, grumete, si nunca has estado por aquí antes de hoy?

— Mirando en mi interior, incrédulo capitán; en la revista nº 2 hay un reportaje... mire, ¿lo ve? Son ellos, ¡Muri, Isa, Pablo, David y uno nuevo pequeñito! La familia más maratoniana de España.

Efectivamente, con el catalejo que nos deja el capitán podemos observar a la familia al completo trotando por el paseo marítimo, empujando velozmente sus carritos «Baby Jogger» de ruedas no inferiores a las 19 pulgadas; ¡caray que velocidad llevan! Son cinco, pero como se dice en Chile cuando algo está muy bien, ¡esta familia es de siete!

Los Murillo están practicando deporte a no sé cuantos kilómetros de Madrid, podemos ver a los dos niños mayores sudando la gota gorda empujando los carros mientras sus padres van cómodamente sentados atendiendo como es debido al recién nacido.

Aunque no pueda ser me gustaría poder detener brevemente el barco para darles personalmente la enhorabuena por su tercer hijo y desearles lo mejor.

— ¡*Iorana* Isa y Muri! Tanto monta, monta tanto.

Hace demasiado tiempo que no le pregunto por mi paquete a la amable telefonista y necesito saber dónde está (el paquete, la señora cuanto más lejos se encuentre de mí, mejor).

— Buenos días, le atiende Jacinta.

— Señorita Jacinta, ¿es que usted nunca descansa, ni siquiera para respetar el convenio colectivo?

— ¡Otra vez el depravado preguntón y remitente de paquetes! ¿Qué mosca le ha picado esta vez?

— Pues lo de siempre, saber de mi paquete.

— No me interesa saber si le pica o no el paquete.

— Pero señorita, no me deje usted así ahora.

— Si le pica ¡rásquese usted mismo con una segadora! Pero deje trabajar a la gente honrada, ¡hombre ya!

Tiene que haber otra forma menos angustiosa de saber dónde se encuentra el paquete en cada momento que no sea llamando a esta impertinente señora; a ver si me va a pasar con el paquete lo que le pasaba a Don Pablo Neruda con las parejas de sus odas elementales.

«No me gusta
el hombre
sin mujer,
ni la mujer
sin hombre»

Sin parar ni siquiera un momento seguimos ascendiendo en paralelo a la costa por este larguísimo país; ya nos estamos acercando al puerto de Antofagasta, capital de la II Región, la Perla del Norte, en la misma

línea del trópico de Capricornio, patria chica de un gran chico, el garabitas Carlos.

Pronto divisamos desde el barco La Portada, símbolo de la ciudad; situada a 16 kilómetros al noroeste de Antofagasta es una formación rocosa que semeja un arco natural erosionado por el viento y aparece para enmarcar la bienvenida a esta tierra, para unos es «escondrijo del cobre» (del quechua) y para otros «lugar de mucha sal».

Aunque prefiero no tener que manejar los hilos del viaje, en ciertas ocasiones no me queda más remedio que intervenir; en pro de la misión, este capitán es capaz de pasar de largo sin permitirnos visitar el desierto de Atacama.

— ¡Atacama, Atacama! —se despierta sobresaltado y sin saber por qué Scopoulos.

— ¿A la cama tan pronto? —se extraña la paquetería.

— A la cama no, ¡A-ta-ca-ma!

— Chicos, tened mucho cuidado con este hombre porque está perdiendo facultades, tantos errores de navegación procelosa le están afectando a la cabeza.

El capitán ordena atracar en el puerto antofagastino para reponer víveres y reparar pequeñas averías, entre ellas el tremendo dolor de cabeza que se le ha puesto desde la última bronca con Jacinta; además, después de tan largo viaje, todos necesitamos hacer un pequeño descanso para recuperar fuerzas, relator incluido.

— Podríamos aprovechar para practicar un poco la carrera de fondo —solicitan a coro los Garabitas.

— ¿Y toda esta gente… de donde ha salido? —pregunta un aturdido Scopoulos.

— Viajan en una foto panorámica dentro del paquete económico, pero de vez en cuando hay que dejarlos salir a trotar o se acabarán amotinando —le explica pacientemente CP04976710ES.

— De acuerdo, que salgan a correr, pero que sea algo corto y rapidito porque no tenemos tiempo que perder.

De esta sencilla manera se forma un numeroso grupo de corredores que salen a darse un garbeo por el desierto de Atacama.

213 sudorosos kilómetros después llegan a San Pedro de Atacama, desde donde aprovechan para recorrer en compacto grupo y a paso ligero lugares increíbles como el Valle de la Luna, el Valle de la Muerte, la laguna Chaxa con sus flamencos, el géiser del Tatio o las termas de Puritama, es todo un lujo recorrer estas tierras altiplánicas mientras nuestro buen amigo Carlos nos va indicando y explicando el camino.

El desértico trasiego deja las piernas de los corredores con unas ganas locas de volverse al barco a descansar, previo paso por algún bar local para tomar un desayuno recuperador.

Conociéndolo como lo conozco, habrá que ver el humor de perros que tendrá el capitán a estas horas.

Al día siguiente al capitán empieza a remitirle la fiebre; durante cuarenta y ocho ha estado febril, delirando y diciendo cosas muy raras sobre unos corredores que han salido de una foto que iba dentro de un paque-

te y se han ido a recorrer el desierto; estará afectado por la soledad del marino de fondo.

Una vez repuestos todos los presentes del largo paseo y recuperado el capitán de sus males, nos disponemos a zarpar sin más demora del puerto de Antofagasta, rumbo a nuestro nuevo destino en el viaje a ninguna parte: Las Islas Galápagos.

El 12 de julio de 2004 se celebrará su centenario, el de Neruda, no el de las islas que son más antiguas, así que nada mejor que alejarnos de Chile de la mano de su más renombrado poeta.

«Inclinado en las tardes tiro mis tristes redes a tus ojos oceánicos.

Allí se estira y arde en la más alta hoguera mi soledad que da vueltas los brazos como un náufrago.

Hago rojas señales sobre tus ojos ausentes que olean como el mar a la orilla de un faro».

Vigésimo cuarto día

Lentamente abandonamos el territorio chileno para adentramos nuevamente en las pacíficas aguas oceánicas; navegaremos donde nos lleve la corriente ya que no tenemos instrucciones concretas de las oficinas centrales y el capitán se pasa el tiempo en Babia, comarca de León.

Acomodado en el camarote principal, un pensativo capitán ha invitado al pasaje a un rico desayuno continental aprovechando que la mar está en calma, el cielo es azul y la despensa rebosa ricas provisiones cargadas en Antofagasta.

— He tenido un sueño premonitorio —comenta el capitán a la indiferente paquetería presente.

— Ya empieza de nuevo con las alucinaciones, este hombre está loco de atar.

— No, tranquilos, no saquéis conclusiones antes de tiempo porque esta vez se trata de algo rentable — replica el navegante, inmutable.

— Os digo que está tocado del ala, ahora nos quiere alquilar algo.

— He soñado con el número del premio gordo de la lotería, será el 13-6-40.

— ¡Venga ya! A ver si va a ser la fecha de su cumpleaños.

— Pues ahora que lo dices... me estás haciendo dudar.

Tras el matutino tentempié suben todos a relajarse y hacer la digestión a la cubierta principal; una música suave se deja oír por los altavoces invitando a soñar tumbados en la terraza, desde donde se contempla plácidamente el mar; andaba la paquetería completamente absorta en sus pensamientos cuando suena desgarrador el timbre telefónico.

— ¿Está pro ahí el capitán del barco a Venezuela? ¡Que se ponga!

— Si, aquí Scopoulos, capitán de «El Pronador de los Mares».

— Scopoulos, campeón, nos han llegado rumores de que conoce el número que va a salir en el gordo de la lotería de Navidad.

— Vaya, veo que las noticias navegan a toda máquina.

— Las telefonistas de Atención al Cliente y una servidora le deseamos que tenga usted un feliz cumpleaños.

— Pero si hoy no es mi cumpleaños, eso fue el lunes pasado.

— Por usted no pasan los años, pero tampoco se pase de listo, gavilán.

— Que le digo que no es mi cumpleaños.

— Entonces, ¿con qué número has soñado, piratón?

— Pues no me importa decírselo, 13-6-40.

— ¡Madre mía! No imaginábamos que fuera usted tan mayor.

Visiblemente alterado por la indiscreción telefónica sobre su edad, el capitán Scopoulos confunde de nuevo la ruta, por lo que el barco, en lugar de dirigirse al Perú como estaba previsto, se desvía de su trayectoria enfilando derecho hacia las islas Galápagos.

Este archipiélago, ubicado a 950 kilómetros del Ecuador continental, lo forman 13 islas grandes, 6 pequeñas y más de 40 islotes de origen volcánico.

Tan extraordinario laboratorio natural se debe a una fusión de peculiares especies de fauna y flora de valores naturales, únicos en el mundo.

— ¿Cómo que 13 islas grandes, 6 pequeñas y 40 islotes?

— ¿Qué quieres que te diga?, es lo que contesta la Wikipedia, si te parece preguntamos por las islas Baleares a ver si te gusta más el resultado.

— Pero, entonces, Scopoulos no ha soñado el premio de la lotería, ni es la fecha de su nacimiento, ni leches en vinagre, son los guarismos del archipiélago: 13-6-40.

— ¡Acabáramos! —aunque realmente le hubiera gustado más acordarse de la madre que lo parió.

Cerca de la costa de este paraíso natural observamos a un grupo de tres anfibios anuros, aparentemente

adaptados al medio; se trata de una familia de sapos corredores o bufocalamitas en lo que aparenta ser una estancia veraniega, ya que disponen de sombrilla, sillas, cubos, palas, neverita portátil, patatas fritas, en fin, todo lo necesario para una tranquila jornada de playa. No siendo una especie endémica del archipiélago, nos vemos obligados a preguntarles que hacen aquí.

— Hola, señor sapo corredor.

— *Croac.*

— ¿De dónde proceden ustedes?

— *Croac, croac.*

— Por el acento yo diría que son de La Cabrera, Madrid.

— *Croac, Croac, Croac.*

— ¿Te has fijado que teatral se ha puesto el macho para contestar?

Mientras los sapos croan ante los paquetes, decido volver a interesarme por la situación del paquete trotamundos, para lo cual llamo a la central de datos.

— Hola buenas tardes, ¿está usted más tranquila esta mañana, señorita Jacinta?

— Por supuesto, además ahora puedo ser un buen partido para gente insistente como tú, ¡calamar gigante, resalao!

— Me alegro, ¿podría decirme por dónde navega ahora mi paquete?

— ¿Su paquete? ¿Qué me importa a mí ahora su paquete si voy a ser rica?

— Pero oiga... modérese, que trabaja usted en un servicio público.

— Si quieres quedar conmigo llévame a una terraza decente como todo el mundo, pero nada de lavabos, ¡so guarro!

Guiados por la familia Bufocalamita visitamos el resto de las islas y recorremos algunos de sus senderos, como por ejemplo los de isla Santiago, conocida por los aficionados al buceo y porque se pueden recorrer caminos entre las formaciones de lava y llegar al cono volcánico de Bartolomé, donde viven las focas peleteras y los lobos marinos.

— Ya te lo decía yo —comenta un paquete repleto de ¡Holas!

— ¿Qué me decías, amigo paparazzi? —le responde CP04976710ES, harto de sus murmuraciones y falsos testimonios.

— Que el capitán y la Jacinta se traen algo entre manos...

— ¿En qué te basas, fabulador?

— Pues está claro, mira cómo se miran esa foca peletera y el lobo marino, son una viva representación de la pasión que los embarga, voy a hacerles unas fotos comprometedoras a ver si se las vendo a Interviú.

— A ti sí que te voy yo a embargar.

Concluidas con éxito las complejas gestiones que nos trajeron hasta este lejano archipiélago, reserva y patrimonio natural de la humanidad, es decir ninguna porque no teníamos nada que gestionar, el capitán ordena poner rumbo a las costas ecuatorianas.

En el límite de sus aguas jurisdiccionales nos encontramos anclado en el mar un enorme cartel anunciador de la cercanía a este país.

«Bienvenidos a ECUADOR, país pluricultural y multiétnico, considerado el de mayor biodiversidad en el planeta. Nuestro país está ubicado en América del Sur, al centro oeste, y se encuentra atravesado por la línea equinoccial. De norte a sur está seccionado por la cordillera de los Andes, situación que, sumada a su posición geográfica, origina una gran diversidad climática y biológica».

Cerca de la costa nos recibe un nutrido orfeón ecuatoriano entonando la primera estrofa de lo que parece ser su himno nacional; analizada con pelos y señales la bélica lírica, decidimos proseguir nuestro camino cuanto antes por si las moscas.

«Indignados tus hijos del yugo que te impuso la ibérica audacia, de la injusta y horrenda desgracia que pesaba fatal sobre ti, santa voz a los cielos alzaron, voz de noble y sin par juramento, de vengarte del monstruo sangriento, de romper ese yugo servil».

Cauto como siempre, pensando únicamente en cumplir cuanto antes su irrenunciable objetivo, sin pararse a recordar que las independencias ocurrieron bastantes años atrás y deberían estar casi olvidadas,

nuestro osado capitán decide abandonar definitivamente la zona de peligro ordenando, envuelto en prosopopeya, aquello tan peliculero y vistoso de...

— ¡*Avanti*, a toda máquina!

Zarpamos del lugar a toda prisa sin volver atrás la mirada, de nuevo rumbo a lo desconocido, más cornás da el hambre.

Vigésimo quinto día

Esta vez la llamada de control se recibe temprano, desde el primer minuto de la dura jornada laboral se intenta pasar por la quilla a los navegantes: presión empresarial, mejora de la productividad, aumento de la competitividad, cumplimiento de objetivos, multiplicación del beneficio, son otros tiempos.

— Hola chicos, al habla Jacinta.

— Hola Jacinta, al habla Scopoulos.

— A ti te quería pillar yo fantasmón, ¿así que nos íbamos a hacer ricos?

— Yo no he dicho eso nunca, doña Foca Peletera.

— Vamos a dejarnos de guasas, marino visionario, me he jugado todos mis ahorros al número que soñaste y resulta que... ¡me ha tocado el gordo!

— Tan pronto y ya sales con otro.

— No te quejes, épico navegante, porque lo he conseguido gracias a ti.

Siguiendo su propio instinto, a falta de mejor criterio, nuestro barco deriva hacia el canal de Panamá dispuesto a realizar la travesía de sus 50 millas al más viejo estilo.

La tripulación espera ansiosa el momento de cruzarlo, ya que será la primera vez que lo hagan, capitán incluido.

— ¿Y podremos dar un paseo en góndola? — pregunta un nervioso CP04976710ES.

—¿En góndola, pero ¿dónde te crees que vamos? — le replica el mandamás.

— Pues… a Venecia, si hay canales será Venecia.

— ¡Ay paquetín! Cuanto te queda aún por aprender de la mar soberana.

— Qué lástima, me hacía tanta ilusión tener una foto con los gondoleros…

Aunque su nombre pueda parecer un contrasentido, el verdadero sombrero de Panamá es *made in* Ecuador; los auténticos sombreros de palma de Panamá se tejen cuidadosamente con la fina paja de toquilla de las hojas de palmeras cultivadas en la provincia ecuatoriana de Manabí.

Con estos sombreros de paja viene a pasar como con los pimientos de Padrón que suelen traerlos de Marruecos, aunque tengan el mismo sabor y apechuguen con la galaica tradición, la que asegura que «os pementos de Padrón, unhos pican e outros non». Lo mismo ocurre con los relojes japoneses que están fabricados en Taiwán y nadie protesta, así que hagan lo que les parezca con los pimientos.

Ya lo avisaba el ibérico poeta, anticipándose a lo que hoy es moneda corriente, *«en este mundo traidor, na-*

da es verdad ni mentira, todo es según el color del cristal con que se mira».

Los comentarios anteriores solo han servido de preludio argumental; para digerir el tremendo disgusto que se ha llevado CP04976710ES, que ya se veía cantando «O sole mío» en plena Plaza de San Marcos, nuestro capitán les ha hecho entrega de sendos sombreros panameños.

Elaborados artesanalmente en Montecristi y Jipijapa, nos permitirán cruzar el canal con la natural elegancia y porte que ha distinguido a los grandes marinos españoles desde tiempos inmemoriales.

Mientras se miden las cabezas unos a otros para elegir las tallas de sus sombreros, aprovechan para dotarse de otras prendas de vestir que completen el vestuario: traje de lino, camisa blanca, zapatos bicolores a juego y no podían faltar unos tirantes.

Se visten, pues, elegantemente para la ocasión y suben todos a cubierta porque ya están próximos a la entrada del canal de Panamá y quieren vivir la experiencia de la A a la Z.

El capitán Scopoulos parece un miembro del Almirantazgo británico vestido con su traje de gala y un Montecristi ligeramente ladeado sobre la cabeza; a primera vista sería difícil discernir si se trata de Scopoulos el griego o del mismísimo Humphrey Bogart en la Reina de África; creo que en esa película no lució ningún sombrero de Panamá de su colección, pero se dice que los utilizaba entre toma y toma (de güisqui escocés).

No le marcha a la zaga nuestro Paquete Postal Económico, con la pinta que lleva parece un elegante telegrama antiguo, de aquellos de tinta azul.

— Mírale mi niño, va más guapo que un San Luis — comenta satisfecho el lobo de mar.

— Por favor, capitán, que me da vergüenza.

— Más vergüenza debería darte ir con esas zapatillas.

— Me las ha prestado un garabitas, son para correr, porque los zapatos son bastante incómodos y me vienen grandes.

— ¡Bueno, va! Que parece que vayas de comunión, estás hecho un brazo de mar.

En tales condiciones, con la marinería en estado de revista, el barco se dispone a iniciar la canalizada travesía del istmo de Panamá; se cobra según las dimensiones y el desplazamiento del buque; el récord por abajo lo tiene el nadador norteamericano Richard Halliburton quien en 1926 pagó 0,36 dólares por atravesar el canal a nado, seguramente fuese bastante delgado; todo lo contrario que el barco «Radiance of the Seas» que llegó a pagar 202.000 dólares por la misma travesía.

— Centro de Atención Internacional al Cliente de Correos, le atiende Jacinto.

— ¿Cómo que Jacinto? ¿Dónde está Jacinta?

— A Jacinta le ha tocado la lotería y se ha marchado con el gordo sin rumbo fijo.

— ¡S.O.S.! Señor Jacinto, quería decirle que esto de cruzar el canal es muy caro.

— Oiga, sin faltar, aquí el único raro será usted.

— No me ha entendido, que hay que pagar mucho dinero para poder cruzarlo, esto es más caro que una línea ADSL.

— Pues suelten lastre y aligeramos un poco el coste.

Por fin, tras una lenta travesía de ocho o nueve horas, «El Pronador de los Mares» alcanza la costa del océano Atlántico entre los vítores de su enfervorizada tripulación.

Para celebrarlo, el capitán pone la radio de a bordo, a falta de cava cualquier cosa nos sirve, y de inmediato la potente voz de Manolo Escobar se apodera del espacio aéreo circundante.

La figura de la canción ha prosperado desde su encuentro con nosotros en el Mediterráneo y ahora vende discos a porrillo, como este del sombrero cordobés que no es de Panamá, ni siquiera de Montecristi o Jipijapa, pero ya se sabe que los sombreros son de donde quieren que para eso hay libertad de expresión.

«Cinta negra, pelo negro,
como el de aquella morena
que con echares y celos,
dejó sin sangre mis venas.

En tus alas hay temblores
de mocitas y bordones,
que lloran penas de amores,

que lloran penas de amores
bajo la luz de la luna.

Ay, bajo la luz de la luna.
Sombrero, ay mi sombrero,
eres de gracia un tesoro,
y tienes rumbo torero
cuando te llevo a los toros.

Te quiero porque en tus alas,
sombrero de mi querer,
conservas bordao con gracia
el beso de una mujer».

Terminada la canción llega la hora de «confesarse» en la taquilla del Canal.

— ¿Cuánto es la carrera?

— Cuarenta mil doscientos euros.

— Pues solo llevo un billete de cincuenta mil, ¿tiene cambio?

— No, pregunte en ese bar de la esquina a ver si tienen porque me ha pillado fatal de cambio, señor cliente.

— Entonces pagaré con tarjeta, pero deme un recibo, por favor, es que la travesía corre por cuenta de la empresa.

— ¿Y qué ponemos, menú del día o material de trabajo?

Finalizada la travesía del Canal, el capitán recoge un bonito certificado que lo demuestra y una vez enmarcado y colgado de la pared, le recordará mientras viva el acontecimiento si no lo traspapela antes. Algo que, siendo de condición olvidadiza, será lo más probable.

«*Panamá, 25 de julio de 2003.*

La Autoridad del Canal de Panamá informa que hoy, viernes 25 de julio, transitó por esta vía el buque español "El Pronador de los Mares" con un cargamento de elegantes paquetes postales económicos sin valor reconocido, perteneciente a la flota de la Sociedad Estatal de Correos y Telégrafos, S.A.

Para realizar este tránsito, la nave cumplió con todas las inspecciones previas y todos los requerimientos de seguridad exigidos por la ACP para autorizar la navegación en el Canal.

La travesía se dio en el marco de un operativo especial de seguridad, en el cual tomaron parte todos los estamentos correspondientes del Estado.

"El Pronador de los Mares" completó su tránsito norte-sur sin novedad.

Y es en este punto donde dejamos momentáneamente varado al buque insignia de Correos en busca de su destino en alguna parte; todos estamos felices y contentos por haber conseguido llegar hasta aquí sin novedades reseñables, aunque para ello hayamos tenido que tomar un atajo alucinante.

Vigésimo sexto día

Dejamos atrás las acanaladas estrecheces de Panamá para desembarcar en el mar Caribe, con toda la emoción y salsa que sea posible; tras una discreta insinuación del capitán nos asomamos para saludar sombrero en mano al panameño del foro Daniel Alveo Young (DAY), quién responde tímidamente sin entender por qué lo saludan aquellos marinos con pinta de paquetes (postales).

DAY nos contempla curioso desde la orilla sin dar crédito a lo que ven sus ojos: montones de paquetes postales, vestidos con la inconfundible equipación del Gran Grupo Garabitas, lo saludan agitando en alto y en su honor bellos sombreros de Panamá, bueno de Montecristi y Jipijapa, desde un barco zarrapastroso que no le suena de nada (al menos eso pensábamos hasta esta noche); en ese momento el capitán griego anuncia por megafonía, entre la general algarabía, que nuestro próximo destino será la bonita ciudad de Miami.

— Adiós, Daniel Alveo Young —corean los paquetes.

— Hasta la vista, compañeros —se despide emocionado el forista, mientras se dispone a continuar el interrumpido entrenamiento de hoy.

La semana pasada una parte de la ciudad floridana estuvo de luto por la muerte de Celia Cruz; la reina de la salsa falleció en su casa de Nueva Jersey y recibió un

gran homenaje de despedida en el *downtown* antes de ser trasladado su cuerpo al cementerio de Woodlawn en el Bronx.

En «El Pronador de los Mares» se honra la memoria de esta mujer haciendo sonar varias veces la sirena del barco, acompañada por el rítmico tañido de la campana de órdenes; especialmente el capitán Scopoulos que en el fondo es un sentimental y siempre le gustó escuchar aquello del «¡asúcar!» tan típico de la sonera.

Cruzamos sigilosos para no llamar la atención entre las islas del archipiélago cubano y los estados costeros del Golfo de México como Costa Rica, Nicaragua, El Salvador, Honduras y México; se podría hablar largo y tendido de estos países, pero tenemos que dejarlo para ocasión venidera cuando los vientos nos sean propicios y tengamos menos prisa que hoy.

Llegando a las costas de Florida reaparecen las regatas, se ve que en todos los mares cuecen habas así que no nos extraña nada que aquí también se celebren; en estas latitudes se les llama balseros porque aquí llaman balsas a las pateras, matices a veces extravagantes de un mismo idioma; también son más exóticas que las mediterráneas y las que intentan llegar a las Islas Canarias; ayer mismo no podíamos creer al vigía cuando nos aseguraba haber visto a lo lejos una vieja camioneta de color rojo flotando orgullosa en dirección a los cayos.

Mientras nos acercamos a nuestro nuevo destino naval, la paquetería dedica unos minutos de esparcimiento a la pesca deportiva; nuestro paquete se ama-

rra a la silla de popa y al momento empieza a notar las fuertes sacudidas de la primera pieza capturada.

— Sin dudarlo un momento creo que debe ser un tiburón tictac —explica CP04976710ES.

— Imposible, no existe la especie del tiburón reloj — le responde su vecino de silla mirándolo de soslayo con cara de sorpresa.

— Pues mira que buena pinta tiene, parece un Timex Ironman de 8 laps.

— A ver, a ver, parece que pone algo.... sí, tiene una inscripción que reza: «Este reloj pertenece a Ostrich».

— ¿No será de «Ostrich», el forista?

— El mismo que viste y calza.

Al intentar retirarle el anzuelo, el cronómetro vuelve a caer al agua; por efecto de la gravedad submarina, o quizá porque no flota, se hunde deprisa en el fondo arenoso para reposar allí per *secula seculorum* o hasta que alguien lo encuentre de nuevo.

Sin más incidencias entramos en el puerto de Miami, atracamos junto a una blanca y luminosa mansión entre palmeras al borde del mar; al momento nos corta el paso lo que parece ser personal de altísima seguridad.

— ¡Eh, oiga! Vaya dando marcha atrás y largo porque aquí no se puede atracar.

— ¡Pero si esta plaza de *barking* está libre! — protesta airado el heleno bigotudo.

— Si, pero resulta que es de uso privado, mi almirante, así que largo de aquí.

En ese momento reconocemos una voz que, procedente del muelle, llama la atención de todos los presentes y hace enfundar los misiles tierra -mar a la guardia costera que ya nos tenía prácticamente cercados.

— ¡Hey! —dice la voz, y repite—, ¡Hey!

— No se preocupe don Julio, aquí estos balseros españoles que querían atracar en su plaza, pero ahora mismo los echamos con viento fresco.

— Siempre hay por qué vivir, por quién luchar.

— Entonces que hacemos, ¿los dejamos estar o disparamos a dar?

— Al final las obras quedan, las gentes se van. Otros que vienen las continuarán... ¡La vida sigue igual!

— Vale jefe, (este hombre cada día está más raro), entonces los dejaremos atracar.

Viendo la bandera española ondear al viento, roja y oro bajo el sol, en la popa de «El Pronador de los Mares», a don Julio le sobrevienen gratos recuerdos de su lejana infancia en la patria chica, aceptando que el barco pernocte de momento en su embarcadero y se dispone a dar una serenata a la luz de la Luna (cuando salga porque aún es de día).

— *¡Un canto a Galicia, hey!*

— Verá usted, es que procedemos de Madrid —le indica Scopoulos—, en España no somos todos gallegos.

— *Terra do meu pai* —continúa el cantante.

— Mira que si le entra la morriña y se pone a cantarnos el elepé entero —comenta entre atónito y preocupado CP04976710ES.

— *¡Un canto a Galicia, hey! Miña terra nai.*

— Bueno, dejémosle tranquilo que acabe la canción y luego ya veremos lo que hacemos.

— *Teño morriña, hey! Teño saudade, porque estou lonxe de eses teus lares.*

Terminada la serenata de bienvenida, en lugar de firmar autógrafos y repartir fotos con sus blancos dientes destacando sobre la reluciente piel morena, se interesa por el motivo de su viaje a estas pantanosas tierras americanas; al oír aquello del paquete itinerante en tránsito hacia la península de Paraguaná le ocurre como a todo el mundo.

— ¿Para… qué?

— Para fomentar la amistad.

— *Soy de aquellos que sueñan con la libertad, capitán de un velero que no tiene mar, soy de aquellos que viven buscando un lugar, soy Quijote de un tiempo que no tiene edad.*

— Verá usted don Iglesias, es que este que aquí ve es un barco postal en misión de entrega de paquetería variada en tierra venezolana y no estamos para festivales.

—*Soñadores de España… caminad, caminad con pinceles, con poemas o cantando a las estrellas, soña-*

dores de España... caminad, caminad, con guitarras bien despiertas inundad de amor la tierra...

Don Julio los invita a la fiesta privadísima que dará mañana en su casa miamense. Mientras tanto nos deleita con una selección de sus *greatest hits* en varios idiomas hasta que, poco a poco y uno tras otro, vamos cayendo dormidos (es que ya ha salido la Luna y no podemos más, han sido tantas emociones).

«Eras niña de largos silencios
y ya me querías bien,
tu mirada buscaba la mía
jugabas a ser mujer.

Si pa' hacer lo que me gusta
He cruzado las fronteras
He dejado en el camino
Las huellas para mi vuelta»

¿Acaso estará pensando nuestro máximo *international singer* volverse con nosotros a la añorada Madre Patria, como inocentemente se decía antiguamente, ahora este país?

¡Hey!

Vigésimo séptimo día

Aquí, como en muchas partes del mundo, con la salida del astro rey empiezan a llegar los calores; para no variar hoy también tendremos un elevado grado de humedad relativa, como corresponde a los mares por los que navegamos, en la misma latitud que el desierto del Sahara; los sombreros de Panamá no nos ofrecerán protección suficiente como para resistir a pleno sol en cubierta, así que los tiramos enérgicamente por la borda como si fuesen *frisbees* y enseguida se los llevaron puestos unos juguetones delfines que pasaban por allí.

Enseñando sus afilados colmillos bajo la comisura de los rojos labios de perra de presa, la guardia privada del cantante nos despierta para anunciarnos a voces las últimas noticias de la mañana.

— ¡Vamos, vamos, arriba, hijos del cuerpo! —grita a voces la moza artillada.

— ¡Qué sueño tengo! ¿Podría usted decirme qué hora es, buena mujer? —le pregunta entre dos enormes bostezos CP04976710ES.

— La hora de marcharse lejos, pimpollo, la fiesta ha terminado y ahora mismo os iréis por donde habéis venido —remata la uniformada guerrera.

— Pero... ¡si ni siquiera ha empezado! Además, don Yulio nos ha invitado.

— Eso fue ayer, estampilla de diez centavos, anoche el jefazo debía estar afectado por la morriña pero hoy vuelve a ser el de siempre; escuchen el mensaje que les ha dejado grabado.

Dicho y hecho, la pretoriana patrullera anti balseros que cuida con fiereza sin igual al eclesiástico músico español, pone en marcha un radiocasete que lleva oculto bajo sus robusto bíceps de triceratops para que nos vayamos enterando de lo que vale un peine; mientras lo hace, un punto perverso, como de asesina a sueldo base más complemento por objetivos, se le escapa de sus ojos color azabache de seguro origen jurásico.

«Confieso que a veces soy cuerdo y a veces loco,
y amo así la vida y tomo de todo un poco.
Me gustan las mujeres, me gusta el vino,
y si tengo que olvidarlas, bebo y olvido.
Y es que yo, amo la vida y amo el amor.
Soy un truhan, soy un señor,
algo bohemio y soñador…»

— Beber no sé si habrá bebido tanto como parece, pero para mí que ha olvidado la invitación que nos hizo anoche —se lamenta Scopoulos.

— A mí con esas no me vengas —rebuzna la mula parda, yo solo cumplo las órdenes de mi patrón.

— Muy bien, señores, nos largamos con viento cálido, ya me gustaría que fuese fresco —indica el oficial griego a su tripulación brazo en alto y girando la mano, con su inconfundible estilo de jefe de caravana del Oeste.

— A la de tres en punto empezamos el concurso de tiro —finaliza la discusión doña Gatillo Fácil—, así que arreando que es gerundio.

— ¡*Yasou kalimera! ¡Efharisto*, estricta gobernanta! —se despide en griego cortésmente por si acaso el patrón de la vigilante acorazada, la educación debe ser lo último que se pierda antes de que te vuelen los sesos.

Llevado de forma obligada a un punto en el que hay que decidir por donde escapar, el capitán hace gala de nuevo de su innata capacidad de decisión en momentos difíciles, aprendida durante su lejana etapa de formación náutica, ordenando levar anclas.

— Antes de marcharnos hacia ninguna parte visitaremos Miami Beach que me han dicho que merece la pena verla, aunque sea desde el mar.

— ¡Viva Scopoulos! —gritan entusiasmados los, a pesar de todo, resistentes productos postales quienes, tras pasar un largo período de tiempo sin poner pie en tierra firme, necesitan desesperadamente pisarla, aunque sea arenosa.

— De bajar a tierra ni pensarlo, bellacos marinos, veremos la playa desde una privilegiada posición a bordo de este coqueto barquito.

Desde su puesto de mando en el buque, nuestro otrora amable y hoy contrariado capitán establece turnos de observación para ver la famosa playa desde «El Pronador de los Mares», prestando a la tripulación su mejor catalejo Feber; pero, justo antes de empezar las rondas «voyeuristas», se recibe otra llamada telefónica.

— Aló, ¿capitán Scopoulos?

— El mismo —contesta muy serio el marino.

— Aquí Jacinta, del International Customer Care.

— ¿Jacinta? ¿La misma Jacinta de siempre?

— Efectivamente, me acaban de trasladar a la centralita de Miami a petición propia.

— ¿Está usted en Miami? Pero... si justo ahora mismo nosotros navegamos frente a la costa.

— Los estoy viendo desde mi ático de lujo asiático en la torre Brickell; haga el favor de llevar el barco cuanto antes a un lavadero automático porque lo tiene hecho unos zorros y, aunque a veces no lo parezca, representamos a la institución postal española por excelencia.

— A sus órdenes, mi Jacinta, siempre a sus pies.

Tras saludar agitando la palma de la mano hacia el infinito, sabiendo que en alguna parte de la *city* estaría Jacinta observando, nuestro intrépido capitán enfila la proa hacia el primer lavadero público *Open 24 hours*, aprovechando que a estas horas hay poca clientela.

— *Good morning, sire!*

— Quiero una ficha de lavado tipo A que incluya encerado final, ¿6 dólares? ¡Pues acaba usted de fundirme el exiguo presupuesto!

— A ver *captain*, haga el plis de cerrar bien todas las ventanillas, bajar las antenas y plegar los retrovisores —le aconseja el encargado—, la compañía no se hace

cargo de los desperfectos que pueda causar la maquinaria al barco.

— Ok, pero límpielo también por dentro.

— Por este precio solo vaciamos ceniceros y sacudimos un poco las alfombrillas.

— De acuerdo, pueden empezar.

— Ponga el barco sobre la guía, deténgase ante la señal de Stop, quite el freno de mano y mantenga el contacto puesto, *¡go, go, go!*

Diez minutos más tarde tenemos a nuestro flamante barquito más que limpio, relimpio, pasando a ser, si acaso momentáneamente, la envidia del resto de la flota transoceánica de Correos.

— ¿Qué, barco nuevo? —le preguntarían con sorna sus colegas de profesión si pudiesen verlo.

— No, ¡Rally! —respondería, no sin un punto de indisimulada vanidad Scopoulos.

Consciente el acicalado capitán de que el viaje cada vez está más cerca de terminarse, decide ir preparando un discurso lleno de emoción para no tener que improvisarlo a última hora, cuando llegue el momento de la entrega definitiva en Punto Fijo.

«Señores Paquetes, llegado el momento de iniciar la aproximación final a nuestro destino, quisiera decirles lo orgulloso que me siento de su comportamiento; en todo momento han sabido bregar con las duras faenas marineras y para mí todos ustedes son iguales...»

— No, no, creo que me está quedando un poco serio y discriminatorio, veamos si cambiando un poco el tono general la cosa mejora algo.

«Paquetas y Paquetes, estamos a punto de alcanzar el objetivo principal de nuestro viaje, hoy por fin podremos hacer entrega de nuestro querido y pequeño paquete CP04976710ES a su legítima dueña, la forista venezolan…».

— Pssh, ¡Capi, mi capitán! —reclama soterradamente su atención CP04976710ES.

— ¿Quién osa interrumpir mi merecido descanso? —brama enfurecido Scopoulos por cortarle la inspiración.

— Soy yo, CP04976710ES, pero a estas alturas puede llamarme ce pe cero cuatro nueve siete seis siete uno cero es porque ya vamos teniendo confianza.

— ¿Qué quieres pequeñín, no ves que estoy escribiendo mi elaborado discurso de tu entrega?

— Si, pero es que no ha desconectado los altavoces y tiene a todo el estado de Florida pendiente de nosotros, si al menos no pensara en voz alta…

— ¡Rayos y truenos! —responde el capitán, reconvertido por un momento en un Haddock cualquiera mientras desconecta la parafernalia multimedia.

— Además, no me puede usted entregar por segunda vez porque ya me entregó en su día la señora Directora General, doña Lola Filatelia.

— Pero entonces, ¿todos estos días de viaje por el Pacífico, el canal de Panamá, el mismo Miami con Julito y su temible guardia de corps, la jornada triangular de mañana... todo será un sueño?

— Efectivamente Scopoulos, usted quedó muy afectado cuando la señora Directora General en persona vino en helicóptero para recogerme y desde entonces parece usted don Alonso Quijano, pensando únicamente en estas historias; de seguir así, vuecencia caerá enfermo de melancolía.

— Calla, Sancho, pardiez.

Por fin, rendido por el agotamiento de los últimos días, cae el capitán en los brazos de Morfeo; antes de dormirse ha dejado grabadas las instrucciones para la próxima singladura en el ordenador de viaje, pero ha vuelto a cometer otro error de cálculo que podría dar al traste con todo, si alguien no lo remedia antes, el barco se está dirigiendo directamente hacia el temible triángulo de las Bermudas.

Sobre el área que marcan sus tres hipotéticos vértices, Cayo Hueso, las islas Bermudas y Puerto Rico, han venido desapareciendo durante los últimos siglos todo tipo de naves, un misterio que nadie ha podido resolver hasta nuestros días y que incluso hoy permanece sin solución.

Ajeno a todos los peligros que lo acechan y a falta de una mano firme y segura que gobierne el timón, «El Pronador de los Mares» se dirige sin remedio hacia el enigmático polígono de tres lados.

A bordo, un grupo de valientes e inexpertos paquetes postales al mando de un excéntrico capitán heleno que, afectado psicológicamente por los delirios que le provocan sus fantasías postales y acobardado por los múltiples errores de navegación, ha dejado en manos del azar el futuro de la misión.

«El Pronador de los Mares», y con él todos nosotros, navega desconociendo por completo que le deparará su incierto destino.

Lo sabremos en el siguiente capítulo, permanezcan atentos a la pantalla.

Vigésimo octavo día

Aún es pronto para lanzar las campanas al vuelo, resta por recorrer un trecho importante hasta que el resplandeciente barco alcance las venezolanas costas de la península de Paraguaná o de la amistad, no sé si ya lo habíamos dicho antes.

— ¿Para… qué?

Lo que sí debemos dejar claro es que el famoso triángulo de las Bermudas no es para tanto; no se ha dignado colaborar, siquiera con fenómenos extraños, paranormales o algo así, con la misión de investigación científica que nos ocupa, ni está por la labor de mostrarnos sus supuestamente poderosos y ocultos secretos; y eso que llevamos varios días navegando sin fin en círculos concéntricos, envueltos por una bruma negra acompañada de rayos y truenos que no nos permite ver más allá de nuestras narices y desconocemos por completo nuestra actual posición geográfica.

La desconocemos porque de repente han dejado de funcionar los elementos de control y pilotaje de la nave; hace muchas horas que el GPS no da indicaciones fiables y una parte importante de la paquetería ha desaparecido misteriosamente sin avisar ni dejar rastro, pero el poder triangular de las Bermudas no ha aparecido todavía; tanto rollo mediático para esto, seguro que es un cuento chino para asustar a viejecitos.

Como remate de la aburrida situación, los motores auxiliares se han puesto en huelga de bielas caídas; los principales llevan tres días con este sin dar señales de vida, así como las agujas de todos los relojes y aparatos de precisión a bordo, que dan alocadas vueltas en sentido contrario al que corresponde en este hemisferio como si fuera la cabeza de la niña del exorcista.

Mucho hablar, mucho *prime time* en televisión, costosas películas de Hollywood y mucha tontería, pero a bordo de «El Pronador de los Mares» seguimos sin noticias del misterioso y oceánico triángulo, ¡menudo timo!

Aprovechando el caos formado, pequeños grupos de corredores garabiteros recorren la cubierta sin descanso como pollos sin cabeza y sudando como tales.

— Lo veis chiquitines, todo era un cuento chino, una invención de las cadenas de televisión para mejorar su cada vez menos catódico share —afirma el capitán, bañado en un charco de sudor.

— ¿Cuento chino? ¿Entonces cómo explicaría que no funcione nada? —le responde bastante indignado y malhumorado CP04976710ES.

— ¡No funciona nada, no funciona, no...! —se incorpora de su litera sobresaltado el capitán, dándose un doloroso coscorrón con el somier de la cama superior.

— Tranquilo Scopoulos, han debido ser las mismas fiebres sicóticas que le atacaron en Antofagasta.

— ¿Has visto a esos alegres corredores? Iban haciéndose fotos, cantando y entonando recetas...

— Claro, claro que los he visto, mi capitán (este hombre está peor que nunca) —se apiada del pobre oficial la versión abnegado enfermero de nuestro paquete postal.

Repuesto de su mal sueño, el capitán comprueba con tranquilidad que «El Pronador de los Mares», si bien algo deteriorado por unas extrañas tormentas y apenas sin tripulación ni carga, sigue el rumbo correcto hacia Punto Fijo; de seguir así en pocas horas llegaremos al golfo de Venezuela, final de nuestro viaje.

Hace ya varios días que no sabemos nada del paquete, por lo que me planteo una nueva llamada de reconocimiento a la central madrileña de datos.

— Buenas tardes, le atiende la posición diecisiete del dial.

— Hola, buenos días

— ¿En qué quedamos, buenos días o buenas tardes?

— Por mí lo que usted prefiera, pero lo explica perfectamente nuestra diferencia horaria.

— A ver, dígame su DNI, la matrícula del barco y el número de póliza.

— No, si no llamo para dar un parte, lo único que quiero saber es dónde está mi paquete.

— ¡DNI, matrícula y número de póliza! No perdamos el tiempo caballero porque esto es una conferencia; si no lo sabe, dígame al menos el color del barco.

— De acuerdo, le daré el PIN: CP04976710ES, pero me consta que no puede estar registrado en su ordenador, amable interlocutora, porque no tiene *tracking*.

— Proyecto fallido de caballero, una matrícula moderna y adaptada a Europa que se precie tiene 4 números y 3 letras.

— Señorita, le estoy hablando de un paquete.

— ¿Paquete? Aquí el único paquete que hay eres tú, impertinente troglodita.

— Verá señorita, es que mi paquete…

— Un momento, te voy a pasar con la supervisora a ver si con ella eres igual de vacilón.

El cambio de operadora no parece que vaya a mejorar mucho mi infatigable y abnegada labor de investigación; a estas alturas no es cuestión de enfadarse, todo sea por mejorar las relaciones interpersonales, aunque lo que me pide el cuerpo es mandarlas a la porra, es decir a las operadoras; menudo viajecito me están dando.

— Hola, le atiende la supervisora jefa, pero puede llamarme Deborah.

— Pues que mi paquete salió hace un par de meses de Madrid y todavía no sé si ha llegado a su destino.

— ¿Paquete, se ha creído usted que esto es Correos?

— Pues que conste que yo he marcado el número de teléfono de Correos.

— A ti sí que te voy a marcar yo… pero de cerca.

— Ya veo que usted es una «devora»... clientes.

En vista de que no hay manera de saber dónde está el paquete ni que insufribles padecimientos estará soportando, probaremos a intentar seguir de primera mano los hechos aprovechando que me pilláis cómodamente sentado, conectado y escribiendo esta historia.

El rumboso capitán ha ordenado preparar una gran fiesta a bordo para celebrar la entrega del paquete, ¡ni que fuera la entrega de los Óscar! Aunque no andamos mal encaminados, porque precisamente un Óscar entregará el paquete a nuestra forista de ultramar.

A la vista tenemos ya el Golfo de Venezuela, momento de engalanar nuestro barco con banderitas y bombillas de colores; enfrentada con la proa vemos la isla de Aruba en primer término, si no se quita de en medio no respondo...

Tras ella adivinamos las de Curacao, Bonaire, Las Aves, Los Roques, La Orchila, La Tortuga, Blanquilla y La Asunción con su puerto de Juangriego, ¿sería algún antepasado de nuestro Scopoulos?

Por hacer algo de tiempo y terminar los preparativos festivos, el capitán decide, hay que ver cómo está hoy el griego de generoso, concedernos una amplia visita turística por la costa del Golfo y de esa forma recorremos Castilletes, Paraguaipoa, Sinamaica, San Rafael, saludamos de lejos a Maracaibo, Altagracia y enfilamos hacia Punto Fijo bordeando el golfo por Casigua y Capatárida, antes de dirigirnos derechitos hacia el

destino final de este largo viaje: la base naval de Punto Fijo.

A nuestro encuentro se aproxima una moderna y reluciente fragata de la Armada Venezolana para escoltarnos protocolariamente en las últimas millas de acercamiento a Punto Fijo; nos reciben con salvas de cañón mientras la tripulación libre de servicio agita alegremente sus lepantos bajo el hermoso cielo azul venezolano.

Llegamos a puerto dónde todo está dispuesto para la fiesta de entrega; los músicos de moda, los Caracas Brillo`s Boys, entonan su canción…

«La Marina tiene un barco
la Aviación tiene un avión
los cadetes tienen sables
y la guardia su cañón»

Empieza la fiesta, los marinos bolivarianos visten el uniforme de gala para la ocasión como ordena el reglamento; los paquetes supervivientes han sido lavados y peinados porque estaban hechos unos zorros tras la frustrada experiencia triangular; el capitán parece ahora un almirante ataviado con su mejor traje de marino mercante y a su lado, sobre una pequeña mesa engalanada bajo la campana de órdenes, nuestro entrañable Paquete Postal Económico, CP04976710ES en perfecto estado de revista.

Se ha tatuado un número sobre el torso como hacen los marinos desde tiempos inmemoriales; parece que el guarismo elegido es 3450, mi editor fotográfico no es demasiado bueno y, por más vueltas que le he dado,

no consigo saber que significa ni por qué se lo habrá tatuado, pero a estas alturas del viaje, a punto de dar por terminada la odisea, no puedo reprocharle nada, tras superar esta aventura se ha ganado el derecho a tatuarse lo que quiera.

Bajo su envoltorio de papel color marrón, trenzado de hilo para ser más resistente, nuestro paquete ha demostrado ser fuerte y decidido; ha navegado por los siete mares, recalado en tres continentes, cruzado el estrecho de Gibraltar, el cabo de Hornos, el canal de Panamá y ha luchado a brazo partido contra la mala fama del triángulo de las Bermudas antes de llegar a su destino.

Ha resistido tempestades, calmas chichas, visitado algunas de las islas más emblemáticas de este planeta azul que llamamos Tierra y está a punto de lograr su objetivo: entregar los doce primeros ejemplares de la *Runner´s World Spanish Edition* a su nueva propietaria, una maestra venezolana de nombre Maygualida.

Suena de nuevo la música; como por arte de magia, sobre la cubierta aparecen algunos de los protagonistas de esta historia de amistad hispano-venezolana.

Allí están formando corro la sin par Jacinta y sus suplentes Mari Puri y Jacinto, conversando en animada tertulia con la Directora General del ente estatal, doña Lola Filatelia; chicos, aprovechad para pedirle una mejora de las condiciones laborales que hoy está contenta por haber conseguido entregar a tiempo el envío, manteniendo a salvo la honra postal de Correos.

Sobre la popa, un grupo de murcianos llegados para la ocasión expresamente desde la «güerta»: distinguimos a Manuel Lara Serrano «Pechicos», Ernesto «Titolo», Pablo Ballesta, Fran Bali, Garban y a su zagal. Han traído vino de la tierra que ofrecen a los presentes en un improvisado concurso de catas que seguro acabarán ganando por goleada.

La Armada Venezolana ha invitado al almirante William quién departe animadamente de fútbol con René du le Scopiere, aunque sin llegar a ponerse de acuerdo sobre qué tipo de fútbol le gusta a cada uno.

Sobre la proa, dando la espalda al mar y observando con sereno aplomo el alegre aspecto de la nave, podemos ver al grumete Cinco Estrellas que no le quita ojo (que no se le ocurra hacerlo porque a la pobrecilla solo le queda uno) a su bella compañera Michelle de La Fontaine quién, cojeando levemente sobre una nueva y reluciente pata de fibra de carbono regalo de su galán, explica a los miembros del Gran Grupo Garabitas que ella también ha corrido maratones en cuatro horas y pico.

En el fondo, Cinco Estrellas solo tiene ojos para su admirada pirata y le dedica su frase favorita a la menor ocasión «Uno no llega a uno, dos son dos y medio». Su perro, «le chien» Bordo, se ha pasado a la fragata militar y en este momento está siendo perseguido por la marinería de servicio debido a su indómita costumbre de levantar la pata en cualquier sitio; va a terminar por oxidar los cañones del buque si sigue mojándolos de esa forma y todavía están sin estrenar.

Sobre el puente de mando se yergue la esbelta figura de la flor y nata de la historia naval: el capitán Scopoulos, alma mater y anfitrión de la recepción, comenta las incidencias del viaje con herr Louis Van der Skop, recién llegado de Valladolid con sus retoños Van der Nicolás y Van der Martín que zipizapean sin tregua bajo la atenta mirada de mamá Teresa.

Hace un alto en el camino antes de iniciar su próxima aventura en tierras de la Marina Alta, concretamente en Hemeroscopeion, a mediados del mes de agosto, ya que quiere participar en la próxima Puxada al Castell organizada por el mago Pepo.

Junto a ellos, utilizando los servicios de traducción simultánea de Carmencita Scopovna, el capitán retirado Arvidas Dislálicus no comprende a que viene tanto alboroto si tan solo se trata de un acto laboral; hay que comprenderlo porque han sido muchos años siguiendo los anticuados criterios comerciales soviéticos y le llevará tiempo acostumbrarse al libre mercado.

Sobre una pulida tarima construida al efecto, la orquesta desgrana, una tras otra, las mil melodías que harán inolvidable esta velada bajo la luz de las estrellas. Acompañados por la orquesta actuarán como artistas invitados Manolo Escobar y el dúo catalán formado por los hermanos Estopa.

Tomando nota de todo, como buen periodista, el único que se pone verde, recién llegado de la Argentina donde ha finalizado un curso de especialización, vemos a don Miguel Pirracas (sus amigos lo llaman Pi) que a buen seguro venderá la exclusiva a algún semanario socialista de Rivas Vaciamadrid.

A babor, es decir a la izquierda mirando de popa a proa, vemos al portugués Escopetao; está seriamente preocupado por los incendios forestales que asolan este ardiente verano su tierra natal, pero en animada charla con el agente auxiliar de aduanas y con el grupo de alemanes que, al mando de Scopenhauer, han estado pedaleando desde el cabo de San Antonio en Denia siguiendo nuestro rumbo, sin perder nunca la estela del vapor.

A estribor, es decir a la izquierda mirando de proa a popa, el conjunto de los miembros del Gran Grupo Garabitas con su docto pediatra Paco Gilo al frente, preparando un nuevo publirreportaje; esta vez no necesitan de fiebres capitanas para salir a relucir en la historia; con ellos se encuentra Víctor Truyol, recién llegado de Menorca, invitado personalmente por el guionista del viaje, o sea yo mismo, ya que «El Pronador de los Mares» no recaló en su momento en el puerto de Mahón con lo que les hubiera gustado a ambos. Cosas de las prisas postales y del desconocimiento de una navegación sostenible.

Los garabitas, fieles a la secular tradición que los caracteriza, lo están invitando para que se acerque cuando quiera a la Casa de Campo y hacerse juntos una Tapia, un Bosque o un Caño Gordo, cualquier domingo a las 8:30 AM, haga frío o calor, llueva o truene, para después desayunar juntos lo que se tercie.

Para no perder la costumbre, sobre una reluciente patera amarrada a la popa de «El Pronador de los Mares», encontramos a Scopelele Mustafá brindando con cava sin alcohol con Ahmed Sidi Ben Escoped.

Con su sombrero de Panamá en ristre, el forista Daniel Alveo Young intenta vencer la innata timidez de San Borondón para que se deje ver más a menudo. Tras ellos, agarraditos por los resguardos, vemos a la feliz pareja formada en el transcurso del viaje, Paquiño Paqueteiro y doña Carta con Acuse de Recibo de Paqueteiro; Paquiño está empeñado en preparar una buena queimada gallega con la que finalizar los actos del día, ya veremos si lo dejamos porque estas cosas sabemos cómo empiezan, pero no como terminan.

De repente se atenúan hasta casi apagarse las luces, la música cesa y sobre las cabezas de los presentes se escucha la emocionada voz del capitán Scopoulos dispuesto a soltarnos un discurso.

«Señoras y señores, tenía preparado un encendido discurso para la ocasión, pero ya solo tengo ojos para la queimada que quiere preparar nuestro camarada Paqueteiro, así que seré breve porque la queimada fría pierde enteros y no sabe igual que recién hecha.

Tras recorrer medio mundo para traer hasta Punto Fijo, en la península de la amistad, la península de Paraguaná, un año de revistas deportivas, ha llegado el momento de hacer entrega de estas a nuestro nuevo amigo aquí presente, don Óscar, comisionado por su señora doña Maygualida Torres para recogerlas en el marco incomparable de esta espléndida fiesta».

— ¡Épale, don Óscar! Sin más demora te hacemos entrega de los primeros doce ejemplares de la revista *Runner's World* en castellano y que simbolizan la internacionalidad del foro.

— Gracias, mi capitán, sin falta se las entregaré a doña May a primera hora de la mañana.

Tras estas sentidas palabras de agradecimiento, explota en el cielo el mejor castillo de fuegos artificiales de la historia del foro y bajo su deslumbrante luz multicolor y atronadores estampidos se iluminan los alegres rostros de tantos amigos que nos han acompañado desde sus casas en tan difícil travesía, a salvo de los mil y un peligros que por suerte hemos superado.

Una travesía que ha pasado de lo virtual a lo real, una difícil pero no imposible singladura, sobre todo cuando se hace en tan buena compañía.

Con una impresionante y estruendosa mascletá, propia de la misma Valencia en Fallas, vamos a dar por terminado este «viaje a ninguna parte».

Bajo los seguros y protectores brazos de un venezolano, hombre de mar como nosotros, navega tranquilo hacia su nueva morada nuestro pequeño Paquete Postal Económico de código secreto llamado:

CP04976710ES

¡Mucha suerte, valiente compañero! Ha sido un placer navegar contigo hasta Punto Fijo.

¡POR FIN!

Epílogo

Por fin el paquete ha llegado a manos de su destinataria, ha necesitado un mes y pico de turbulento viaje para salvar la distancia que hay entre Madrid y Punto Fijo; lo que en realidad iban a ser unas 3.781 millas náuticas, 7.000 kilómetros al cambio, ha acabado convirtiéndose casi en media vuelta al mundo; si Correos hubiera quedado en el mal lugar que se esperaba, en lugar de empeñarse en entregarlo a tiempo, seguramente hubiéramos podido dar la vuelta completa como hicieron Fernando Magallanes, Juan Sebastián Elcano y los suyos a bordo de la nao Victoria en el siglo XVI con menos medios que nosotros.

La realidad es que durante todo este tiempo el paquete no se ha movido de un almacén postal situado en alguna parte de Madrid, probablemente en el mismo barrio de San Blas donde lo dejé aquél lejano 3 de junio a las 15:58. Esto fue lo que pasó:

— Hola buenas tardes, quiero información acerca de un paquete postal económico que he enviado a Venezuela.

— Dígame, ¿qué desea saber?

— Quiero saber cuánto tiempo van a tardar en entregar a CP04976710ES…

— No hace falta que me diga el código, ese tipo de paquetes no se registran en los sistemas, por lo que no puedo darle ninguna información fiable.

— Entonces, ¿dónde está, cuanto suelen tardar en la entrega? Tenga en cuenta que su destino es Paraguaná.

— ¿Para… qué? Pues mire usted, los paquetes se van agrupando por destino hasta que haya una cantidad suficiente que justifique su envío, en ese momento se meten en un avión y se remiten por vía aérea.

— O sea ¿qué el paquete estará en un almacén hasta que…?

— Efectivamente, señor mío, en este caso lo más probable es que tarde entre 1 y 3 meses, aunque siendo verano puede que llegue antes.

— De 1 a 3 meses… ¡eso es una pasada!

— Bastante normal, no se crea.

A punto estuve de solicitar su devolución y buscar una alternativa más rápida, pero en ese preciso momento se me ocurrió la idea loca de escribir el viaje imaginario del paquete, idea que no se me ha quitado de la cabeza hasta dejar el paquete en Punto Fijo.

Entre aquella decisión y estas líneas me ha dado tiempo a juntar en frases casi cuarenta mil palabras al amparo de un foro de atletismo y hubiera podido escribir otras tantas de haber sido necesario, lo que pasa es que uno tiene una vida que atender y más cosas que hacer, entre ellas trabajar diez o doce horas diarias.

Bueno, con el epílogo anterior no termina la historia, todavía quedan los agradecimientos; después prometo sumergirme en el mar del olvido hasta que aparezca otro tema que me parezca tan interesante y retador como, sin duda, lo ha sido éste.

AGRADECIMIENTOS

En la elaboración de este cuaderno de bitácora han participado voluntaria e involuntariamente algunas personas y entidades a las que desde aquí quisiera agradecer su apoyo (*in*)condicional.

Reconozco que cualquier parecido con la realidad ha sido totalmente intencionado.

Vaya por delante mi agradecimiento a los pacientes administradores de la página elatleta.com por permitirme publicar en el foro la presente historia.

Al excelente y eficiente servicio de Correos de España por su colaboración y paciencia.

A la Marina Mercante de Alcobendas por prestarnos de forma altruista su buque escuela «El Pronador de los Mares» para realizar tan larga como peligrosa travesía por los cibernéticos mares de la red de redes.

A google.com, sin cuya inestimable ayuda y enciclopédicos conocimientos náuticos ni siquiera hubiéramos conseguido enfilar la bocana de salida del primer puerto, Valencia si no lo recuerdo mal.

A Lola por apoyarme y aguantarme estoicamente, a partes iguales, y por implicarse tanto con la historia durante aquél tórrido verano.

A Miguel de la Fuente (el único que se pone verde), padrino de bautizo de «El Pronador de los Mares».

Agradecimiento especial también para Óscar, el marido de Maygualida y para sus hijos Oriana y Orión por el apoyo prestado a esta mujer en su nueva afición por la carrera a pie que tanto gusta y agrada a la forista de Paraguaná.

MENCIÓN ESPECIAL A LOS LECTORES

Sin vosotros, lectores anónimos, tanto si estabais a favor como en contra de la publicación, no hubiera sido posible escribir esta historia; vuestros miles de silenciosas lecturas, que han sido muy sonoras para mí, han funcionado como el combustible que necesitaba el barco para seguir avanzando.

Sin vosotros, queridos lectores con nombre, bastante raros en general por cierto, pero nombres al fin y al cabo, en agradecimiento por vuestro apoyo constante algunos incluso aparecéis como destacados personajes invitados en la trama, la historia no hubiera sido la misma; habéis sido el alma, el viento en popa cuando teníamos calma chicha y el cuarto de máquinas del barco; cuando no tenía la imaginación a mi favor y su ausencia nos inmovilizaba en mitad de la mar océana, conseguíais con vuestros comentarios e interés que se deslizasen veloces mis artrósicos dedos sobre el teclado dejándola volar por libre, sin ataduras.

MIL PERDONES

— Al servicio de Correos y Telégrafos de España que es el mejor servicio de Correos y Telégrafos de España; aquí les ha tocado el papel que les ha tocado por exigencias del guion.

— A los agentes telefónicos del servicio de Atención al Cliente de Correos que seguramente será una subcontrata mal pagada; lo siento si se sienten maltratados en el relato, les digo lo mismo que a sus patrones, han sido las exigencias del guion.

— A las cofradías rocieras del Guadalquivir por tirarlas dos veces seguidas al río; conste como atenuante y sirva como eximente a mi favor, que me vi obligado a hacerlo también por exigencias del guion.

— A la terminología náutica por mi supino desconocimiento de los términos marineros; ha sido un placentero descubrimiento tener que recurrir al argot naval, amplio, complejo y especializado donde los haya.

— A todos los países, personas, profesiones, agrupaciones e instituciones nacionales y extranjeras aludidas que se hayan sentido de alguna forma vapuleadas y maltratadas en el relato, creo que ya he comentado lo de las exigencias del guion.

Cuando terminé de escribir «El pronador de los mares le comenté a un buen amigo valenciano, que había seguido la singladura en el foro, que me gustaría poderlo publicar en forma de libro, por gusto propio, para uso casero, incluso para hacerme asquerosamente rico vendiendo millones de ejemplares que serían traducidos a otros idiomas.

Como contra gustos no hay nada escrito —eso se dice pero no puedo creer que sea cierto— me puso en contacto con una editorial levantina a la que pedí presupuesto; de aceptarlo, aquello me hubiera llevado a la ruina, por lo que me quedé con las ganas esperando mejor ocasión «a ver si me toca la Lotería y me lo puedo permitir».

Pasado un tiempo, varios años, aparecieron en internet novedosos servicios de autoedición y publicación, me interesé por ellos y por fin pude acceder a la publicación del libro, por cuatro perras, por cierto.

Una vez conseguida su publicación, quise enviarle un ejemplar de regalo del libro, firmado por el mismísimo Scopoulos, a Josep1 —que así era conocido Josep Manuel Gimeno Montesa en los foros—, cuyo desarrollo y resultado se cuenta a continuación.

De nuevo envuelto en el trance de enviar un paquete postal, me acerco en autobús a la oficina de Correos de Moratalaz; las cosas han cambiado bastante desde la

última vez que me vi en otra igual, hace ya más de siete años, no solo en las oficinas de Correos sino en el devenir —proceso durante el cual algo llega a ser— del autor, ahora transformado en abuelo virtual a tiempo completo, afectado por un ERE sin corazón que lo había desligado para siempre de su empresa, y llevando una vida de lujo, excesos y placeres terrenales que hasta entonces desconocía por completo pudiera existir.

Al bajar del peligroso transporte público —tener las habilidades técnicas y la fuerza física de un buen trapecista circense es la mejor garantía para llegar sano y salvo a tu parada— el autor suspira; no por la azarosa y gimnástica aventura vivida a bordo del autobús municipal, conducida por un antiguo capitán mercante holandés, hoy reconvertido en conductor municipal a cambio de catorce pagas anuales según convenio, gracias a la última crisis de las navieras, sino porque los recuerdos siempre le remueven las tripas provocándole molestos borborigmos.

Y si no se le remueven por los recuerdos emocionales se le removerán por los movimientos gástricos derivados del opíparo y nutritivo desayuno continental que acaba de meterse entre pecho y espalda antes de salir de excursión, es que llega un momento en la vida en que da igual cuatro que ochenta, lo que uno quiere es disfrutar sin pensar en el que dirán.

Usuario compulsivo de la más moderna tecnología punta del mercado, extrae un móvil chino y barato de pantalla táctil del bolsillo trasero de los vaqueros —con la edad, la elegancia y la pose pasan a un segundo plano los sábados por la mañana— y, analizando el me-

jor encuadre urbano posible, procede a inmortalizar a un simple pero hermoso buzón de correos ubicado delante de la puerta de la oficina postal.

Los buzones se han convertido en otra más de sus debilidades, tiene muchas —numerosas para ser sinceros, como hacer fotos a tapas de alcantarilla y a fuentes públicas— aunque de momento algunas deben seguir siendo inconfesables por aquello del decoro y el buen nombre; en cuanto ve uno lo inmortaliza, un buzón quiero decir; los busca con afán coleccionista en todas las estaciones, ya sea en primavera, verano, otoño o esa otra estación cuyo nombre no recuerdo, ¿Atocha, Norte, Delicias, Chamartín...?

Con exquisito cuidado para no dañarse sus artrósicos dedos, empuja con tanta fuerza la puerta de entrada a la oficina postal que casi la rompe —es decir, la mano— porque se abre tirando hacia fuera y no al revés; nuestro autor sigue confundiendo *Push* con *Pull* y eso que el letrero está traducido al castellano; ¿y qué se encuentra al traspasar el umbral? Pues un dispensador de turnos, con lo bonito que era antes ponerte en la cola y susurrar a voz en grito aquello tan castizo «¿por favor, la última?, o también ¿quién da la vez?».

Tras estudiar las distintas posibilidades que le brinda la administración postal, oprime el botón «Envíos», mientras espera a que el procesador imprima su tique —debe ser un procesador lento porque hay que ver lo que ha tardado—, los recuerdos, esta vez son ellos en persona, le embargan el corazón recordando que la última vez, en mayo de 2003, un hecho similar dio lugar a un viaje larguísimo a ninguna parte.

Con paciencia, restregándose el lloroso lacrimal porque se le ha metido en el ojo algo que lo irrita, espera a que su turno aparezca en el moderno *display* que preside un patio de operaciones lleno de pantallitas; cuando por fin aparece el «A 0041», o sea el suyo, se dirige con paso firme hacia el mostrador luciendo su mejor sonrisa, aprovechando que ahora puede hacerlo tras un invierno de implantes molares que le afeaban su ya de por sí destartalado aspecto, lo que uno se ahorra en publicar un libro se lo deja más tarde en arreglarse la boca.

—¡Ostias! —piensa casi en voz alta por la sorpresa— Juraría que esta señora es Jacinta rediviva.

—Buenos días sonriente y lloroso caballero, ¿qué desea?

El encantador de serpientes le muestra el primoroso paquete que ha preparado a primera hora de la mañana con papel celo y cartones reciclados y pronuncia las palabras mágicas:

— Buenas, verá, yo es que vengo para enviar este paquete a Valencia.

— A Valencia... ¿capital?

— … ¿Cullera?

— No me sea guasón, que si va a Valencia capital o a algún pueblo recóndito de la misma provincia.

— Va al distrito postal 46011.

— ¿Certificado u ordinario?

— Hombre, si quiere le enseño mi DNI, pero no hace falta que me insulte; lo del libro lo exigía el guion, no era nada personal contra usted doña Jacinta.

— ¿Ah, pero conoce usted a Jacinta? Era mi madre que en La Paz descanse.

— ¿Ha fallecido doña Jacinta?, de verdad no sabe cuánto lo siento, le doy mi más sentido pésame.

— No hombre, no, es que la han operado de la vesícula en ese hospital madrileño, se está recuperando bien pero todavía no le han dado el alta.

Azorado nuestro autor por semejante metedura de pata y tremendamente confundido por tantas coincidencias, aprovecha para echar un vistazo al moderno mostrador tras el que vive agazapado el busto parlante de la hija de Jacinta, analizando de paso las grandes diferencias con el pasado porque es un tipo observador.

Gracias a sus dotes de observación, que no al dominio de la lengua nativa de Shakespeare, percibe que ahora los carteles están en *inglish pitinglis* y piden descaradamente el voto para Western Union que debe ser el sindicato de clase de los carteros británicos.

Con esta reciente manía por lo anglosajón decide auto perdonarse por no haber sabido abrir correctamente la puerta de la sucursal y vuelve de nuevo al meollo de la cuestión.

— Entonces pelillos a la mar, ¿podemos enviarlo sin problemas?

— Certificado u ordinario.

— No vuelva usted a la carga señorita, que me conozco…

— Certificado u ordinario, decídase de una vez que no tenemos toda la mañana y hay gente esperando.

— Cierto, además acabo de recordar que todavía tengo que hacer la compra.

— Se lo voy a poner ordinario, tenemos sobres verdes a 0,70 céntimos.

— A mí es que me gusta más el azul, por aquello del color del mar…

— Lo ponemos verde y punto; si le quita el envoltorio a ese libro pesará menos y, en consecuencia, le costará menos el envío.

— Dejemos al envoltorio en paz, con lo que me ha costado prepararlo primorosamente esta mañana.

— Allá usted, escriba sin rasgar el sobre los datos del destinatario y los suyos; no se enrolle ¿vale?, es que su fama lo precede.

— ¿Para qué quiere mis datos, no ira a dárselos a su señora madre cuando salga del hospital?

— Son 2,94 euros, IVA incluido.

— Coño, pues sale mucho más barato que enviarlo a Paraguaná.

— ¿Para… qué?

— No tiene importancia, son cosas mías, es una historia larga y no tenemos tiempo.

Acto seguido, la futura heredera universal de Jacinta prepara el resguardo del envío, si bien le advierte al remitente que las cartas ordinarias no tienen *tracking*.

— ¿Cómo que carta ordinaria? Yo le he pedido enviar un paquete, como la otra vez.

— A mí qué me cuenta de su paquete, viejo verde; además estoy segura de que ya lo debe tener un poco chuchurrío.

— Conste que el color lo ha elegido usted; yo soy inocente, señoría —ensaya teatralmente la frase de descargo por si acaso acaban en el juzgado de guardia.

Antes de que deposite la carta ordinaria —hay que ver que bajo ha caído el fruto de mi incipiente y todavía por descubrir talento literario— en la cesta metálica, nuestro autor reúne valor suficiente para suplicar más que preguntar…

— ¿Podría hacerle una foto?

— Oiga caballero, un respeto, yo estoy aquí tras haberme sacado una dura oposición en una oficina de Correos, no para trabajar en un puticlú.

— No, si me refiero al sobre.

— Una foto al sobre, pero ¿qué lleva ese sobre que no lleve yo, acaso no se ha fijado bien en mi sensual y vertiginoso escote?

— Lleva un libro, trata sobre un paquete que envié hace años a Paraguaná.

— ¿Para… qué? —responde coralmente la plantilla de la sucursal al completo porque llevaban tiempo escuchando en expectante silencio nuestra conversación.

— Es un libro que le regalo a Josep1.

— ¿Josep Primero, también conoce usted a un rey, de dónde, de Cataluña? Pues le hago saber que a ellos no les gusta la monarquía…

— No, no es un rey, lo del uno no sé por qué es; el destinatario se llama Josep a secas, aunque mi mujer le dice siempre Yosef porque se lía con el valenciano.

— Y lo dice tan tranquilo…

— ¿El qué, qué es lo que he dicho?

— Que su mujer se ha liado con un valenciano.

— No, me refiero al idioma; es que como somos andaluces, *¿zabusté*? Nos cuesta un poco más pronunciarlo correctamente.

— Bueno, saque usted la foto si quiere, pero a cambio cuéntenos algo más sobre el libro que nos tiene sobre ascuas…

La verdad es que el envoltorio verde le sienta bien al libro, a pesar de lo cual de nuevo le entra al autor la misma congoja postal de la vez anterior al ver encima

de la báscula a su retoño preferido, inerte y esperando que comience su viaje iniciático rumbo a la residencia valenciano-capitalina de Josep Primero del Cabañal.

— Venga señor Palillo, estírese usted un poco hombre, cuéntenos de qué va el libro que a estas alturas no vamos a asustarnos y ya no queda nadie esperando turno, ha tardado usted tanto que…

— No, tranquila, si el libro incluso podría leerlo un niño.

— Eso se lo dirá usted a todas, seguro que son historias subiditas de tono, con esa miradita pecaminosa que tiene de zorro plateao…

— Pues verán, hace aproximadamente siete años, cinco meses, seis días y algunas horas entré en el foro de elatleta.com y me encontré con un mensaje de Maygualida, una forista venezolana de Paraguaná…

— ¿Para… qué?

— Y a partir de aquél simple mensaje embotellado se desarrollaron los acontecimientos que se cuentan en el libro.

— ¿Y eso que tiene de especial?

— La verdad es que nada, pero eran ustedes protagonistas destacados de la historia; sobre todo su madre de usted, doña Jacinta, el paquete CP04976710ES, el capitán Scopoulos y…

— Hablando del rey de Roma, por la puerta asoma.

Al escuchar la última frase, nuestro autor reacciona nerviosamente; presa del pánico, recoge apresurada-

mente el resguardo del envío y huye despavorido sin tomarse tiempo para leer el cartelito de la puerta; por poco no estampa su canoso bigote contra la cara de un señor con porte marinero que amablemente la mantenía abierta —la puerta, no la cara— viéndole venir cual búfalo en estampida.

— ¡Pero qué prisas, María Luisa...!

— Ha sido oír su nombre y huir despavorido —le dice Jacinta al recién llegado.

— ¿Al oír mi nombre, pero que tiene de extraño llamarse Scopoulos en Madrid?

— No, si me refiero a doña Jacinta, a mi señora madre que en La Paz descanse.

— ¡Oh, ha fallecido! Vaya mi más sentido pésame por delante...

— Que no se ha muerto ¡joder! Si llego a saberlo le digo que se opere en el Gregorio Marañón.

Como consecuencia de la despavorida huida del lugar de los hechos, hemos conseguido en rigurosa exclusiva la prueba del envío pues se le cayó al salir de la sucursal.

Como puede comprobarse mediante aguda observación, tiene un código mucho más inextricable que el que le dieron en su día al paquete con destino a Paraguaná; esta vez se llama, más correcto sería decir se numera:

«283239420101106219178»

Adiós Carta Ordinaria, que acoges en el plastificado seno de tu bolsa acolchada el fruto de un viejo empeño como si estuvieras embarazada de un diccionario.

Lleva este libro a vivir con el amigo Josep, un tipo que cuando corre de noche se tropieza con las farolas y acaba en urgencias; años atrás quiso ayudarme en el parto editorial, mas no pudo ser porque salía muy caro el proceso y eso que eran años de bonanza económica.

Ahora, gracias a que los tiempos han cambiado una barbaridad, cualquiera que se lo proponga puede escribir un libro, editarlo a su gusto, corregirlo hasta el infinito y llegando más allá, incluso diseñar las cubiertas, mandarlo a encuadernar, esperar a que llegue, echarse las manos a la cabeza, dedicarlo, llevarlo un sábado por la mañana a Correos a bordo de un peligroso medio de transporte municipal, meterlo en un sobre verde y enviárselo a un amigo valenciano antes de huir despavorido como alma que viera aparecer al capitán Scopoulos; todo ello sin sufrir los peligros de navegación de antaño ni las inclemencias meteorológicas correspondientes (lo del autobús es caso aparte).

Quizás haya pasado demasiado tiempo o esto parezca el parto interminable de una burra, pero como dice el refrán «Más vale tarde que nunca».

Muchas gracias por tu ayuda Josep, creíste en mí cuando era un simple autor novato, tan desconocido como lo soy ahora, y desde entonces he mantenido contra viento y marea un empeño que hoy, por fin, doy por concluido con el paquete que seguramente tendrás en tus manos si Correos ha funcionado tan bien como esperamos.

Aunque también le debo algo a un tal William Clement Stone que se me cruzó en el camino a Paraguaná.

— ¿Para… qué?

— Para ti, de mí.

ANTES DE EMBARCAR 7
UN PUNTO DE PARTIDA 13
ANGUSTIA VITAL Y PROBLEMAS DERIVADOS 19
DE SU PORTUARIA ESTANCIA EN VALENCIA..... 25
SURCANDO EL MAR A TODA VELA.....31
UN INMENSO CORAL ES TU HERMOSA BAHÍA 37
LA SEXTA FLOTA..... 43
PLÁCIDA NAVEGACIÓN..... 49
DORMIR, TAL VEZ SOÑAR 55
CAMBIO DE PLANES 59
UNA GOLONDRINA RIBEREÑA..... 65
ADIÓS CON EL CORAZÓN 71
EL PRONADOR DE LOS MARES.....77
LA GEOGRAFÍA NUNCA DEBIÓ SER UNA MARÍA..... 83
POR FIN LLEGAMOS A LA ISLA DE LA PALMA..... 89
AQUÍ LLEGA PATA DE PALO..... 93
LAS FLECHAS DEL AMOR 99
DEL FUEGO SURGEN Y EN ÉL SE CONSUMEN 105
AGUA POR TODAS PARTES 111
LA GRAN RESACA..... 117
UN FALLO LO TIENE CUALQUIERA.....123
VERDES TANGOS 131

ÚLTIMO DÍA DEL VIAJE A NINGUNA PARTE..... 137
EL PAQUETE LLEGÓ..... 143
NAVEGACIÓN PROCELOSA, PRIMERA HORA..... 145
NAVEGACIÓN PROCELOSA, ÚLTIMA HORA 151
4.000 x 200, PRIMERA ETAPA..... 157
200 x 4.000, SEGUNDA ETAPA..... 163
¡AVANTI TODA! 169
¡SOMBRERO, AY MI SOMBRERO! 177
LA VIDA SIGUE IGUAL 185
EN ALGÚN LUGAR DE LA CITY OF MIAMI 191
MISIÓN CUMPLIDA 199
LA CRUDA REALIDAD 211
AGRADECIMIENTOS, MENCIONES Y PERDONES 213
CAPÍTULO ESPECIAL..... 217

Primera edición

El original de esta obra terminó de escribirse al anochecer
del día siete de agosto del año 2003

Sexta edición

Esta edición se ha terminado de corregir a media mañana
del día dieciocho de abril de 2023

Un propósito concreto es el punto de partida de cualquier logro

(William Clement Stone)